



Facultad de
Ciencias Sociales
Escuela de Sociología
Carrera de Sociología

**Narrativas de la Transición a la Vida Adulta:
Un análisis desde las experiencias de independencia económico –
residencial de jóvenes en Chile**

Memoria para optar al Título Profesional de Sociólogo

DANIEL MOLINA GUAJARDO

Profesora Guía:
Alejandra Ramm

Valparaíso, Chile
2020

Agradecimientos

*Gracias a la vida que me ha dado lo que no pedí.
Al foco que ilumina estas páginas que escribí.
Un solo rumbo seguiré y con respecto a mí:
Todavía luzco como soy y como siempre fui
Mantoi – Eureka!*

Naturalmente, esta investigación no es fruto de la total autonomía individual, ni mucho menos del egocentrismo de quien puede mirar la sociedad desde arriba, en soledad y con objetividad. De hecho, quizás debiera empezar por agradecer que uno de los capítulos de rigor en una memoria de grado sean los agradecimientos. Sin embargo, no quiero que esto sea un *check-list* de rigor para cumplir con las formalidades y los buenos modales. Al contrario, quisiera reconocer auténticamente a aquellas personas que acompañaron y posibilitaron este arduo trabajo investigativo, expresando mis sentimientos de agradecimiento por su cariño, confianza, paciencia o ayuda.

A mi familia: por su eterno cariño y sacrificio, su apoyo incondicional y la enorme confianza que tuvieron en los frutos de este proceso, considerando los 1700 kilómetros que nos distanciaban físicamente cada año.

A mis compañeros de universidad, especialmente a Oscar, Ramón, Matías, Alex e Ismael: por su amistad y lealtad, las experiencias compartidas, las conversaciones y reflexiones diversas, entre otras cosas que hicieron más amena mi experiencia de estudios en otra región.

A Azul y Jorge: por todas las conversaciones sobre música, política, cine, animé o lo que sea, por recibirme continuamente en su hogar, por la confianza para contarle mis problemas e inquietudes.

A las personas entrevistadas: por su contribución a esta investigación y, fundamentalmente, por la confianza y disposición para compartir su tiempo, experiencia y reflexiones sobre sus vidas.

A Luis Alberto Spinetta y Charly García, a Víctor Jara, Violeta Parra y Silvio Rodríguez, a Los Jaivas, The Beatles y Pink Floyd, a Mantoi (y sus múltiples seudónimos), y a Iron Maiden. Honestamente, la música ha sido soporte imprescindible en la escritura de esta memoria, así como para darme calma, inspiración e imaginación durante muchos años.

En fin, le doy gracias a la vida por lo que no pedí, pero que afortunadamente tuve.

Resumen

La presente investigación tiene como objetivo general analizar las narrativas sobre la transición a la vida adulta que construyen las personas en la provincia de Valparaíso (Chile). La transición a la vida adulta, caracterizada tradicionalmente como un desafío de emancipación individual, conlleva el desarrollo de mayores márgenes de autonomía y responsabilidad, y que, en la medida que son afrontados desde una heterogeneidad de posiciones sociales, también implica asumir mayores riesgos e incertidumbre. Este proceso conlleva múltiples desafíos personales, condicionados socialmente y que generan una diversidad de trayectorias biográficas. Aproximarse a este fenómeno a partir de la experiencia biográfica y la reflexividad individual permite analizar cómo repercute la individualización como mandato en el proceso, además de comprender los diferentes significados, prácticas y marcadores respecto a la adultez. El enfoque metodológico empleado es cualitativo, utilizando la entrevista narrativa como técnica de producción de datos y el análisis narrativo temático como técnica de análisis. Las narrativas son una entrada teórico-metodológica que permite desarrollar los objetivos de la investigación, en la medida que éstas otorgan sentido y forma a las experiencias, guían nuestros juicios o argumentos, y pueden modelar nuestras expectativas de futuro.

Palabras clave

Juventud – Vida Adulta – Independencia – Individualización – Narrativas

*Nos hablaron una vez, cuando niños
Cuando la vida se muestra entera
Que el futuro, que cuando grande
Ahí murieron ya los momentos
Sembraron así su semilla
y tuvimos miedo, temblamos y en eso
se nos fue la vida*

Eduardo Gatti – Los Momentos

La autonomía no es algo que uno encuentra, es algo que uno crea

Thomas Szasz

Contenido

Introducción	7
1. Planteamiento del Problema	10
1.1 Contextualización socio-histórica	10
1.1.1 Transición a la vida adulta: demografía de la juventud	10
1.1.2 Condición juvenil contemporánea.....	18
1.2 Relevancia	25
1.3 Pregunta y objetivos de investigación	27
2. Marco Teórico.....	28
2.1 Sociología de la juventud: transición a la vida adulta, emancipación juvenil y trayectorias biográficas.....	28
2.2 Sociología del individuo: individualización, estilos de vida y soportes sociales	39
3. Marco Metodológico.....	55
3.1 Enfoque metodológico	55
3.2 Diseño muestral	56
3.3 Técnica de producción de datos	58
3.4 Técnica de análisis de datos	59
3.5 Criterios de calidad.....	63
3.6 Consideraciones éticas.	64
4. Presentación de los resultados	65
4.1 Narrativas de la independencia económico-residencial: origen, desarrollo y evaluación de las trayectorias.....	67
4.2 ¿Qué significa ser adulto/a?: lo adulto como concepto social.....	74
4.3 Más allá de ritos y eventos: marcadores subjetivos de la transición a la vida adulta	84
4.4 Ser sujeto adulto en la sociedad chilena actual: sobre el carácter de las instituciones, las relaciones sociales y la individualidad	92
Conclusiones	100
Bibliografía	106
Anexos	110
Anexo 1. Consentimiento informado de las entrevistas	110
Anexo 2. Composición de la muestra de estudio	112

Índice de Tablas

Tabla 1. <i>Distribución de los Hogares según Grupo de Edad del Jefe/a de Hogar en Chile, 1990-2017</i>	12
Tabla 2. <i>Distribución de la Población según Estado Civil por Grupos de Edad en Chile, 1990-2017.</i>	13
Tabla 3. <i>Distribución de la población de 15 a 29 años, según condición de actividad y situación de estudios en Chile, 1990-2017.</i>	15
Tabla 4. <i>Distribución de la población de 15 a 29 años, según condición de actividad y situación de estudios por sexo en Chile, 2017.</i>	16
Tabla 5. Principales razones para no trabajar de la población de 15 a 29 años, que no estudia ni trabaja (“nini”) según sexo en Chile, 2017.....	17
Tabla 6. <i>Niveles de interés en la política de la población joven en Chile, según sexo y nivel socioeconómico, 2015</i>	22
Tabla 7. <i>Composición de la muestra</i>	57

Introducción

La presente investigación tiene como objetivo principal analizar las narrativas sobre la transición a la vida adulta que construyen las personas jóvenes en Chile, a partir de sus experiencias de independencia económico-residencial como indicador de este proceso. La transición a la vida adulta es un fenómeno sociocultural e histórico, por una parte, y un proceso biográfico, por otra. En otras palabras, es un fenómeno que da cuenta de los diferentes condicionamientos estructurales e institucionales con los que viven las personas, por lo que sus trayectorias diferirán según sus posiciones, recursos y realidades. Sin embargo, también requiere considerar su capacidad de agencia y reflexividad, ya que el origen social no determina el destino de los individuos. Ambos aspectos del fenómeno se acentúan en un contexto social de desigualdad, individualización, malestar y riesgo.

La transición a la vida adulta es estudiada, comúnmente, a partir de la perspectiva demográfica, la cual está centrada en el análisis del calendario, intensidad y cambios de un conjunto de eventos de transición, como lo son la finalización de los estudios secundarios, la entrada al mundo laboral, el abandono del hogar familiar, la formación de un hogar y familia propio, el inicio de la vida sexual, la participación política ciudadana, entre otros. Evidentemente, este calendario de eventos posee cambios en su intensidad y ocurrencia según el contexto socio-histórico en que se desarrolla, pero son los que tradicionalmente se estudian. Constituyen un conjunto de ritos que marcan un antes y un después en la vida de las personas. No obstante, no se suele indagar respecto al significado social de la adultez, salvo excepciones como los estudios sobre adulto-centrismo. Estas perspectivas no profundizan, en cómo la transición a la vida adulta puede ser entendida como una “entrada formal” de los individuos a la sociedad, al tener que asumir un conjunto de obligaciones, constituirse como sujetos productivos, poseer mayor reconocimiento social, es decir, a partir del conjunto de deberes y derechos que implica la adultez.

El propósito de esta investigación es analizar el significado social de “lo adulto”, a través de las narrativas que construyen las personas jóvenes al afrontar este desafío. Junto con este objetivo, se explora en las diferentes reflexiones y evaluaciones sobre sus trayectorias que realizan las personas, analizadas según criterios de estratificación social. Para ello, se seleccionó uno de los principales marcadores de la transición a la vida adulta, la independencia económico-residencial, ya que es un indicador del paso a la vida adulta en términos de un cambio rol, obligación y reconocimiento social. Se define como el abandono del hogar familiar y el establecimiento de una nueva situación residencial, la cual debe ser sustentada económicamente de forma autónoma, es decir, no subsidiada por la familia. La razón para enfocarse en este marcador se fundamenta en que constituye un rito de paso entre la protección afectiva, económica o social de la familia hacia la construcción de normas, proyecto biográfico e identidad propias. En otras palabras, este proceso es un desafío que conjuga los principios de la independencia, autonomía y responsabilidad y que, como desafío, conlleva cierta evaluación social en términos de éxito o fracaso.

La investigación pretende ser un aporte a los estudios sobre transición a la vida adulta en tres direcciones. Primero, para investigar teóricamente el significado social que tiene la vida adulta, en términos de estilo de vida, rol y posición social, de incorporación sociocultural a la sociedad y de afrontamiento de un conjunto de obligaciones y desafíos. Segundo, para abrir perspectivas de estudios basadas en la experiencia individual y su relación con los aspectos estructurales, institucionales, históricos y socioculturales de una sociedad determinada, bajo la orientación de las sociologías del individuo, para así comprender los vínculos entre lo biográfico-individual y lo histórico-estructural. Tercero, para explorar los aportes y posibilidades metodológicas que permite el estudio de narrativas biográficas, contribuyendo a la construcción de conocimiento sociológico a partir de las experiencias individuales, biográficas y cotidianas de las personas. Esto último, además, puede aportar al conjunto de herramientas metodológicas que poseen las ciencias sociales.

El primer capítulo plantea el problema de estudio, describiendo el contexto socio-histórico de la transición a la vida adulta en términos demográficos, socioculturales y subjetivos, además de definir los objetivos de la investigación.

El segundo capítulo detalla los principales enfoques, conceptos e investigaciones que encuadran teóricamente la investigación. Este marco teórico se construye a partir de los aportes de la sociología de la juventud y las teorías de la individualización, y permitirán precisar una perspectiva de estudio basada en las experiencias individuales para el abordaje empírico de la investigación.

El tercer capítulo desarrolla el marco metodológico. Fundamentalmente, se trata de una investigación cualitativa, cuya técnica de producción de datos es la entrevista narrativa, teniendo como tema las experiencias, reflexiones y evaluaciones sobre su proceso de transición a la vida adulta. Para analizar los datos se recurrió al análisis narrativo-temático, para así reconstruir este proceso biográfico y detallar sus diferentes significados, marcadores y desafíos.

El cuarto capítulo presenta los principales resultados de la investigación y se estructura de la siguiente forma: primero, la reconstrucción narrativa del proceso de transición a la vida adulta; segundo, el significado social de la adultez a través de la experiencia individual; tercero, la definición de los marcadores subjetivos como herramientas para el estudio de este tema; cuarto, los vínculos entre los aspectos biográficos y socio-estructurales del proceso, considerando el contexto nacional actual.

Finalmente, en el capítulo dedicado a conclusiones, se presentan las reflexiones finales sobre los hallazgos, limitaciones y posibles aportes de la investigación, junto a los nuevos desafíos e inquietudes que surgen en torno al problema estudiado.

1. Planteamiento del Problema

1.1 Contextualización socio-histórica

Esta sección tiene como propósito situar históricamente el problema de la transición a la vida adulta en Chile. Para ello, se analiza el fenómeno denominado “prolongación de la juventud” desde dos perspectivas.

En primer lugar, se realiza una descripción sociodemográfica de la transición a la vida adulta, caracterizando el calendario de “eventos de transición” de las personas jóvenes, su intensidad y su evolución en la historia reciente. En segundo lugar, se caracteriza aquello que la sociología de la juventud ha denominado “condición juvenil contemporánea”, que remite a cómo las transformaciones socioculturales han incidido en las trayectorias biográficas de las personas jóvenes, así como sobre los desafíos de la independencia económico-residencial y el papel que tienen las instituciones en este proceso.

1.1.1 Transición a la vida adulta: demografía de la juventud

En la actualidad se habla de una “prolongación de la juventud”, comprendida simultáneamente como una problemática y una consecuencia propia de la configuración de las sociedades contemporáneas. Para comprender estas aseveraciones, es necesario enmarcarse en el análisis demográfico de la transición a la vida adulta.

La perspectiva demográfica analiza la intensidad y el calendario de un conjunto de hitos, ritos o “eventos de transición”, que modelan el paso a la vida adulta, tales como la finalización de los estudios, la inserción laboral, la salida del hogar familiar y la formación de un hogar y/o familia propia, entre otros. El Instituto Nacional de la Juventud (Chile) prefiere denominarlos “marcadores”, para referirse a diferentes dimensiones del proceso de integración social llevado a cabo por las personas jóvenes, e incluye, junto a los

anteriores, el ejercicio de la ciudadanía, el acceso al sistema de salud y el poder “tomar riesgos” (por ejemplo, a partir del consumo de drogas) (INJUV, 2017, p. 22).

La idea de prolongación de la juventud describe la postergación de aquellos eventos, o la transformación en la forma de comprenderlos (Echarri & Pérez, 2007; Sepúlveda, 2013). Aquello responde, fundamentalmente, a un modelo normativo tradicional de transición a la vida adulta, en el que “ser joven correspondía a un proceso con límites relativamente claros, donde se daban los pasos sociales necesarios para la posterior asunción de roles propiamente adultos” (Sepúlveda, 2013, p. 14). Este modelo ha sido cuestionado debido a que la evidencia empírica de las últimas décadas ha mostrado una relativa desestandarización de las trayectorias sociales, por lo que el paso a la adultez, “más que un conjunto de eventos que ocurren de manera ordenada a lo largo del curso de vida de los jóvenes, es un proceso en el cual cada joven elige, o se ve obligado a seguir, una trayectoria que finalmente lo convertirá en adulto” (Echarri & Pérez, 2007, p. 45). En otras palabras, este modelo normativo de transición representaba una suerte de certeza social, en que, de forma independiente a los condicionamientos estructurales, las personas jóvenes podrían realizar este proceso de forma relativamente lineal y homogénea: salida de la escuela, trabajo estable, formación de familia y hogar propio.

Estas transformaciones son las que se describirán a continuación, especialmente en el ámbito residencial y laboral, con el objetivo de mostrar cómo ha cambiado este calendario de eventos de transición. En otras palabras, se pretende explicar cómo la experiencia de “ser joven” y “ser adulto”, así como el paso de un estado a otro, responde más a los nuevos contextos y roles sociales que a modelos normativos de transición.

Desde la demografía, la juventud es un grupo etario de la población. En Chile, las personas jóvenes son aquellas que tienen entre 15 y 29 años de edad. Actualmente representan el 23,4% de la población total, cifra que ha tenido un descenso en las últimas décadas, ya que en 1990 representaban el 28,7%. De acuerdo a la Encuesta CASEN 2017, un 9,2% de la población joven se encuentra en situación de pobreza por ingresos, mientras

que un 21,7% en situación de pobreza multidimensional (Ministerio de Desarrollo Social, 2017)

La emancipación residencial es uno de los principales eventos de transición, pudiéndose acompañar de la formación de un hogar y familia propios. El abandono del hogar de origen, cualesquiera sean los motivos que lo ocasionen, constituye un rito de paso entre la protección afectiva, económica o social de la familia hacia la construcción de normas, proyecto biográfico e identidad propios. Allí reside su relevancia, pues en tanto rito conlleva una evaluación social, en términos de éxito o fracaso al asumir estos cambios, principalmente en poder conjugar de modo eficaz las oportunidades con las capacidades, la independencia con la responsabilidad, etc.

En el caso de Chile, el 80% de las personas entre 18 y 29 años dependen residencialmente de sus familias, sean de origen o extendidas, mientras que la edad promedio de emancipación del hogar es de 27 años (INJUV, 2017, p. 33). Las personas jóvenes, desde hace algunas décadas, abandonan el hogar a una edad cada vez más avanzada. Una manera de estimar esta tendencia es observar históricamente cómo ha ido cambiando la situación residencial por grupos de edad (Tabla 1). En efecto, según la Encuesta Casen 2017, existe un descenso en los hogares cuyo jefe/a de hogar es una persona joven, pasando de un 12,4% en 1990 a un 8,0% en 2017.

Tabla 1. *Distribución de los Hogares según Grupo de Edad del Jefe/a de Hogar en Chile, 1990-2017*

	1990	2000	2011	2017
15 a 29 años	12,4%	8,8%	7,5%	8,0%
30 años o más	87,6%	91,2%	92,5%	92,0%

Fuente: Encuesta CASEN 2017

Además, respecto a la jefatura del hogar por parte de personas jóvenes, es importante destacar la presencia de cónyuge o pareja, ya que representa un enorme apoyo económico y afectivo en el hogar. De hecho, del total de jóvenes que son jefes de hogar, el 50% señala vivir con su pareja, aunque existen marcadas diferencias de género: mientras que el 61% de los hombres jefes de hogar reconoce vivir con su pareja, solo el 28% de las mujeres

jefas de hogar señala la misma situación (INJUV, 2017, p. 45). Esto resulta importante si consideramos que la emancipación residencial (hogar propio) suele conllevar la formación de una familia propia, es decir, una pareja e hijos/as. Sobre esto último ha tenido gran influencia el matrimonio como institución.

El matrimonio, como institución cultural y como contrato civil, ha sido, históricamente, uno de los principales eventos de transición a la vida adulta. Podría decirse que al institucionalizar la unión entre dos personas contribuye a formalizar y fortalecer las expectativas existentes en las relaciones de pareja. Por consiguiente, es uno de los marcadores tradicionales de la adultez. Sin embargo, existe una tendencia descendente respecto al matrimonio, en especial en la población joven, y un ascenso en la convivencia en la población general (Tabla 2).

Tabla 2. *Distribución de la Población según Estado Civil por Grupos de Edad en Chile, 1990-2017.*

	1990			2000			2017		
	15-29 años	30 años o más	Total	15-29 años	30 años o más	Total	15-29 años	30 años o más	Total
Casado (a)	27,4%	67,8%	36,9%	17,1%	62,7%	34,3%	4,6%	44,8%	26,8%
Conviviente o Pareja o Conviviente Civil	4,2%	5,5%	3,6%	9,1%	9,8%	6,9%	16,0%	16,7%	13,3%
Anulado(a), Separado(a) o Divorciado(a)	1,4%	5,5%	2,8%	1,8%	7,0%	3,8%	0,7%	10,1%	5,9%
Viudo(a)	0,1%	9,5%	4,1%	0,1%	7,8%	3,7%	0,0%	8,1%	4,6%
Soltero(a)	66,8%	11,8%	52,7%	72,0%	12,9%	51,3%	78,7%	20,4%	49,4%

Fuente: Encuesta CASEN 2017

Como se muestra en la tabla anterior, las personas jóvenes cada vez se casan menos, pasando de un 27,4% en 1990 a un 4,6% en 2017, y esta tendencia también se manifiesta en las personas mayores de 30 años. Además, la convivencia ha tenido un aumento considerable en ese mismo lapso de tiempo, triplicándose en la población mayor de 30 años y cuadruplicándose en la población joven. El descenso en el matrimonio podría interpretarse como una pérdida de su centralidad para los proyectos de vida de las personas, ya sea por sus componentes religiosos y culturales o por las alternativas que existen para formalizar, legalmente o no, el vínculo afectivo entre las personas. No obstante, aquello no significa que las relaciones de pareja pierdan relevancia en la construcción de la vida autónoma de las personas jóvenes. De hecho, como se mostró anteriormente, su presencia puede ser vital en la independencia residencial. Más bien, podría decirse que el matrimonio ya no sería visto como la única forma de establecer dichos vínculos.

El trabajo es otro factor importante para la transición a la vida adulta, ya que sostiene económicamente la independencia las personas y resulta esencial para su transformación y reconocimiento como sujetos adultos. Además, es uno de los principales mecanismos de integración social.

De acuerdo con Renata Alves (2014), el trabajo no solo es un centro de preocupaciones e inversiones, tanto individuales como colectivas, sino que nuestra inserción al mundo del trabajo es un momento crucial en la construcción de nuestra identidad como personas adultas, "una vez que el rol social del adulto es tradicionalmente asociado al de trabajador" (pág. 21). Por otra parte, el trabajo es uno de los pilares para el desarrollo de sociedades más dinámicas e igualitarias (INJUV, 2017, p. 34), razón por la cual se necesita caracterizar el contexto laboral de las personas jóvenes, en términos de oportunidades y condiciones de inserción.

En Chile, de acuerdo a la Encuesta CASEN de 2017, la tasa de ocupación laboral de la población joven es de 43%, mientras que en la población de 30 años o más es de un

60%. Esta brecha se explica, fundamentalmente, por la situación de estudios de las personas jóvenes, ya sea en el nivel secundario o superior.

Según Gontero y Weller (2015), las tasas de ocupación laboral son menores en la población joven debido a una mayor permanencia en el sistema educativo y a las bajas tendencias de combinar estudios y trabajo. En efecto, como se observa en la Tabla 3, desde 1990 ha disminuido el porcentaje de la población joven que únicamente trabaja, al mismo tiempo que se han incrementado los que solo estudian y los que estudian y trabajan. En todo caso, existen claras diferencias de género en estas situaciones, como se verá más adelante.

Tabla 3. *Distribución de la población de 15 a 29 años, según condición de actividad y situación de estudios en Chile, 1990-2017.*

	Sólo trabaja	Sólo estudia	Estudia y trabaja	Sólo busca trabajo	Estudia y busca trabajo	Inactivo y no estudia
1990	40,4%	26,8%	1,6%	5,9%	0,4%	25,0%
2000	35,0%	35,1%	3,3%	7,3%	0,7%	18,6%
2011	32,4%	37,2%	6,9%	5,4%	1,8%	16,4%
2015	33,5%	38,7%	7,8%	5,2%	2,0%	12,8%
2017	35,4%	36,9%	7,2%	5,7%	2,0%	12,7%

Fuente: Encuesta CASEN 2017

No obstante, también debe señalarse que las personas jóvenes pueden verse afectadas por la precariedad laboral, lo que se observa en indicadores como la temporalidad del empleo o la remuneración (Gontero & Weller, 2015). Además, la existencia de un contrato laboral también es un indicador de la calidad del empleo. Según la Encuesta Nacional de Juventud 2015, el 64 % de las personas jóvenes que declaran estar trabajando señala tener un contrato laboral (cifra que, evidentemente, es más baja en el tramo de 15-19 años: 46%).

La calidad del empleo es un factor influyente en la independencia residencial de las personas, por lo que situaciones como la precariedad laboral o los bajos ingresos pueden

ser causas de su postergación. Aunque exista un incremento de la población joven matriculada en la educación superior, el trabajo también resulta uno de los principales motivos por los cuales aplazar el abandono del hogar.

Por otra parte, la integración laboral es condicionada tanto por el nivel socioeconómico como el género de las personas jóvenes. Por ejemplo, la maternidad tiende a obstaculizar las oportunidades laborales de las mujeres más que la paternidad a los hombres. Los hombres y mujeres jóvenes que no tienen hijos trabajan en un 40% y 28%, respectivamente; sin embargo, la situación cambia sustancialmente cuando se tiene al menos un hijo, ya que, en ese caso, los hombres trabajan en un 81% y las mujeres en un 41% (INJUV, 2017, p. 40).

Finalmente, un breve análisis del segmento población denominado “Juventud NINI” puede ser ilustrativo para comprender las relaciones entre juventud, desigualdad e individualización. Además, aporta a la discusión sobre la prolongación de la emancipación del hogar, especialmente en clave de género como factor de desigualdad. La Juventud NINI hace referencia a aquellas personas que no estudian ni trabajan formalmente. Mientras que, en general, este segmento constituye un 12,7% de la población joven, podemos observar que los hombres en esta situación representan prácticamente el 8% y las mujeres más del doble (Tabla 4).

Tabla 4. *Distribución de la población de 15 a 29 años, según condición de actividad y situación de estudios por sexo en Chile, 2017.*

	Hombre	Mujer	Total
Sólo trabaja	40,1%	30,7%	35,4%
Sólo estudia	36,0%	37,8%	36,9%
Estudia y trabaja	8,0%	6,5%	7,2%
Sólo busca trabajo	6,1%	5,4%	5,7%
Estudia y busca trabajo	2,0%	2,0%	2,0%
Inactivo y no estudia	7,9%	17,5%	12,7%

Fuente: Encuesta CASEN 2017

Desde una perspectiva de género, señalar que las mujeres “no trabajan” o “trabajan menos” que los hombres resulta visión incompleta, ya que los datos consideran fundamentalmente al empleo formal y/o remunerado. En otras palabras, no consideran la complejidad de la división sexual del trabajo, es decir, las diversas formas en que se repartan las funciones entre hombres y mujeres, incluyendo el trabajo doméstico y de cuidados (Comunidad Mujer, 2017). Esta situación se observa claramente al analizar las principales razones que tienen las personas jóvenes para no trabajar, según sexo (Tabla 5). Mientras que para las mujeres las principales razones de inactividad laboral se asocian a las labores domésticas y de cuidados, estas mismas razones sumadas no llegan ni al 5% para el caso de los hombres:

Tabla 5. Principales razones para no trabajar de la población de 15 a 29 años, que no estudia ni trabaja (“nini”) según sexo en Chile, 2017.

	Hombre	Mujer
Posibilidad de empezar a trabajar pronto	12,8%	3,4%
No tiene con quien dejar a los niños, adultos mayores u otro familiar	1,2%	33,8%
Está enfermo o tiene una discapacidad	14,0%	4,1%
Quehaceres del hogar	3,3%	30,2%
No tiene interés en trabajar	13,9%	5,0%
Otra razón	34,0%	17,2%

Fuente: Encuesta CASEN 2017

Por otra parte, la Encuesta Nacional sobre el Uso del Tiempo, del año 2015, entrega las mismas razones para explicar la inactividad laboral según sexo, En el caso de las mujeres, un 33,5% no trabaja debido a realizar “quehaceres domésticos y de cuidado” y un 32,8% por “maternidad o embarazo”; estas mismas razones, para el caso de los hombres, suman solamente un 4%. También en la Encuesta Nacional de Juventud, del 2015: mientras que únicamente el 1% de los hombres justifica su inactividad laboral por “labores domésticas y/o cuidado de otras personas del hogar”, este motivo asciende al

27% en el caso de las mujeres (INJUV, 2017, p. 41). En consecuencia, de acuerdo con lo afirmado por Comunidad Mujer (2017):

Las jóvenes NINIS realizan una actividad, no en el mercado laboral formal, pero sí en el hogar, reproduciendo la inequidad de género a través del trabajo no remunerado, lo que da cuenta de la vigencia de la división sexual del trabajo tradicional: hombre proveedor, mujer cuidadora (p. 9).

En síntesis, el propósito de este apartado fue analizar demográficamente la situación nacional respecto a aquellos eventos que marcaban el paso a la vida adulta, a la vez que entregar razones o causas sobre el aplazamiento de estos eventos. Los datos que ilustran el proceso de transición a la vida adulta permiten comprender que los marcadores sociales de edad, que tradicionalmente permitían delimitar etapas en el curso de vida y definir las transiciones, “han perdido su fuerza normativa, obligando a una mirada focalizada y más compleja de la experiencia de ser joven” (Sepúlveda, 2013, p. 25). Una mirada que ponga atención a las modalidades de la condición juvenil contemporánea, las singularidades que adquieren las trayectorias biográfico-sociales y las formas en que se comprende la vida adulta. En el siguiente apartado se analizará la visión que enfatiza cómo las transformaciones socioculturales influyen en este proceso en la actualidad, es decir, en cómo fenómenos como la globalización, la modernización o la individualización caracterizan a la condición juvenil contemporánea.

1.1.2 Condición juvenil contemporánea

La prolongación de la juventud ha tenido efectos positivos y negativos, según la posición social que tengan las personas. Mientras para unos se abre un escenario de oportunidades, elecciones y autonomía, para otros es transitar un terreno de riesgos y vulnerabilidades. La transición a la vida adulta, además, es una obligación estructural que conlleva la evaluación social, tanto de la familia y seres cercanos como de las instituciones de la sociedad.

Algunos autores señalan que la prolongación de la juventud no es sino el reverso de una precarización y desestabilización de la vida adulta (Carbajo, 2014). Las condiciones de vida de las personas influyen en cómo afrontan la transición a la vida adulta, a la vez que fenómenos sociales como la precarización e informalidad laboral, la exclusión y estigmatización, el endeudamiento y la segregación residencial fomentan el riesgo y la inseguridad de la vida social. Por ello, la postergación de la independencia económica y residencial no es, únicamente, un acontecimiento basado en intereses o elecciones individuales

En otros casos, la prolongación de la juventud puede ser vista como una estrategia de afrontamiento a las transformaciones de la sociedad contemporánea, ya sean valóricas o culturales, o en las condiciones económico-sociales y oportunidades de vida. Por ejemplo, algunas familias consideran que la moratoria puede conllevar beneficios si aquello permite a sus hijos/as la acumulación de recursos, experiencias y conocimientos que les ayuden en el futuro. Tener estudios superiores, a pesar de que implique una inserción y estabilidad laboral tardía, puede ser visto como una inversión a futuro; o, en otro sentido, quedarse en el hogar familiar permite ahorrar para posteriormente tener una residencia estable. Estas son “estrategias familiares”, que conllevan tanto beneficios como conflictos internos en el hogar, y que caracterizan a la transición a la vida adulta en los tiempos actuales (López Blasco, 2006)

Estas son solo algunas características que posee la denominada “condición juvenil contemporánea”, la que indica que fenómenos como la globalización y la modernización han prolongado los ciclos vitales en el contexto de cambios acelerados. Precisamente, las estructuras de oportunidades y las condiciones económico-sociales se han traducido en una heterogeneidad de juventudes. Como señala Krauskopf:

La nueva condición juvenil destaca por la valoración de la individualización, la avidez por multiplicar experiencias vitales, el retraso en la autonomía económica, un ejercicio más temprano de la sexualidad y menor urgencia por adquirir la condición adulta (...) De este modo, se demandan nuevas estrategias de enfrentamiento de las situaciones. Una consecuencia es que cada individuo tiene

que aportar más esfuerzos propios que antes, para poder moverse en el sistema de coordenadas del mundo que le rodea y para construirse una identidad mínimamente estable en mundos de vida individualizados (2010, p. 30)

Para el caso de la sociedad chilena contemporánea, podemos enmarcar estas nuevas condiciones juveniles mediante el análisis de fenómenos como la individualización, la (des)confianza social y en las instituciones, y la relevancia que tienen los referentes tradicionales, principalmente políticos y religiosos.

La confianza es uno de los principales indicadores para caracterizar a una sociedad desde la perspectiva de sus individuos. De acuerdo con Herreros (2004, en INJUV, 2017), la confianza social se define de acuerdo a las relaciones sostenidas con desconocidos o extraños en la vida social y cotidiana. Por otra parte, la confianza en las instituciones (sociales, políticas, etc.) es uno de los factores esenciales en la integración social. La confianza social y en las instituciones son fundamentales para mantener la cohesión social de una forma legítima, duradera y eficiente. De ahí que la valoración y confianza en la democracia, como sistema político y forma de gobierno, puede ser un indicador de esta cohesión social.

La confianza, en este sentido, configura las bases socioculturales de una sociedad y, en consecuencia, las lógicas relacionales de los individuos. En el caso de la confianza social, según la Encuesta Nacional de Juventud de 2015, mientras que un 77% de la población joven tiene un alto nivel de confianza en sus familiares, solo un 13% expresa el mismo nivel de confianza en la gente en general. Por otra parte, de acuerdo a la misma encuesta, también expresan bajos niveles de confianza a los diferentes actores institucionales de la vida pública, entre ellos: Gobierno, Congreso, Partidos Políticos, Carabineros, Medios de Comunicación, Iglesias y Fuerzas Armadas.

Analizar los niveles de confianza permite comprender aquellos elementos que, bajo la percepción de los individuos, contribuyen o facilitan desarrollar sus propios proyectos. No solo describe el contexto social, sino las expectativas y aspiraciones definidas por las personas. En el caso de Chile, gran parte de las personas jóvenes ven asociado su bienestar

subjetivo individual de forma independiente al bienestar social. En otras palabras, las expectativas personales de la juventud no parecieran verse afectadas sustancialmente por la percepción que tienen sobre el futuro del país, de las oportunidades laborales, de la calidad de la educación o la baja confianza en las instituciones. (INJUV, 2017, p. 135). En consecuencia, las personas jóvenes, y en especial la población chilena, tiene una confianza mayor en sus propias capacidades que en los elementos externos

Norbert Lechner (2000) también ha advertido del problema de la desconfianza, mediante un análisis de la sociedad chilena post-dictadura y describiendo la idea de "paradojas de la modernización". El autor señala que Chile tuvo, desde la década de 1990, un desarrollo económico exitoso, reflejado en el crecimiento ininterrumpido del Producto Interno Bruto (PIB) y del empleo, la modernización del Estado y el elevado Índice de Desarrollo Humano. Sin embargo, junto a los éxitos de la modernización se configura un sentimiento de malestar social, el cual conlleva inseguridad e incertidumbre. Por ejemplo, señala la generación de diferentes tipos de miedo en la sociedad chilena, tales como el miedo a la exclusión (salud, previsión, trabajo o educación), el miedo al otro (delincuencia) o el miedo al sinsentido. Para Lechner, la pérdida de relevancia de referentes tradicionales, como la familia o la escuela, aumentan las dificultades de elaborar sentidos de vida individuales, por lo que "en el marco de un pluralismo de valores y opiniones y el consiguiente debilitamiento de las tradiciones y convenciones heredadas, el avance de la individualización plantea retos inéditos" (2000, pp. 102-103).

De acuerdo a un estudio conjunto del PNUD e INJUV (2003), la individualización puede manifestarse con mayor fuerza en la juventud:

Los jóvenes, al sentir que la identidad personal se define mediante la selección de imágenes y modelos, hacen suyo el principio de autorrealización. Para ellos, categorías sociales como la clase social o el género tienen menos importancia que para las generaciones anteriores al momento de definirse, puesto que asumen que la vida es una construcción que se mueve más allá de los atributos de origen. El mundo de hoy exige que sea uno mismo quien organice su biografía (p. 28).

Estos elementos dan cuenta de una individualización en la juventud, en el sentido de un desvanecimiento del papel que tienen las instituciones y los referentes tradicionales, lo que va situando al individuo como eje de la vida social y principal responsable de su propia vida. Aunque este fenómeno será analizado extensamente en el Marco Teórico, esta simple y breve definición de individualización servirá para comprender los datos presentados.

El rol que juegan las instituciones puede observarse, además, en la relevancia o interés que los individuos les asignan a determinados referentes colectivos tradicionales. Por ejemplo, se puede observar un elevado desinterés en la política por parte de la juventud chilena, no obstante, existen brechas según el nivel socioeconómico, y en menor medida en según el sexo (Tabla 6).

Tabla 6. Niveles de interés en la política de la población joven en Chile, según sexo y nivel socioeconómico, 2015

	Total	Sexo		Nivel Socioeconómico		
		Hombre	Mujer	Alto	Medio	Bajo
Nada/poco interesado	78,7%	75,7%	81,8%	59,0%	75,4%	84,6%
Interesado/muy interesado	20,7%	23,6%	17,8%	40,9%	24,3%	14,6%
NS-NR	0,5%	0,7%	0,4%	0,1%	0,3%	0,8%

Fuente: Encuesta Nacional de la Juventud 2015

Por otra parte, uno de los principales problemas de legitimidad que deben afrontar las democracias contemporáneas, junto con la desconfianza, es la desafección política, es decir, el desapego u hostilidad hacia las formas tradicionales de participación, tales como las elecciones o la identificación política (INJUV, 2017). Respecto a esta última, podemos observar que ha existido un notable baja en la identificación de la juventud con algún sector político (izquierda, centro o derecha), desde un 56% en 2006 hasta un 26% en 2015 (Figura 1). Una caída de 30 puntos en una década.

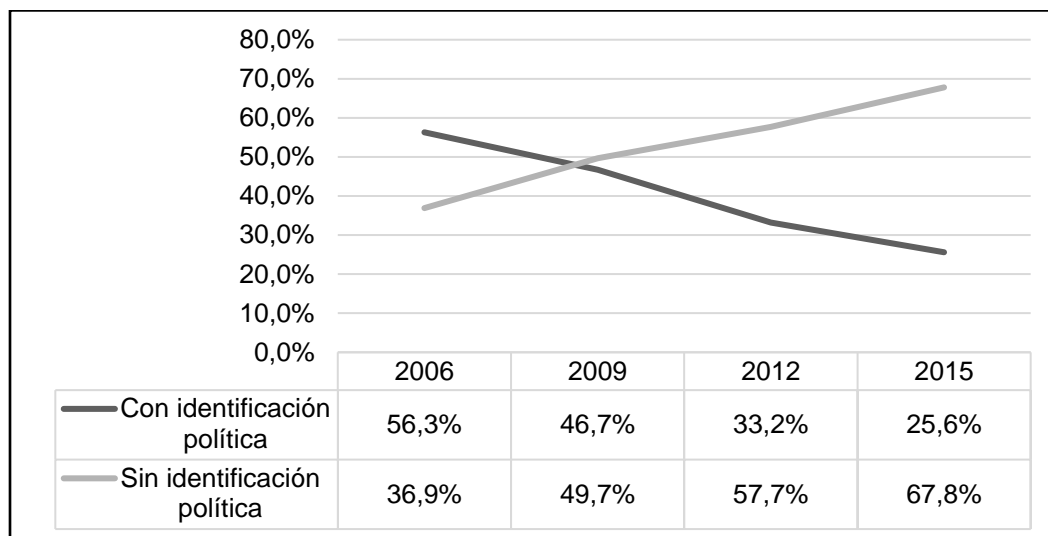


Figura 1. Niveles de identificación política de la población joven en Chile, 2006-2015

Fuente: Encuesta Nacional de Juventud 2015

La desconfianza o desinterés en la política puede tener distintos motivos: pérdida de credibilidad en las promesas de las instituciones, el malestar social respecto a la ineficacia del sistema político, la despolitización o la corrupción. En todos los casos, a los que podríamos seguir incluyendo otros, la desconfianza se vincula a una pérdida de legitimidad que erosiona los lazos sociales. Esta desconfianza puede ser síntoma de procesos de individualización en la juventud chilena: por una parte, se presenta una pérdida de relevancia de los referentes tradicionales y, por otra, se construye un modo de vida basado en la autonomía, el esfuerzo y la capacidad individual. En otras palabras, es posible pensar que los individuos depositen su confianza en ellos mismos, asumiendo individualmente los diferentes riesgos u obstáculos que se les impongan, fomentando una fragmentación sociocultural tanto a nivel práctico como discursivo.

Una de las razones fundamentales para vincular los niveles de confianza, a nivel social o institucional, con la transición a la vida adulta reside en cómo las personas jóvenes afrontan sus desafíos y en qué o quiénes se sostienen para hacerlo. De acuerdo a los datos entregados, se puede observar que la familia, o los seres cercanos en general, son los principales soportes que tienen las personas jóvenes en Chile, es decir, son quienes le

proporcionan mayor seguridad, confianza, recursos y medios para desarrollar sus intereses. Por consiguiente, los desafíos de la independencia se dificultan aún más: por ejemplo, los problemas para acceder a una vivienda, los obstáculos de la inserción y estabilidad laboral o el costo que tiene la formación superior en Chile.

Para finalizar, se puede afirmar que la transición a la vida adulta es un proceso biográfico condicionado por el origen social, los cambios históricos, las transformaciones culturales y la desigualdad social, los cual inciden en las formas en que las personas jóvenes afrontan este desafío. Sin embargo, no por ello hay que establecer una relación determinista del fenómeno. La contextualización nos permite situar a la juventud y su transición, pero la investigación no se enfoca solamente en la dimensión sociodemográfica, sino que también en la experiencia que conlleva. En otras palabras, además de conocer los datos y sus valoraciones, debemos comprender cómo se configuran las trayectorias biográficas según la visión de los propios involucrados, en un enfoque de individuación que comprende que el individuo es un eje central para describir fenómenos sociales macro-estructurales.

1.2 Relevancia

La relevancia de la investigación radica en comprender a la “juventud” tanto como una transición a la vida adulta como en sus experiencias, trayectorias y narrativas asociadas. De esta forma, se complejiza su abordaje teórico e investigativo, principalmente en cómo se entiende el proceso de devenir en sujeto adulto, pero también en términos sociales, en los desafíos, obstáculos y soportes que acompañan este proceso.

La transición a la vida adulta es un fenómeno atravesado por condiciones sociales, económicas y subjetivas, por lo que las trayectorias y desafíos de las personas, y sus consecuencias, no dependen exclusivamente de los propios individuos. Considerar estos elementos ayuda a complejizar el diseño, implementación y evaluación de políticas públicas, ya que, en un contexto de individualización y desigualdad social, es necesario que el quiebre de referentes tradicionales no se traduzca en una ineficacia del rol institucional o una pérdida de los lazos de solidaridad. En otras palabras, no descuidar que los efectos de este contexto terminen por hacer caer todo el peso en el esfuerzo y responsabilización individual. Por ejemplo, en las diferentes condiciones que tienen las personas jóvenes para llevar a cabo su emancipación económico-residencial.

De acuerdo a Gontero y Weller (2015), el proceso de independencia económico-residencial resulta crucial en la vida de toda persona, ya que constituye una etapa de transformaciones fundamentales que sientan las bases del desarrollo personal y el tipo de inclusión social que marcará la vida adulta, por lo que es prioritario analizar cómo se provee de igualdad de oportunidades a las personas jóvenes para desarrollar sus propios proyectos de vida. En consecuencia, estudiar la transición a la vida adulta constituye un modo de analizar los mecanismos de integración social, específicamente respecto al trabajo, la educación, la seguridad y las relaciones sociales.

Por otra parte, la investigación pretende ser un aporte en términos teórico-metodológicos, al explorar los vínculos entre los estudios de transición a la vida adulta, las teorías de la individualización y el análisis narrativo. Bajo esos tres ejes, la transición

a la vida adulta puede comprenderse como una narrativa en que los individuos, afrontando un conjunto de desafíos, tienen la obligación y/o el deseo de constituirse como sujetos adultos, proteger esa posición social y estilo de vida, y siendo evaluados en ese proceso. Aquello permitiría investigar teóricamente el significado social de la vida adulta, más allá de ser solamente el resultado de un proceso biográfico. De esa forma, se desarrolla una aproximación basada en la experiencia individual que pueda vincularse a los aspectos estructurales, institucionales y socioculturales de la transición a la vida adulta, en línea con la vocación y orientación de la sociología del individuo.

Además, se exploran perspectivas cualitativas de estudio de la transición a la vida adulta, mediante el análisis narrativo. Esto implica no definir previamente un conjunto de eventos de transición que respondan, únicamente, a un modelo normativo, tradicional e institucional, y que su abordaje no se dirija, simplemente, hacia la expresión singular de dichos eventos. Al contrario, se exploran los modos plurales en que se expresan los eventos de este proceso, considerando las transformaciones históricas, socioculturales e institucionales de la sociedad. Con ello, las narrativas contribuyen a construir conocimiento sociológico a partir de las experiencias individuales, biográficas y cotidianas de las personas.

1.3 Pregunta y objetivos de investigación

Pregunta de investigación

¿Cuáles son las narrativas sobre la transición a la vida adulta que construyen las personas jóvenes en Valparaíso, Chile?

Objetivo general

Analizar las narrativas sobre la transición a la vida adulta que construyen las personas jóvenes en Valparaíso, Chile.

Objetivos específicos

1. Caracterizar narrativamente la experiencia de independencia económico-residencial de las personas jóvenes.
2. Analizar los significados y valoraciones que las personas atribuyen a la vida adulta.
3. Analizar el estilo de vida y los soportes sociales que tienen/adoptan las personas jóvenes al afrontar la vida adulta como desafío.
4. Analizar comparativamente la evaluación que las personas jóvenes realizan sobre sus trayectorias biográfico-sociales.

2. Marco Teórico

En este capítulo se abordan las principales cuestiones epistemológicas, enfoques teóricos y lineamientos conceptuales que guían la investigación. Fundamentalmente, la investigación se inscribe en las sociologías del individuo, incluyendo aportes teóricos de la sociología de la juventud y las trayectorias biográfico-sociales. Aunque se dedica una sección a cada dimensión, se podrá observar que las interrelaciones entre los distintos campos son evidentes, además de que sus divergencias guardan relación con el contexto social y de producción de conocimiento en que se desarrollan. En efecto, tanto el giro narrativo como el giro hacia el individuo, ya sea en sus estudios sobre la experiencia, la subjetividad o las biografías, han influido al conjunto de las ciencias sociales, dando paso, además, a la construcción de diversas metodologías de estudio.

2.1 Sociología de la juventud: transición a la vida adulta, emancipación juvenil y trayectorias biográficas

La sociología de la juventud ha desarrollado, en su evolución histórica, diferentes discursos, imaginarios y gramáticas para definir a la juventud. Estos elementos, junto con las transformaciones históricas, económicas y socioculturales, han abierto este campo de estudios a un conjunto diverso de perspectivas teórico-metodológicas. En esta investigación, el concepto de juventud es utilizado, paralelamente, desde la idea de transición a la vida adulta y como una experiencia biográfico-social. Los principales lineamientos conceptuales con que se trabajarán son la trayectoria biográfica y la emancipación juvenil como desafío.

En la literatura científica se puede identificar, desde distintas disciplinas sociales, un conjunto heterogéneo de discursos sobre la "juventud". Por ejemplo, Revilla (2001) ha logrado identificar hasta diez discursos para referirse al fenómeno juvenil, desde una descripción de sus cualidades psicológico-culturales hasta el papel que tendrían las

personas jóvenes en la realidad social y política. Por mencionar solamente algunos, entre estos discursos se encuentran: la juventud mistificada o idealizada; la juventud hedonista y narcisista; la juventud como producto histórico social; la juventud como un agente del cambio sociocultural; la juventud como transición; la juventud como contestación; entre otros.

Para la construcción de un concepto de juventud, desde una perspectiva sociológica, es necesario evitar los diferentes tipos de reduccionismos, ya sean biológicos o psicológicos, para así evitar una visión naturalizada, a-crítica, a-histórica y homogeneizadora de los fenómenos juveniles. Leandro Sepúlveda (2013) lo sintetiza de la siguiente manera:

Una noción de juventud que se organiza categóricamente a partir de la especificación de uno o más atributos que serían propios de la edad —ser rebelde, irresponsable, dependiente, etcétera— ignora el significativo rol de las instituciones sociales en la delimitación de la experiencia de los sujetos y las particularidades culturales, socioeconómicas y circunstancias políticas que inciden en la definición de la vida social que afecta a los integrantes de los distintos grupos etarios (p. 13)

Por esta razón, más que concentrarse en estos discursos o imaginarios sobre la juventud, se señalan algunos enfoques teóricos con los que ha trabajado la sociología de la juventud. Aunque se enfocará en las producciones sociológicas, es necesario mencionar que también existen grandes aportes desde las distintas ramas de la psicología, tales como la psicología del desarrollo, la psicología social o el psicoanálisis (Bendit & Miranda, 2017).

Se utilizará la delimitación conceptual realizada por Brunet y Pizzi (2013), la cual identifica dos grandes visiones sobre la juventud: la nominalista y la empirista. A partir de esa distinción, se añadirán los aportes de otros autores para caracterizar, de manera breve, el panorama histórico-conceptual de este campo de estudios (Bendit & Miranda, 2017; Bourdieu, 1990; Casal et al., 2006; Duarte Quapper, 2012).

La visión nominalista adopta un principio sociopolítico en su conceptualización. Su tesis central es que la juventud es una construcción socio-histórica, atravesada por disputas sociopolíticas entre diferentes generaciones por la distribución de los recursos simbólicos y materiales de una sociedad determinada (Bourdieu, 1990; Duarte Quapper, 2012). Se considerarán los aportes de Karl Mannheim, Pierre Bourdieu y Claudio Duarte. Sin embargo, los estudios culturales desarrollados por la Escuela de Birmingham, con orientaciones neo-marxistas, también han desarrollado una fuerte influencia crítica en el estudio de la juventud. Sus principales aportes han sido el análisis: a) del papel de las instituciones sociales en la construcción de culturas juveniles; b) de la centralidad de la clase social, el género y la cultura; y c) de las disputas de poder y formas de resistencia de los grupos subordinados (Bendit & Miranda, 2017; Revilla Castro, 2001).

La visión nominalista tiene sus principales influencias en Karl Mannheim y su conceptualización sobre las generaciones. Para Mannheim, los individuos que comparten una misma edad biológica no forman, por el simple hecho de haber nacido en un mismo periodo, de un grupo social homogéneo. A su vez, el origen y la pertenencia a una generación depende de un conjunto de condiciones sociales y materiales, en concreto, que un conjunto de individuos haya enfrentado las mismas coyunturas histórico-sociales, en los mismos periodos de vida y desde posiciones sociales similares (Brunet & Pizzi, 2013, p. 25; Mannheim, 1993). Por lo tanto, esta perspectiva enfatiza que para estudiar a la juventud se deben analizar las generaciones, considerando simultáneamente las diferencias inter-generacionales como intra-generacionales.

Desde una posición similar, Bourdieu (1990) considera que la juventud es una construcción socio-histórica y lingüística. La juventud y la vejez no son formas sociales objetivas, sino que “posiciones sociales que se producen y reproducen constantemente a partir de la lucha por la distribución de poderes entre los sujetos que las ocupan” (Brunet & Pizzi, 2013, p. 27). Bajo esta perspectiva, la juventud se enmarcaría en un sistema de relaciones sociales que define, en el espacio social, las fronteras entre clases de edad, tipos de capital en disputa, reglas y lógicas del campo, etc. La lucha entre juventud y vejez no

es entre personas con diferencias biológicas ni de edad, sino entre generaciones como producciones sociales e históricas, con apuestas de lucha en un campo con leyes específicas. Como señala Bourdieu (1990), “las clasificaciones por edad (y también por sexo, o por clase) vienen a ser siempre una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada quien debe mantenerse, donde cada quien debe ocupar su lugar” (p. 164).

Claudio Duarte (2012), teniendo en consideración esta disputa simbólico-material entre generaciones, desarrolla la noción de adultocentrismo para analizar las sociedades contemporáneas. Bajo la idea de “clases de edad”, se definen una serie de derechos, privilegios, deberes, discursos y prácticas sociales con distinto grado de poder y legitimidad. La juventud no dependería de la naturaleza psicológica, sino de las condiciones materiales y socioculturales, y de las estrategias de reproducción social que despliega cada grupo social. Para este autor, el adultocentrismo se comprende como:

[Un] sistema de dominación que delimita accesos y clausuras a ciertos bienes, a partir de una concepción de tareas de desarrollo que a cada clase de edad le corresponderían, según la definición de sus posiciones en la estructura social, lo que incide en la calidad de sus despliegues como sujetos y sujetas. Es de dominación ya que se asientan las capacidades y posibilidades de decisión y control social, económico y político en quienes desempeñan roles que son definidos como inherentes a la adultez y, en el mismo movimiento, los de quienes desempeñan roles definidos como subordinados: niños, niñas, jóvenes, ancianos y ancianas (Duarte Quapper, 2012, p. 111).

La visión empirista adopta, en cambio, un principio ontológico en su conceptualización, presuponiendo la existencia de la juventud, en las sociedades occidentales, como un periodo biográfico estandarizado y relativamente homogéneo. Tendría dos enfoques teóricos principales: el funcionalista y el biográfico

Por una parte, el enfoque funcionalista entiende a la juventud como un ciclo vital definido a partir de criterios sociodemográficos y de los factores funcionales de la sociedad. Surge y se consolida entre las décadas de 1950 y 1970. Su principal criterio de delimitación sería la edad, como un dato supuestamente neutro en las fuentes de información y las estadísticas oficiales. De esa forma, bajo una misma categoría

conceptual se aglutinarían personas con distintas condiciones estructurales, tales como clase social, género o territorio (Brunet & Pizzi, 2013, p. 14).

Este enfoque ha sido cuestionado por su comprensión de la juventud como un grupo relativamente homogéneo, sin considerar la influencia que tienen las dimensiones estructurales y transformaciones socioculturales en las trayectorias biográfico-sociales de las personas. En otras palabras, se presupone una condición juvenil compartida que ignora las desigualdades sociales. No obstante, también ha tenido una enorme influencia en la forma en que las instituciones comprenden la juventud para actuar sobre ella y en la dependencia de la academia hacia las fuentes secundarias construidas bajo estos criterios (Brunet & Pizzi, 2013, p. 14)

Por otra parte, el enfoque biográfico entiende a la juventud como un trayecto biográfico o una etapa de transición. Surge y se consolida a partir de la crisis del trabajo, durante la década de 1970. Esta perspectiva busca superar los discursos homogeneizadores sobre la juventud, pero aceptando la categoría bajo otros criterios sociales generalizados, en especial bajo la idea de transición, desde el surgimiento de la adolescencia hasta la emancipación económico-residencial (Casal et al., 2011). En el enfoque biográfico:

La juventud se concibe como un proceso de tránsito a la vida adulta configurado por elecciones individuales y por determinaciones estructurales (familiares, relacionales, contextuales, simbólicas y culturales) y que tienen como punto final la inductación de clase social del individuo que, si bien no resulta definitiva, sí que encarrila notablemente la movilidad social futura (Brunet & Pizzi, 2013, p. 15)

La presente investigación se inscribe en el enfoque biográfico, considerando a la juventud como transición a la vida adulta y como experiencia biográfico-social, siguiendo la elaboración conceptual de Gonzalo Saraví (2009), la cual se describe a continuación.

La juventud como transición sería un concepto relativamente abstracto, basado en la asociación entre un tiempo cronológico y un tiempo social, en el cual los individuos deben asumir nuevos roles, obligaciones, responsabilidades y desafíos, principalmente la independencia económico-residencial. En tanto, la juventud como experiencia hace

referencia a la heterogeneidad y diversidad en que se experimenta la transición a la vida adulta, ya sea en las expectativas, edades y modalidades en que se desarrolla, así como su carácter sujeto a procesos de desigualdad social e incertidumbre. En consecuencia, mientras la juventud como transición apunta hacia los desafíos concretos que deben enfrentar las personas jóvenes, la juventud como experiencia pone el acento en los modos de llevarlos a cabo, en función de las estructuras de oportunidades, movilización de recursos y soportes, y los diversos escenarios de interacción social (Saraví, 2009). De esta manera, siguiendo la orientación de las sociologías del individuo, podemos hacer un análisis entrecruzado de los niveles de la estructura social con la agencia y reflexividad individual.

A continuación, se describen cómo se analizarán las trayectorias biográficas y el enfoque que orienta ese análisis.

El análisis de las trayectorias biográficas ha sido renovado desde dos dimensiones. Desde una dimensión metodológica, por el giro biográfico-narrativo que ha tenido las ciencias sociales en las últimas décadas (Bolívar & Domingo, 2006; Riessman, 2008). Desde una dimensión epistemológica, por el papel que ha tenido la globalización, la individualización y la modernización de la juventud; esta última ha permitido consolidar el campo de estudios de la juventud (Bendit & Miranda, 2017).

Las teorías de la individualización y la sociedad del riesgo impactaron con fuerza a las ciencias sociales, incluyendo las temáticas referidas a la juventud. Como señala Bendit (2017), “la juventud dejó de ser vista como un proceso de transición relativamente corto y a la formación de una familia para pasar a constituirse en una fase autónoma del ciclo vital con características propias” (p. 25). Bajo su influencia nacieron conceptos como el envejecimiento de la juventud, las trayectorias yo-yo, las transiciones des-estandarizadas, las biografías de elección, entre otras (Du Bois-Reymond & López Blasco, 2004; Furlong et al., 2006; Gil Calvo, 2005, 2009; Stauber & Walther, 2006).

Estas posiciones, con distintas nomenclaturas y no exentas de cuestionamientos, ponían el acento sobre los nuevos patrones de comportamiento de la juventud, la

prolongación de la transición a la vida adulta, el carácter contingente, incierto y reversible de las trayectorias y, fundamentalmente, relevaron el papel de la agencia en sus propuestas analíticas. Las críticas que recibieron apuntaron a esas mismas tesis, que en muchos casos fueron tomadas como exageraciones, malinterpretaciones o diagnósticos sin suficiente información empírica que las sustentara (Furlong et al., 2006). Algunos autores pusieron en duda el carácter de “biografías de elección” señalando tendencias estructurales que han continuado durante los últimos años en vez de una completa des-estandarización de las biografías, así como la influencia que siguen teniendo las condiciones de clase social, género o territorio (Casal et al., 2006; Furlong et al., 2006). Otros criticaron el papel que le dieron a la reflexividad en este proceso, señalando que la agencia no deja de estar situada, influenciada, no determinada pero sí restringida (*bounded agency*) por un conjunto de condicionamientos estructurales e institucionales. (Evans, 2007)

La perspectiva de las trayectorias biográfico-sociales ha adquirido un papel importante en las ciencias sociales debido a que, entre otras cosas, analizan las experiencias narradas por la propia persona, más allá de los criterios demográficos de su análisis. Como indica Roberti (2017), “el investigador que reconstruye historias de vida indagará sobre los sentidos subjetivos, significados y representaciones que un individuo elabora acerca de su historia personal” (p. 304).

De acuerdo con Roberti (2017), existen dos aproximaciones al análisis de las trayectorias biográfico-sociales. Por una parte, una aproximación estructuralista, la cual indaga en:

El análisis de las posiciones sucesivas que las personas ocupan a lo largo de su vida o durante un período determinado. Esta perspectiva presta atención al eslabonamiento de causalidades, al orden y a la duración de los acontecimientos, concebidos como externos o condicionantes de la acción social (p. 312)

Una de sus principales influencias ha sido Pierre Bourdieu, a través de su teoría del espacio social, los *habitus* y los distintos tipos de capital con que disponen los actores sociales. La posición estructuralista se ha abocado, generalmente, a la descripción de modalidades de transición, es decir, a la construcción de tipologías de trayectorias

sociales, en función de la relación entre el origen social, las posibilidades objetivas de las personas y el transcurso de su trayecto hasta su “objetivo” (inserción laboral, salida del hogar familiar, etc.). Un ejemplo paradigmático de esta posición es el de Joaquim Casal y el *Grup de Recerca Educació i Treball* (GRET), en la Universidad Autónoma de Barcelona, quienes han construido diferentes modalidades de transición profesional según el origen social, es decir, describiendo trayectorias de clase en cuanto a la transición escuela-trabajo (Casal et al., 2006, 2011). En Chile, esta corriente ha tenido eco en diversos autores, quienes se han enfocado en el análisis de trayectorias educativo-laborales en función de los capitales que posean las personas según las clases socioeconómicas en que estén inscritas (Dávila & Ghiardo, 2012, 2018).

Por otra parte, una aproximación subjetivista, que enfatiza el proceso de individualización de la vida social. Esta posición enfatiza las experiencias biográficas en la sociedad contemporánea, atendiendo a la pluralización de los itinerarios de transición a la vida adulta, a la vez que acentúa el papel que tienen los propios individuos en la construcción de dichos itinerarios. En otras palabras, rescata el carácter no lineal, contingente y singular que poseen las trayectorias biográfico-sociales. Esta posición:

Se inscribe en las discusiones sobre la posmodernidad, la crisis de los marcos de referencia colectivos y la capacidad de reflexividad de los individuos. En este sentido, da cuenta de la perspectiva de los sujetos con atributos de agencia y reflexividad, quienes intervienen activamente tanto en la construcción de sus itinerarios como también en la evaluación e interpretación de su contexto objetivo (Roberti, 2017, p. 315)

La investigación se inscribe en la aproximación subjetivista, ya que busca analizar la dimensión personal y narrativa de la transición a la vida adulta, analizando las experiencias biográficas y de la vida cotidiana que han tenido las personas en sus trayectorias. Sin embargo, es necesario señalar, de manera enfática, que situarse en la perspectiva subjetivista no implica que las trayectorias sean independientes a la condición social de las personas. Por el contrario, se trata de incorporar la individualización como un nuevo factor de riesgo dentro de un contexto de profundas desigualdades sociales y

situaciones de exclusión, enfatizando más su carácter obligatorio en la construcción de subjetividades que su influencia en modos de vida más libres e independientes.

Uno de los principales aportes dentro de esta orientación, además del conjunto de trabajos sobre individualización y juventud ya citados, lo constituye el libro *Transiciones Vulnerables*, de Gonzalo Saraví (2009). Bajo una metodología mixta, su trabajo consideró la realización de alrededor de 40 entrevistas a jóvenes mexicanos en condiciones de exclusión y marginalización, a la vez que de una importante base de fuentes secundarias y estadísticas oficiales (demográficas, educativas, laborales, etc.). Su objetivo fue interpretar el proceso de transición a la vida adulta en los jóvenes pertenecientes a los sectores urbanos más desfavorecidos de México, mostrando cómo este proceso es enfrentado desde innumerables situaciones de riesgo y acumulación de desventajas. Su análisis ha permitido comprender cómo las transiciones vulnerables son marcadas tanto por el desamparo y la exclusión social, así como de una fragmentación social que acrecienta la misma desigualdad estructural.

El mismo autor ha estudiado estas “biografías de exclusión” en Argentina, señalando cómo el análisis de la juventud, entendida como proceso simultáneo de transición a la vida adulta e integración social, constituye un espejo privilegiado para examinar la sociedad que se construye en la actualidad (Saraví, 2006, p. 84). El autor plantea cómo la desigualdad social configura las transiciones familiares de las personas jóvenes, su experiencia en el espacio urbano y su influencia en las desigualdades institucionales y de participación.

Finalmente, y para entregar simultáneamente una conclusión a este apartado y una apertura al siguiente, precisaré la idea de emancipación económico-residencial como una prueba del “devenir adulto”, o de “estabilización de la vida adulta”. La propuesta se basa en la tesis doctoral de Diego Carbajo (2014), construida mediante el concepto de “prueba” de Danilo Martuccelli (Araujo & Martuccelli, 2010; Martuccelli, 2010).

El autor parte por examinar la cuestión de la “prolongación de la juventud”, es decir, que mientras en épocas anteriores las trayectorias biográfico-sociales eran concebidas

como una sucesión de eventos establecidos, únicos y previsibles, desde las últimas décadas estaríamos asistiendo a una difusión de los límites temporales, e incluso biológicos, para delimitar sólidamente a la juventud y el paso a la vida adulta (Carbajo, 2014, p. 22). Desde el enfoque de la sociología de la transición a la vida adulta, señala que el carácter de logro o meta del estatus adulto reside, en última instancia, en las dimensiones de emancipación, autonomía e independencia que otorga. El autor define autonomía como la capacidad de un sujeto de dictarse las normas respecto a las que vive, y la independencia como posesión de recursos materiales suficientes para no depender económicamente de nadie (Carbajo, 2014, pp. 44-45). A partir de estos elementos es que construye la idea de emancipación como desafío o prueba.

Desde una sociología de la individuación, se busca estudiar al tipo de individuo que es estructuralmente fabricado por una sociedad en un periodo histórico determinado, a partir del análisis de los grandes factores estructurales o bien, a partir de los grandes desafíos estructurales que enfrentan los individuos desde posiciones sociales diversas. Las pruebas son los “desafíos históricos, socialmente producidos, culturalmente representados, desigualmente distribuidos que los individuos están obligados a enfrentar en el seno de un proceso estructural de individuación” (Araujo & Martuccelli, 2010, p. 83). Poseen cuatro grandes características analíticas (Araujo & Martuccelli, 2010, pp. 84-85):

1. Dimensión narrativa: la prueba supone en efecto un mecanismo de percepción desde el cual los actores experimentan y entienden sus vidas como sometidas a un conjunto de desafíos o problemas específicos.
2. Un tipo de individuo: las pruebas suponen un tipo de individuo que se encuentra obligado, por razones estructurales, a enfrentar estos desafíos.
3. Dimensión evaluativa: las pruebas se vinculan a procesos de evaluación, es decir, implican un sistema de selección de personas en que ellas se pueden evaluar como aprobando, desaprobandando, teniendo éxito o fracasando.

4. Dimensión estructural: la prueba no es cualquier problema vivencial, sino que circunscriben un conjunto de grandes retos estructurales, particularmente significativos, en el marco de una sociedad

A partir de ese concepto de prueba, Carbajo (2014) señala que “la emancipación se transforma, en, o puede leerse, como prueba o desafío estructural de la estabilización en la posición de sujeto adulto” (p. 119). En otras palabras, articulando la situación histórica concreta, los modos de transición a la vida adulta y los desafíos que asumen los individuos en ese proceso, es posible comprender a la prolongación de la juventud como una precarización de la vida adulta. En consecuencia, describe cuatro elementos fundamentales para operacionalizar esta forma de comprender a la emancipación como prueba (Carbajo, 2014, p. 120):

1. El proceso de emancipación residencial, entendiéndolo siempre de manera genérica y atendiendo a los significados que le atribuyen los actores, es indisoluble de los relatos en que los actores piensan, narran e interpretan el proceso que protagonizan [Dimensión narrativa de la prueba].

2. Se debe hacer referencia a la capacidad que tienen los actores para afrontar, reinterpretar o subvertir las prescripciones y procesos a los cuales están, en principio, sujetos o conminados [Dimensión del tipo de individuo que afronta la prueba].

3. En tanto proceso sancionado socialmente y de carácter más o menos normativo, toma la forma de una suerte de mecanismo de selección o marca de distinción a través del cual los propios actores se evalúan y son evaluados, forjan sus existencias y se coproducen en tanto que individuos [Dimensión evaluativa de la prueba].

4. El proceso de emancipación residencial constituye una parte importante de un conjunto de desafíos estructurales a los que los actores están obligados a responder y que difieren en función de las sociedades y los períodos históricos [Dimensión estructural de la prueba].

La emancipación juvenil, entendida como un proceso simultáneo de independencia económico-residencial y autonomía personal, constituye la prueba o desafío que enfrentan las personas jóvenes en su transición a la vida adulta, y su objetivo es el logro de la estabilización del modo de vida adulto. Sin ignorar la dimensión narrativa y evaluativa de las pruebas, la capacidad que tienen las personas de poder entregar consistencia, seguridad y/o solidez se convierte en un desafío a destacar en un contexto de desigualdades, vulnerabilidades e incertidumbres.

2.2 Sociología del individuo: individualización, estilos de vida y soportes sociales

Las sociologías del individuo es el principal encuadre teórico de la presente investigación, ya que permite definir tanto una estrategia teórico-analítica como describir los elementos característicos de la sociedad contemporánea, valiéndose de la subjetividad y la experiencia individual como ejes de su reflexión.

En las últimas décadas ha habido una renovación del interés de la sociología por el individuo, la cual ha conducido a desarrollar un conjunto de elaboraciones teóricas e investigaciones empíricas (Araujo & Martuccelli, 2012; Martuccelli, 2007; Martuccelli & Singly, 2012). El origen de esta renovación radica en una doble crisis: de la noción de personaje social y de la idea de sociedad.

Por una parte, la noción de “personaje social” es una forma de sintetizar una vocación común de la sociología, como proyecto intelectual, y que es la voluntad de explicar las acciones y experiencias de los individuos en función de su posición social. Bajo esa lógica, en especial a través de la socialización como estrategia teórico-analítica, se pretendía explicar una homología relativamente estrecha entre un conjunto de procesos estructurales, una trayectoria colectiva (de clase social, género o generación) y una experiencia personal (Martuccelli, 2007, p. 8). Por otra parte, la “idea de sociedad” constituyó la representación de una sociedad integrada, mediante una asociación de

niveles estructurales e institucionales con niveles micro-sociales, junto con una sensibilidad intelectual ante los grandes fenómenos sociales y conceptos teóricos (Estado-nación, clases sociales, instituciones, entre otros). Esta asociación entre noción de personaje social e idea de sociedad son las que han entrado en crisis en las últimas décadas (Dubet, 1996; Martuccelli, 2007).

Una de las principales causas es el proceso estructural de singularización, el cual ha independizado a los individuos de sus posiciones sociales, tensionando esta homología y abriendo paso a un nuevo conjunto de problemáticas y sensibilidades intelectuales. La singularización se ha expandido a un conjunto de ámbitos sociales, ya sea en el consumo y la producción industrial, la relación con las instituciones, las relaciones sociales o nuestros ideales de justicia. (Martuccelli, 2010). En este escenario, la sociología debe afrontar el hecho de que “el individuo es el horizonte liminar de nuestra percepción social. De ahora en más, es en referencia a sus experiencias que lo social obtiene o no sentido” (Martuccelli, 2007, p. 5)

No obstante, aunque la experiencia individual ha permitido a las ciencias sociales una forma renovada de comprender los fenómenos sociales, aquello también requiere tomar ciertos resguardos a la hora de investigar. El individuo debe ser colocado al centro del análisis, pero no para reducir el análisis sociológico al nivel micro social del actor, sino para construir una renovada macro-sociología de la sociedad contemporánea (Martuccelli, 2007, p. 11),. De esta manera, nos acercaríamos a la promesa, señalada por Charles Wright Mills, respecto a la imaginación sociológica como una cualidad mental que nos permita realizar el vínculo entre las grandes transformaciones históricas y la biografía de los individuos, con el objetivo de comprender las relaciones recíprocas entre los diferentes niveles de nuestro escenario histórico (Mills, 1994). Como señala este autor, una de las principales virtudes que ofrece la imaginación sociológica hace referencia a lo siguiente:

La idea de que el individuo sólo puede comprender su propia experiencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época; de que puede conocer sus

propias posibilidades en la vida si conoce la de todos los individuos que se hallan en sus circunstancias (Mills, 1994, p. 25)

En este orden de cosas, las sociologías del individuo nos posibilitan un nuevo marco de comprensión para los fenómenos sociales, a escala individual. Aquello puede sintetizarse en la siguiente reflexión:

De nada sirve leer los grandes procesos sociales si se es incapaz de comprender la vida de las personas: la forma en que viven, luchan y afrontan el mundo. Más que una simple perspectiva de análisis, que supone teorías y métodos particulares, la sociología del individuo es una sensibilidad. Intelectual y existencial. (Martuccelli & Singly, 2012, p. 11)

Para desarrollar esos objetivos, la sociología ha desarrollado tres estrategias teórico-analíticas para estudiar a los individuos: la socialización, la subjetivación y la individuación (Martuccelli, 2007). A continuación, se describe cada una de estas estrategias, definiendo su tesis central y su desarrollo en la historia de la sociología.

La socialización ha designado, simultáneamente, el proceso mediante el cual los individuos se integran a la sociedad, adquiriendo las competencias necesarias, y la forma en que una sociedad se dota de un cierto tipo de individuo. De esta forma, “los individuos se construyen, si no siempre en reflejo, al menos en estrecha relación con las estructuras sociales: valores de una cultura, normas de conducta, instituciones, clases sociales, estilos familiares” (Martuccelli, 2007, pp. 20-21). Esta estrategia intelectual se ha concentrado en la fabricación social y psicológica de los actores.

En un primer momento, la socialización subrayó el carácter unitario de los principios de socialización, ya sea desde una versión “encantada” que mostraba el aseguramiento continuo entre autonomía social e integración social, o desde una versión “crítica” que percibía a la sociedad como un conjunto de estructuras de poder que programa a los individuos, permitiendo así la reproducción del orden social y mostrando las ilusiones subjetivas respecto a la acción social (Martuccelli, 2007, p. 22). Autores como Talcott Parsons y Pierre Bourdieu son representativos de esta posición. En cambio, en un segundo momento, la socialización insistirá en el carácter diferencial de la socialización,

mostrando como al interior de una misma sociedad existen procesos plurales de integración social en función de diferentes categorías sociales, tales como la clase, el género, la etnia, la generación, etc. Una de las principales influencias ha sido la idea de socialización primaria y socialización secundaria, desarrolladas por Berger y Luckmann, y también los estudios culturales, feministas, sobre la desviación o las relaciones intergeneracionales. (Martuccelli, 2007, p. 22)

La subjetivación, en cambio, se concentra en la fabricación sociopolítica del actor en sujeto. En su trasfondo reside una concepción de la modernidad que está sometida a un continuo proceso de racionalización, es decir, la expansión de la coordinación, la planificación y la previsión de las diversas esferas de la vida social. (Martuccelli, 2007, p. 24). Su interrogante central es, considerando las dinámicas de control social, cómo es posible imaginar la posibilidad de una emancipación humana y cuáles son las figuras sociales del sujeto que son susceptibles de encarnarse para cumplir dicho objetivo.

En un primer momento, la subjetivación se asocia a la noción de sujeto colectivo y proyecto emancipatorio, y es la formulación hegeliana del marxismo realizada por Georg Lukács la que representa, con mayor profundidad, esta posición (Martuccelli, 2007, p. 25). El proletariado, como sujeto colectivo de la historia, tendría la misión universal de emancipación, ante la explotación capitalista y la alienación que engendra. En un segundo momento, durante las décadas de 1960-70 y bajo las discusiones de la “muerte del sujeto”, la subjetivación enfrentó el agotamiento de un sustrato normativo y emancipador, abriendo paso a posturas desencantadas respecto a la emancipación humana. Michel Foucault sería uno de los representantes de esta visión, ya que su planteamiento señala que el sujeto es efecto del poder y “es una consecuencia directa de las prácticas de examen, confesión y medida” y que “el despliegue de la racionalización es así sinónimo de la constitución de una subjetividad sometida de manera creciente a disciplinas corporales, con la ayuda de todo un aparato de discursos verdaderos.” (Martuccelli, 2007, p. 27).

Finalmente, la individuación sería aquella estrategia centrada en la fabricación socio-histórica de los individuos. Su planteamiento se inscribe en la tradición sociológica

abierta y/o desarrollada por Wright Mills (1994), en la que el análisis debe enfocarse en las interrelaciones entre historia de la sociedad y biografía de los actores. Su planteamiento puede resumirse, a la vez que diferenciarse de las otras posiciones, de la siguiente manera:

La cuestión no es entonces saber cómo el individuo se integra a la sociedad por la socialización o se libera por medio de la subjetivación, sino de dar cuenta de los procesos históricos y sociales que lo fabrican en función de las diversidades societales. Y aquí también el movimiento teórico general ha consistido en pasar de la consideración privilegiada de los factores macrosociales de individuación a la identificación y análisis de las pruebas y experiencias individuales.” (Martuccelli, 2007, p. 30)

En un primer momento, esta estrategia se enfocó en los principales factores macrosociales de la individuación, tales como los efectos de los grados de diferenciación social, la formación del trabajo asalariado, entre otros aspectos. Autores como Émile Durkheim o la Escuela de Chicago son representativos de este momento. En cambio, en un segundo momento, la individuación se abocó a las experiencias de los individuos y sus desafíos sociales, comprendidos como traducciones de las grandes transformaciones históricas a una escala individual (Martuccelli, 2007, p. 32). Las teorías de la individualización, en la sociología contemporánea, serían la fuente de renovación de esta vertiente, señalando el carácter reflexivo e indeterminado de las trayectorias biográfico-sociales.

La presente investigación se inscribe en la vertiente de la individuación, específicamente sobre la individuación por las pruebas o desafíos. Se considera a la emancipación económico-residencial como una prueba del devenir en individuo adulto, así como de estabilización de la vida adulta, como fue profundizado en el apartado anterior respecto a la emancipación juvenil. A continuación, se precisa cómo se comprenderá la individualización en esta investigación, puntualizando sus principales dimensiones analíticas y las diferentes versiones que tiene según la realidad que se tenga por objeto de estudio

Kathya Araujo (2012), en la sistematización que realiza sobre las tesis de la individualización en sus versiones europea y latinoamericana, señala tres aspectos

fundamentales de comparación: un diagnóstico histórico-social, el rol de las instituciones y el tipo de sujeto. Sobre esa base se construirá la argumentación utilizada en esta investigación, mediante los aportes diversos de la sociología contemporánea que contribuyen a contrastar las visiones del individualismo institucionalizado y el individualismo agéntico (Araujo & Martuccelli, 2012; Bauman, 2001; Beck & Beck-Gernsheim, 2001, 2003; Martuccelli, 2019). Estos aportes proporcionan, principalmente, los factores históricos, socioculturales e institucionales que están en la base de la fabricación de los individuos, y sus diferencias radican en los énfasis que realizan sobre el peso relativo de cada dimensión y las características del individuo.

Antes de empezar este recorrido, es menester definir qué se entiende por “individualismo”, para así poder comprender las divergencias entre los enfoques. Tradicionalmente, el individualismo ha designado a “las concepciones y a las instituciones que promueven, defienden o valoran explícitamente la dignidad, los derechos y los intereses de los individuos con respecto a los grupos” (Martuccelli, 2019, p. 9). En consecuencia, debe haber un reconocimiento fáctico de los intereses individuales, a la vez que un rol central de las instituciones para defenderlos. Por otra parte, aquí se revisan dos versiones del individualismo: la institucional y la agéntico. Sin embargo, no son las únicas existentes. Ambas responden, mayormente, a las realidades sociales europeas y latinoamericanas, respectivamente, y cumplen una función comparativa para los objetivos de este marco teórico. Sin embargo, pueden examinarse otras variantes, tales como el individualismo comunitario de las sociedades del África Subsahariana o el individualismo onto-relacional de las sociedades asiáticas, en que se configuran de diferentes maneras los niveles de diferenciación social, legitimidad de la individualidad, representaciones del individuo y efectos del contexto socio-histórico a escala individual (Martuccelli, 2019).

Las teorías de la individualización, en la sociología contemporánea, han sido desarrolladas por el denominado grupo de teóricos de la “modernización reflexiva”, el cual incluye a autores como Ulrich Beck, Anthony Giddens, Scott Lash y, aunque no directamente, a Zygmunt Bauman. Como sintetiza Martina Yopo (2013):

La teoría de la individualización surge a mediados de los años ochenta en Alemania en el contexto más amplio de las discusiones sobre la modernización reflexiva. La modernización reflexiva refiere al proceso de radicalización, disolución, flexibilización y transformación a gran escala de las estructuras que caracterizaron a la sociedad industrial. (...) En el contexto de estas transformaciones surge la teoría de la individualización para dar cuenta de una nueva forma de organización de la sociedad y de constitución de los individuos" (p. 5)

Según Martuccelli (2010), el corazón analítico del individualismo institucional, desarrollado por Beck, Giddens y Bauman, es la caracterización de un individuo que es solicitado y producido por un conjunto de instituciones sociales que "lo obligan a desarrollar una biografía personal bajo la impronta de prescripciones institucionales" (p. 18). Aquello se sintetiza en la tesis de Beck: "los individuos tienen la "necesidad de buscar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas"(Beck & Beck-Gernsheim, 2003, p. 31).

En primer lugar, el individualismo institucionalizado es formulado tomando como diagnóstico de época dos elementos: por una parte, la evidencia de la incertidumbre y la conciencia creciente de las amenazas de los riesgos globales, y, por otra, la aparición de nuevos estilos de vida y valores culturales. La individualización, en esta versión, sería el resultado de la des-tradicionalización o disolución de las esferas sociales y lógicas de acción generadas durante la sociedad industrial. De acuerdo a Beck (2003), estaríamos entrando a una "segunda modernidad", que señala que las personas deben enfrentar las consecuencias y efectos no previstos de la primera modernidad, y que se caracteriza por la desintegración de los principios, certezas y formas de cohesión social tradicionales.

En segundo lugar, el rol institucional es la clave principal de esta vertiente. Como señalan sus principales autores, en la actualidad las instituciones ya no estarían orientadas a los grupos sociales, sino a los propios individuos, quienes están obligados a construir de forma autónoma sus trayectorias biográfico-sociales y asumir las consecuencias de sus elecciones. Según los principales defensores de esta posición, "en las sociedades modernas, los individuos se enfrentan a nuevas exigencias, controles y constricciones. A través del mercado laboral, el Estado de Bienestar y las instituciones, la gente entra en una

red hecha de regulaciones, condiciones, salvedades...” (Beck & Beck-Gernsheim, 2003, p. 39)

En tercer lugar, el individualismo institucional describe la idea de un “sujeto reflexivo”, en su doble acepción: un sujeto que es reflejo de los cambios históricos que enfrenta, a la vez que requiere de la capacidad de análisis, reflexividad y toma de decisiones ante estos cambios (Araujo, 2012). Esa orientación, al menos en apariencia, marcaría una liberación de las constricciones tradicionales, tales como los vínculos de clase social y familia, a la vez que implicaría mayores riesgos ante las elecciones que estamos obligados a tomar, pudiendo conllevar sentimientos de malestar, frustración y ansiedad (Bauman, 2001). Aquello es lo que se denomina la “paradoja del individualismo institucionalizado”, y que puede definirse de la siguiente forma:

La propia vida —la vida de uno— no es una vida privativa; es más bien lo contrario: es una vida estandarizada que combina a la vez el éxito y la justicia y en la que el interés del individuo y de la sociedad racionalizada están íntimamente relacionados. La expansión del Estado-nación produjo y consolidó la individualización, con las doctrinas sobre la socialización y las instituciones educativas correspondientes. Esto es lo que yo llamo la paradoja del “individualismo institucional”. Las normas jurídicas del Estado del bienestar convierten a los individuos (no a los grupos) en los receptores de los beneficios, aplicándose con ello la norma de que la gente debería organizar cada más cosa de su propia vida (...) Los individuos se convierten en actores, constructores, juglares, escenógrafos de sus propias biografías e identidades y también de sus vínculos y redes sociales (...) En lugar de tradiciones vinculantes, las directrices institucionales aparecen en escena para organizar nuestra propia vida (Beck & Beck-Gernsheim, 2003, p. 71)

Por otra parte, este sujeto reflexivo existiría “independientemente” de las relaciones sociales, producto del trabajo institucional orientado hacia el individuo en defensa de los valores de la autonomía y las prescripciones de singularidad (Martuccelli, 2019, p. 11). Sin embargo, no podemos confundir este tipo de individuo con el planteado por la economía neoliberal, ya que esta concepción se basa en un ideal de yo-autárquico, cuya tesis puede definirse de la siguiente manera:

[La economía neoliberal] Presume que los individuos pueden dominar, autónoma y solitariamente, la totalidad de sus vidas, y que obtienen y renuevan su capacidad de acción de su propio interior. Es la idea del yo emprendedor. Sin embargo, dicha ideología choca con la experiencia cotidiana del mundo del trabajo, de la familia y de la comunidad local. Además, el individuo neoliberal autosuficiente implica, en última instancia, la desaparición de cualquier resto de obligación mutua, siendo una amenaza para los Estados de Bienestar (Beck & Beck-Gernsheim, 2003, p. 29)

El modelo del individualismo institucional presenta algunas insuficiencias. En primer lugar, a pesar del diagnóstico histórico-social de Beck, los procesos de individualización continúan respondiendo a criterios de clases sociales, género y otros condicionamientos estructurales (Araujo, 2012). En segundo lugar, la producción de los autores de la modernización reflexiva es mayormente ensayística, sin producir investigaciones empíricas profundas ni retratos singularizados de las consecuencias del proceso de individualización; al contrario, producen un relato homogéneo que se acerca a las coordenadas tradicionales de la socialización, pero que privilegia las dimensiones históricas e institucionales en el proceso (Martuccelli, 2010, p. 19). En tercer lugar, el individualismo institucional privilegia en mayor medida el trabajo institucional, como factor de individuación, sin considerar mayormente otros posibles condicionamientos estructurales, como el derecho, el territorio, la educación, etc. (Martuccelli, 2019, p. 12).

Esas tres insuficiencias, si es que no son examinadas con atención, pueden ocasionar una recepción acrítica y un uso descontextualizado de sus aportes. Evidentemente, la responsabilidad no es de los autores de la modernización reflexiva, ya que sus desarrollos teóricos son realizados en función de su contexto histórico, sociocultural, institucional y territorial.

La recepción de las tesis de la individualización en Chile permitió una apertura a nuevos campos de estudio, a la vez que nuevas orientaciones teóricas y metodológicas. Por ejemplo, para describir y analizar “las transformaciones culturales en la familia y las relaciones de intimidad, el catolicismo, el trabajo, el consumo cultural, el género, la política, la educación, la juventud, la publicidad y las políticas sociales” (Yopo, 2013, p.

6). Por otra parte, su orientación hacia la dimensión biográfica e individual permitió renovar aspectos de la sociología latinoamericana, que tradicionalmente se enfocaba en aspectos macro-sociales, tales como el Estado-nación y las transformaciones económico-políticas, o los movimientos sociales y las identidades culturales. Revisemos los tres elementos descritos por Araujo (2012).

En primer lugar, el diagnóstico de época difiere tanto en sus transformaciones como énfasis. Mientras que la globalización y la sociedad del riesgo eran los aspectos contextuales principales para el individualismo institucional, las teorías de la individualización en Chile se enfocaron en su relación con los procesos de modernización económica, social y política, producto de la instauración de una nueva matriz político-institucional durante la dictadura y la implementación y consolidación del modelo neoliberal (Araujo, 2012, p. 238).

De acuerdo con Norbert Lechner (2003), los desafíos políticos actuales provienen de los cambios culturales. Entre aquellos cambios señala el proceso acelerado de individualización, el advenimiento de sociedades de mercado y el fomento de la cultura de consumo. Aquellos aspectos implican un desapego a los vínculos, hábitos y normas dictados por la tradición y la comunidad. El autor considera, además, a la instauración de proyectos culturales, estilos de vida y formas de convivencia fundamentados en la flexibilización, la libertad de elección vía consumo, la precarización y desprotección laboral, junto con la erosión de mapas cognitivos sobre lo colectivo y la fragmentación de las relaciones e identidades sociales duraderas. En consecuencia, los individuos deben enfrentarse a la debilidad de los imaginarios colectivos, es decir, a la cada vez más difícil tarea de construir una idea de “nosotros”, ya sea como identidad nacional, imaginario democrático y relato común de nuestras experiencias personales.

Con respecto al papel de las instituciones, en las sociedades latinoamericanas predomina un individualismo sin asistencia fuerte, por lo que es poco pertinente aproximarse a este fenómeno desde la dimensión institucional. Esta es la principal

diferencia entre el individualismo institucionalizado y el individualismo agéntico (Araujo, 2012; Martuccelli, 2019; Yopo, 2013)

Los individuos en Chile son “híper-actores”, es decir, realizan un conjunto significativo de desafíos sociales por fuera, o incluso en contra, de las instituciones (Araujo & Martuccelli, 2012). No significa que las instituciones no hagan nada, sino que, a nivel del imaginario discursivo, los individuos se conciben a distancia de ellas, ya que "los cambios de la vida social son percibidos como generando expectativas que las instituciones no logran estructuralmente canalizar" (Araujo, 2012, p. 240). Aquello produce un sentimiento de que las instituciones se des-responsabilizan de las consecuencias y efectos que las situaciones sociales tienen sobre los cursos de vida individuales, por lo cual los individuos están empujados al uso de recursos y estrategias individualizados, en que los principales soportes residen en la familia, los seres cercanos y las redes informales de influencias, como el denominado “pituto” (Araujo & Martuccelli, 2012; Barozet, 2006; Lechner, 2000). En consecuencia, dentro del individualismo agéntico se describe una individualidad altamente legitimada, pero que no es fruto de los programas institucionales, sino más bien de su alejamiento o desamparo (Martuccelli, 2019, p. 26).

En tercer lugar, el sujeto reflexivo planteado por el individualismo institucional choca con los horizontes normativos que configuran al individualismo agéntico de las sociedades latinoamericanas. En otras palabras, el individuo latinoamericano no tendría como ideales la autonomía y la reflexividad, o los valores propios de la democratización moderna, sino que debe desarrollar otro tipo de capacidades, habilidades y razonamientos, como consecuencia de la situación histórica, cultural e institucional descrita.

El individualismo agéntico es una modalidad que subraya “las habilidades, la astucia, los esfuerzos que los actores son capaces de poner en práctica para lidiar con un conjunto de desafíos sociales en medio de débiles protecciones institucionales” (Martuccelli, 2019, p. 27). A la vez, la inasistencia institucional puede traducirse en prácticas clientelistas, vulnerabilidad y solidaridades frágiles, abuso de las autoridades,

movilización de redes informales de influencias, entre otros (Araujo, 2009; Arteaga & Pérez, 2011; Barozet, 2006; Guzmán et al., 2017).

Como síntesis de las diferentes visiones del individualismo, a continuación, se describen aquellos elementos comunes que permiten construir la idea de individualización como mandato de la subjetividad contemporánea, o, dicho de otro modo, los efectos que tiene la individualización en la configuración de la subjetividad.

En primer lugar, el estilo de vida contemporáneo se fundamenta en una obligación estructural de construir una biografía reflexiva, siempre abierta a la contingencia social, pero, al mismo tiempo, atravesada por fuertes condicionamientos sociales, institucionales y contextuales. Aquello es definido por Beck (2003) de la siguiente forma:

A medida que se amplía la gama de opciones y se aumenta la necesidad de decidir entre ellas se hace mayor la necesidad de acciones realizadas individualmente, de ajustes, coordinación integración. Para no fracasar, los individuos deben ser capaces de planificar a largo plazo, de adaptarse al cambio, de organizarse, improvisar, fijarse metas, reconocer obstáculos, aceptar las derrotas e intentar nuevas salidas. Necesitan iniciativa, tenacidad, flexibilidad y paciencia ante los fracasos (p. 42)

La individualización se transforma en un imperativo, no en una elección. Resumiendo lo planteado por Yopo (2013), los individuos se verían constreñidos, condicionados y exigidos por los procesos de individuación, forzados a lidiar con mandatos culturales individualizantes, obligados a diseñar su vida y fabricar su identidad sin referencia a los marcos tradicionales, presionados a realizar su vida de forma consciente y obligados por la libertad de elección, los principios de autonomía y las prescripciones de autenticidad (p. 7).

En segundo lugar, dicho estilo de vida se sostiene en una “libertad precaria” (Beck & Beck-Gernsheim, 2003, p. 38), la cual enfatiza las ambivalencias entre el deseo de construir una vida propia bajo los principios de la autonomía, a la vez que exige una cierta pérdida de certezas y lazos sociales fuertes. La libertad precarizada, o “malestar posmoderno”, se manifiesta “no en el miedo a la no conformidad, sino a la imposibilidad de conformarse. No al horror a la transgresión, sino el terror a lo ilimitado” (Bauman,

2001, p. 56). La individualización como mandato subjetivo implica que no elegimos, de manera directa y con garantías, las formas en que construimos nuestras biografías individuales, a pesar de estar constreñidos a tomar un sinnúmero de elecciones constantemente sin que aquellas tengan resultados favorables, seguros o confiables.

En tercer lugar, una de las consecuencias sociales de este estilo de vida es la dificultad, o incluso la indiferencia, en la construcción de relatos comunes respecto a nuestras experiencias colectivas, así como la búsqueda de fundamentos fuertes para llevar a cabo acciones colectivas de índole política. En cuarto lugar, y en sintonía con lo anterior, una de las consecuencias subjetivas de este estilo de vida es la interiorización e individualización del malestar, el riesgo y las contingencias sociales. Como señalan Beck y Beck-Gernsheim (2003), “las crisis sociales aparecen como algo individual y ya no son percibidas —o sólo de manera muy indirecta—, en su dimensión social” (p. 73). De esta manera, las personas no construyen narrativas colectivas de sus experiencias sociales, sino que narrativas individualizadas (Bauman, 2001; Silva Palacios, 2015). Esta despolitización o ausencia de las narrativas colectivas se traduce en “el rechazo de los vehículos colectivos, públicos, de trascendencia y el abandono del individuo a la lucha solitaria con una tarea que la mayoría de los individuos carecen de recursos para llevar a cabo en solitario” (Bauman, 2001, p. 16). Finalmente, estas dificultades, rechazos o indiferencias a la construcción de relatos comunes tienen como consecuencia la debilidad de los imaginarios colectivos, con lo cual cada vez cuesta más producir una idea de “nosotros”, ya sea la identidad nacional (nosotros los chilenos) o un imaginario democrático (nosotros los ciudadanos) (Lechner, 2003).

En la medida que los problemas de origen social deben ser asumidos de manera individual, los desafíos y métodos para subsanarlos pueden conllevar fracturas en nuestra subjetividad e, incluso, repercusiones graves en nuestra salud mental. Se deben desarrollar estrategias, o salidas, para sortear esta “tiranía de la incertidumbre y decisión” (Beck & Beck-Gernsheim, 2003, p. 46). Bauman llama a estas estrategias y métodos como una “economía política de la incertidumbre” (Bauman, 2001, p. 66), en la cual predomina el

sentimiento de pérdida de control del presente. Otros autores lo han conceptualizado como una “individualización del malestar”, e incluso verían en las afecciones a la salud mental una de sus principales vías de comprensión, en correlación a las consecuencias sociales y subjetivas que ha tenido el modelo neoliberal en la sociedad contemporánea:

Dicha individualización sitúa “al interior” de los sujetos (por lo tanto, en su espacio “psíquico”) un ideal que se vuelve imperativo y persecutorio, como exigencia de emprendimiento, de bienestar y, sobre todo, de rendimiento (o competencia), transformando al sujeto en objeto de imperativos producidos socialmente, pero que se experimentan, por así decirlo, “al interior” del sujeto mismo. Los discursos –es decir, ideologías y prácticas– de las economías neoliberales desplazan la lógica del malestar desde el ámbito socio-político al de una psicopolítica del individuo, enfrentado ahora menos a un orden social dado que a sus propias expectativas (y exigencias) de consumo y, también, al desencuentro con el otro, que se vuelve el vecino-adversario de su aparente bienestar. (Aceituno et al., 2012, p. 93).

Finalmente, junto con esta caracterización del estilo de vida, no hay que ignorar que es imposible estudiar a los individuos sin considerar su dimensión socio-existencial, es decir, los recursos y mecanismos por los cuales se sostienen en la vida social, ya que esta es la motivación original en la construcción de una sociología del individuo (Martuccelli, 2007, p. 64). El individuo moderno está obligado a la búsqueda, construcción y mantenimiento de un conjunto de soportes, los cuales puedan expresarse en relaciones sociales, actividades u objetos con significación personal. Los individuos requerimos de un conjunto significativo de soportes externos e internos, materiales, simbólicos o imaginarios. Aquello tiene como consecuencia lo siguiente:

El individuo no es pues aprehensible más que desde este conjunto de soportes materiales y simbólicos, próximos o lejanos, conscientes o inconscientes, activamente estructurados o pasivamente padecidos, siempre reales en sus efectos y sin los cuales, propiamente hablando, el actor no subsistiría (Martuccelli, 2007, p. 77)

Los soportes son, siguiendo la concepción ampliada de Martuccelli (2007a), un “conjunto heterogéneo de elementos, reales e imaginarios, que se despliegan a través de un entramado de vínculos, que suponen un diferencial de implicación según las

situaciones y las prácticas, y gracias a los cuales los individuos se sostienen (...) en medio de la vida social” (p. 81-82). Los soportes pueden ser difíciles de reconocer en determinados momentos, debido a que la conciencia que los individuos tienen de su uso es variable o que su expresión responde a las desigualdades sociales. Además, los soportes pueden ser de naturaleza simbólica, estableciendo intersecciones entre el ámbito interior y exterior de los individuos (por ejemplo, los diarios íntimos, como materialización de los sentimientos personales). Finalmente, a diferencia de la noción de capital o recurso, los soportes no siempre están bajo el control de los individuos, por lo que tienen la posibilidad o riesgo de transformarse en dependencia.

La noción de soportes nos permite, en función de una sociología del individuo, relevar tanto las dimensiones existenciales como sociopolíticas presentes en el sostenimiento del individuo y sus modos de vida. Desde su dimensión existencial, los soportes pueden ser objetos concretos y ordinarios, interpretados de manera diferente según el contexto y los actores, pero que forman parte del entorno socio-existencial singular de los individuos. Por lo tanto, los soportes pueden poseer una naturaleza simbólica, ficticia imaginaria, relacional o interactiva, y aun así ser un mecanismo de comprensión de los individuos.

Por otra parte, su dimensión sociopolítica radica en que no todos los soportes poseen el mismo grado de legitimidad. De acuerdo a Martuccelli (2007a), mientras mayor es la posición social de un individuo, mayores son las posibilidades de encontrarse prácticamente sostenido por el exterior, a la vez que mayor es su tendencia a auto-concebirse como sostenido desde el interior. Por ejemplo, la autonomía económica como soporte puede ser considerada como producto de la capacidad individual, olvidando el conjunto de redes y recursos que sirven como soportes para sostenerse en la vida social. Esa es la lógica de los “soportes invisibles”, en que los individuos expresan el “mito del individuo soberano” al sostenerse, sin mucha conciencia, por una serie de soportes ocultos, aunque legítimos. En cambio, los “soportes estigmatizantes”, operan bajo la lógica contraria: mientras más frágil es la situación y/o posición social del individuo,

mayor es su obligación a sostenerse desde el interior, y mayor es su posibilidad de demostrar su incapacidad de hacerlo. Por ejemplo, la asistencia social o el acceso a servicios públicos puede considerarse soportes estigmatizados, ya que revelarían que no se cumple la figura ideal del individuo soberano (sostenido por su capacidad económica individual), provocando la evaluación social y el prejuicio.

Los soportes de las juventudes, en su transición a la vida adulta, pueden ser variados y movilizados de diversas formas. Por ejemplo, para España, López Blasco (2006) ha mostrado las ambivalencias que tiene la familia en las relaciones intergeneracionales, siendo esta un soporte esencial en la construcción de proyectos personales de los individuos, a pesar de las contradicciones y conflictos en el interior del hogar. Por otra parte, Felice (2017) describe cómo la amistad y los significados del “hogar” sirve de soporte durante el transcurso de la salida de la residencia familiar y la construcción de un hogar propio; en ese sentido, no solo el apoyo familiar sería fundamental, sino también las asociaciones y ayudas mutuas entre pares de una generación ante la tarea de “vivir solos”. En Argentina, el barrio y los vínculos afectivos se han constituido como grandes soportes para la juventud, siendo dimensiones constitutivas de sus percepciones y concepciones de la realidad, los valores, las normas o la sociabilidad (Di Leo et al., 2013; Di Leo & Camarotti, 2017). Finalmente, incluso la tecnología se ha planteado como un soporte para los jóvenes en su vida cotidiana, en especial en la construcción y expresión de sus propios gustos, intereses e identificaciones, en la gestión de sus lazos y sentido de pertenencia a su grupo de pares, y por la búsqueda de estar siempre actualizados/as (Lemus, 2017). Relevar el papel de los soportes, para los propósitos de esta investigación, permite adentrarse en las formas en que los individuos jóvenes sostienen los retos de asumir el modo de vida adulto, junto con las dificultades para su estabilización en caso de no tener soportes institucionales fuertes. Además, el papel que se atribuye a los soportes permite develar la imagen que las propias personas tienen de sí, de sus capacidades y sus dependencias.

3. Marco Metodológico

3.1 Enfoque metodológico

El enfoque metodológico que guía la investigación es cualitativo. Como señala Flick (2007), la investigación cualitativa ha adquirido relevancia para el estudio de las relaciones sociales debido al advenimiento de un contexto de “pluralización de los mundos vitales” (p. 15); por ejemplo, los fenómenos de individualización, modernización o singularización anteriormente descritos.

Aunque exista un consenso respecto a la relevancia y proliferación de la investigación cualitativa en las últimas décadas, así como el desarrollo de múltiples técnicas de producción y análisis de datos, no existe univocidad en los debates respecto a la definición de la investigación cualitativa (Flick, 2007; Gibbs, 2012). Por ello, aquí se señalan algunas de las características básicas que definen este tipo de aproximación.

La investigación cualitativa privilegia la perspectiva de los propios participantes, considerando su diversidad y heterogeneidad, teniendo como principio básico de análisis a la “comprensión” (*Verstehen*) (Flick, 2015; Olabuénaga, 2012). Para el enfoque cualitativo, es necesario comprender a las personas y sus experiencias dentro de sus propios marcos de referencia, junto con una conciencia y sensibilidad, por parte de los investigadores, de los efectos que ejercen sobre su objeto de estudio (Taylor & Bogdan, 1987, p. 20). Por ello, el objetivo de la investigación cualitativa es captar, analizar y reconstruir los significados que los actores particulares les atribuyen a los hechos, más que la realidad objetiva de esos mismos hechos (Olabuénaga, 2012, p. 23).

3.2 Diseño muestral

El tipo de muestra utilizado es el de grupos sociales definidos de antemano (Flick, 2007, p. 77), y su construcción se basa en dos criterios: de inclusión y de diferenciación. Como criterio de inclusión se optó por incorporar personas que tuvieran entre 25 y 35 años de edad, y que contaran con independencia económico-residencial.

La independencia económico-residencial es uno de los principales hitos de la transición a la vida adulta. Su relevancia radica en que constituye un rito de paso entre la protección afectiva, económica y/o social de la familia hacia la autonomía personal y económica. Por consiguiente, se incluye a aquellas personas que, por una parte, han abandonado su hogar de origen y, por otra, sostienen económicamente su situación residencial actual, ya sea junto a su pareja o amigos, o de forma completamente autónoma.

Respecto a la edad, se utiliza como criterio de inclusión debido a que, dentro del grupo de personas jóvenes, son aquellas personas mayores de 25 años las que poseen en mayor proporción la independencia económico-residencial (INJUV, 2017). Además, se optó por ampliar el tramo etario hasta los 35 años, para así reconstruir narrativamente sus trayectorias de transición a la vida adulta.

Como criterio de diferenciación, se optó por incluir las variables de género y estratificación social, para analizar las divergencias en los modos de configurarse, comprender y narrar la transición a la vida adulta. De esta manera, aunque estos criterios no son determinantes de las trayectorias biográfico-sociales de los individuos, sí pueden operar como condicionamientos estructurales. Los estratos sociales se basan en la propuesta de León y Martínez (2001). Para estos autores, utilizar un enfoque basado en la estructura ocupacional, en vez de uno basado en la estructura socioeconómica de los ingresos, permitiría comprender cómo la desigualdad no se reduce a una distancia entre ingresos de los individuos y hogares, sino que también en los efectos que produce en las probabilidades de movilidad social de quienes las ocupan, junto con la distribución de las

oportunidades y las transformaciones internas dentro de cada clase social (León & Martínez, 2001, p. 7).

Las categorías o estratos sociales que construyen, sin incluir aquí las pertenecientes al sector agrícola, son las siguientes:

- 1) Empresarios no agrícolas: incluyen a la burguesía comercial y el gran empresariado capitalista del área industrial, de servicios y otros.
- 2) Sectores medios: incluyen tanto a asalariados como independientes, por ejemplo, los empleados de la burocracia estatal, profesionales y técnicos liberales, artesanado y pequeña burguesía transportista.
- 3) Sectores obreros o populares: incluyen a los trabajadores del área minera, industrial, de la construcción, del comercio y de los servicios.
- 4) Sectores marginales: incluyen a comerciantes y trabajadores marginales, así como a empleados domésticos.

Esta propuesta de estratificación socio-ocupacional ha sido seguida por diversas investigaciones, entre ellas para analizar la heterogeneidad de experiencias posicionales, de las lógicas de posicionamiento social y de los modos en que los individuos reconstruyen narrativamente su experiencia de movilidad en el espacio social (Arteaga, 2017; Silva Palacios, 2015). En este caso, por razones de acceso a la diversidad de estratos, la muestra se construyó considerando solo a sectores medios y sectores populares. De esta manera, la muestra final se conformó de la siguiente manera:

Tabla 7. *Composición de la muestra*

Estrato Social	Género	Ocupación	Edad	Comuna de residencia
Sectores Medios (SM)	Masculino	Profesor de educación media	32 años	Quilpué
	Masculino	Sociólogo con posgrado	32 años	Valparaíso
	Femenino	Enfermera	32 años	Viña del Mar
	Femenino	Ingeniera civil en obras civiles	28 años	Viña del Mar
Sectores populares (SP)	Masculino	Garzón y Barman	25 años	Quilpué
	Femenino	Empaque en supermercado	25 años	Valparaíso
	Masculino	Conserje	26 años	Valparaíso
	Masculino	Vendedor en retail	31 años	Valparaíso

3.3 Técnica de producción de datos

Las técnicas de producción de datos cualitativos tienen como objetivo “conocer cómo se crea la estructura básica de la experiencia, su significado, su mantenimiento y participación a través del lenguaje y de otras construcciones simbólicas” (Olabuénaga, 2012, p. 31). En el caso de la presente investigación, se utilizó como técnica la entrevista narrativa semiestructurada.

La entrevista es una “herramienta de carácter comunicativo que se propone captar significados que de ningún modo son hechos puros o simples, están mediados por la construcción que hacen los propios sujetos en base a su experiencia” (Merlinsky, 2006, p. 250). De esta forma, la entrevista como forma de conocimiento permite acceder a la experiencia y saber de las propias personas, privilegiando sus modos de expresión, evaluación y comprensión de sus trayectorias biográfico-sociales. Además, la entrevista semiestructurada es la técnica privilegiada de las sociologías de los individuos, ya que permiten acceder a la capacidad reflexiva de los individuos: el “trabajo sobre sí mismo” (Martuccelli & Singly, 2012, p. 90).

Las entrevistas narrativas, como tipo de entrevista, favorecen la comprensión de los/as entrevistados/as como “teóricos y expertos de sí mismo”.. Contar historias puede aportar elementos a la investigación que no siempre son obtenidos de forma directa. Las personas pueden significar su experiencia pasada al compartir esa experiencia con otros, así como re-evaluarlas desde nuevas ópticas y situaciones. Además, las narraciones biográficas poseen una fuerza dramática y retórica que entrega mayores matices para la interpretación de datos. Finalmente, puedan dar señales de las formas de actuar a futuro, modelando expectativas y configurando juicios valorativos (Bruner, 2004, 2013; Gibbs, 2012).

Finalmente, es necesario señalar que la entrevista es un texto negociado, el cual implica un contrato comunicativo entre investigador/a y entrevistado/a, surgido como un relato solicitado por el investigador en el marco de determinados objetivos de una

investigación. Por lo tanto, la entrevista es una situación de interacción social de carácter artificial y regulada por una pauta de entrevista (Merlinsky, 2006, p. 252). Para esta investigación, se utilizó una pauta de entrevista que buscó indagar en las trayectorias biográfico-sociales de los entrevistados, desde una orientación narrativa, y que permitiera captar los significados sobre las diferentes dimensiones de la transición a la vida adulta como experiencia: desarrollo de la independencia económico-residencial, asunción de nuevos roles y desafíos, soportes sociales y otros elementos que configuran el modo de vida de las personas y sus principales cambios en el tiempo.

3.4 Técnica de análisis de datos

De acuerdo con Flick (2007), en investigación cualitativa se trabaja fundamentalmente con textos, y en lo que se refiere a la presente investigación, se trabajará con las transcripciones de las entrevistas realizadas. Esta es la materia prima del análisis de datos, y el software Atlas.ti v. 7.5 será el utilizado como soporte para el análisis de los datos producidos.

Se utiliza el análisis narrativo (Bernasconi Ramírez, 2011; Riessman, 2008), específicamente el análisis narrativo de tipo temático. A continuación, se describe brevemente el enfoque narrativo, las características del tipo de análisis utilizado y la forma de categorización de los datos.

El análisis narrativo, dentro del campo de las ciencias sociales, hace referencia a una familia de enfoques hacia diversos tipos de textos que tienen en común una “forma de historia” (*storied form*), y que surge del “giro narrativo” que adoptan las ciencias sociales producto de las críticas hacia los paradigmas positivistas y las grandes teorías sociales, como el funcionalismo y el marxismo (Bernasconi Ramírez, 2011; Clandinin, 2006; Riessman, 2008).

De acuerdo con Bernasconi Ramírez (2011):

El análisis narrativo se ocupa de la interpretación de un subconjunto particular de textos: aquellos que se estructuran como relatos o historias. En la medida en que son estos “asuntos relatables o narrables” (*storyable ítems*) los que representan el objeto de estudio sistemático, los análisis narrativos tienden a favorecer el análisis de casos, por sobre el temático o el centrado en variables (aunque no los excluye). (...) La idea de la narrativa, firmemente anclada en las tradiciones cualitativas de la investigación social, enfatiza la experiencia vivida de los individuos: una experiencia que puede observarse desde múltiples perspectivas, que sucede y hace sentido en un contexto social determinado y cuya comprensión se ve afectada por el proceso indagatorio y por las características de quien investiga. (p. 20)

La elección de este enfoque de análisis se basa en su pertinencia al problema de investigación, ya que cruza tanto las dimensiones de contenido de la información, del contexto espacio-temporal de la experiencia y, fundamentalmente, que la información es construida a partir de la propia experiencia.

Dentro de los modelos de análisis narrativo, caracterizados por Riessman (2008) como adecuados para el análisis de narraciones orales de experiencias personales, se encuentran cuatro tipos: análisis temático, análisis estructural, análisis dialógico-performativo y análisis visual. En la presente investigación se empleará el análisis narrativo temático, principalmente por su orientación a comprender las significaciones y temáticas que pueden surgir de las narraciones.

El análisis temático hace énfasis en el “qué” de la narración, es decir, en el contenido de la narrativa y su relación con los diferentes recursos retóricos y culturales que utilicen los participantes. Dentro del análisis temático, se recopilan un conjunto de relatos que posteriormente se reagrupan de acuerdo a categorías analíticas que surgen de los datos (Bernasconi Ramírez, 2011; Riessman, 2008). Dentro de este enfoque, el lenguaje es visto como un recurso de la comunicación, más que como el objeto mismo de la investigación. Sin embargo, esto no necesariamente implica que exista una neutralidad y objetividad en la producción de los datos, por lo que se deben tomar en cuenta los contextos de las

narraciones. Finalmente, este tipo de análisis narrativo es cercano a las lógicas y propósitos de la teoría fundamentada (*grounded theory*), pero se distingue debido a que no pretende fragmentar la información, sino que preservar “la secuencia narrativa completa y las referencias temporales y espaciales del relato” (Bernasconi Ramírez, 2011, p. 22).

Las narrativas o relatos poseen diversos significados, o incluso niveles de significados. Sin embargo, existe un relativo acuerdo en entender como “relato” a una historia que da cuenta de un suceso, o serie de sucesos, conectados en un todo que haga sentido, frecuentemente mediante el recurso a la cronología (Bernasconi, p. 17). La estructura básica de un relato contiene, al menos, los siguientes componentes:

[Una] secuencia de acontecimientos y acciones que tiene importancia para el narrador y su público, y que tiene una dimensión temporal (...) El relato se mantiene unido por patrones reconocibles de eventos llamados argumentos o tramas. Son centrales para la estructura de estos argumentos o tramas, los aprietos o apuros y los intentos de soluciones (Fernández-Núñez, 2015, p. 95)

Siguiendo a Jerome Bruner (1991), las características esenciales de las narrativas son:

- 1) Secuencialidad: "una narración consta de una secuencia singular de sucesos, estados mentales, acontecimientos en los que participan seres humanos como personajes o actores. (...) Su significado viene dado por el lugar que ocupan en la configuración global de la totalidad de la secuencia: su trama o *fábula* (p. 56)
- 2) Indiferencia fáctica: las narraciones "pueden ser "reales" o "imaginarias" sin menoscabo de su poder como relatos (...) lo que determina su configuración global o la trama es la secuencia de sus oraciones, no la verdad o falsedad de esas oraciones" (p. 56).
- 3) Desviación de lo canónico: las narraciones se especializan en la elaboración de "vínculos entre lo excepcional y lo corriente" (p. 59).
- 4) Carácter dramático: en tanto las desviaciones de lo canónico posean consecuencias morales, las narraciones pueden ser investidas de un carácter dramático.
- 5) Paisaje dual: dentro de las narraciones, "los acontecimientos y las acciones del mundo supuestamente "real" ocurren al mismo tiempo que una serie de

acontecimientos mentales en la conciencia de los protagonistas" (p. 62). Los sujetos interpretan un contexto, significan a la realidad, por lo que las historias no solo poseen un status moral, sino también un status epistémico.

- 6) Organización de la experiencia: las narraciones funcionan como elaboraciones de marcos de referencia para "construir" y comprender el mundo, caracterizar su curso, segmentar acontecimientos significativos, identificar lugares y personas, entre otros. Para ello, utilizan diferentes recursos retóricos como la metáfora, la metonimia, etc. (p. 66)

A continuación se detalla el plan de análisis de la información, el cual se basa en la propuesta de Fernández-Núñez (2015). Aunque esta autora trabaje con narrativas escritas en entornos *online*, aquí se realiza una adaptación de dichas fases de análisis:

- 1) Selección de participantes, obtención de la información y definición del tipo de análisis.
- 2) Identificación de las temáticas principales: bajo el criterio de saturación temática y exclusión mutua, se identifican las temáticas principales en la información hasta que ya no surjan temáticas nuevas.
- 3) Reconstrucción de la información en función de las temáticas identificadas: bajo el criterio de exhaustividad, se reorganiza la totalidad de la información siguiendo las temáticas identificadas con anterioridad
- 4) Análisis de la relevancia teórica de las temáticas identificadas: bajo el criterio de pertinencia, se profundiza en cada una de las temáticas identificadas, buscando establecer vínculos entre la información obtenida, los objetivos de la investigación y el marco teórico que opera como referencia para la comprensión de los datos.
- 5) Reconstrucción de las narrativas culturales, mediante tres niveles de análisis: a) identificación de eventos y sucesos vividos por los participantes; b) identificación de las vivencias o modos como los participantes valoran, perciben o interpretan todos esos sucesos o evento; c) reconstrucción de las narrativas culturales asociadas a las vivencias de los participantes.
- 6) Reconstrucción de las meta-narrativas culturales

3.5 Criterios de calidad

Los criterios de calidad son esenciales en todo proceso investigativo, pues remiten a la revisión rigurosa de los fundamentos epistemológicos, teóricos y metodológicos con los cuales se realizan los distintos aportes al conocimiento. Como señalan Cornejo y Salas (2011), el rigor metodológico puede definirse como “el establecimiento de parámetros que permiten acceder y asegurar la credibilidad, autenticidad, confianza e integridad de los resultados propuestos en una investigación” (p. 14). En este sentido, a continuación se presentan los criterios de calidad propuestos por Guba y Lincoln, los cuales son: credibilidad, confirmabilidad y transferibilidad (en Rada Cadenas, 2007).

La credibilidad hace referencia a la recolección y/o producción de datos que, posteriormente, pueden ser reconocidos como válidos por los propios informantes. En otras palabras, opera como un valor de verdad en la investigación, ya que la información producida debe ser una imagen lo más clara y representativa de la realidad social estudiada (Rada Cadenas, 2007). Para ello se contempló la devolución de las transcripciones de entrevistas a los/as participantes, incluyendo la posibilidad de generar reencuentros para seguir construyendo información pertinente.

La confirmabilidad señala la posibilidad de que otros investigadores tengan conocimiento de los procedimientos realizados en una investigación, es decir, saber qué hizo otro (Rada Cadenas, 2007). Para ello, es necesario registrar los diferentes pasos del proceso de investigación, tales como las características de los informantes, los criterios de inclusión y el acceso al campo, los artefactos utilizados en la grabación, transcripción y análisis, etc.

La transferibilidad indica las posibilidades de ampliar los resultados a otras poblaciones. En este caso, lo más importante fue realizar una caracterización minuciosa del contexto socio-histórico del problema y de las personas que participan en la investigación (Rada Cadenas, 2007).

Finalmente, otros autores han reparado en la posición del propio investigador en el terreno de la investigación (Cornejo & Salas, 2011), ya que, como señala Gibbs (2012), “el investigador cualitativo, como todos los demás investigadores, no puede afirmar que es un observador objetivo, inapelable y políticamente neutral situado externamente y por encima del texto de sus informes de investigación.” (p. 125). Por lo mismo, como investigador es necesario tener una conciencia crítica del papel que se juega en la producción de conocimiento, y en las limitaciones que eso puede tener en la propia investigación.

3.6 Consideraciones éticas.

La investigación cualitativa tiende a producir datos que pueden afectar la confidencialidad, identidad e intimidad de sus participantes, especialmente por la profundidad que se pueda alcanzar en determinados temas personales (Gibbs, 2012). Por este motivo, es necesario tomar algunos resguardos tengan como objetivo, fundamentalmente, no perjudicar a aquellas personas que contribuyen a producir estos datos en tanto informantes.

Se utilizó un documento de consentimiento informado como principal resguardo ético. En este documento se definen el tema y los objetivos de la investigación, las implicancias que puede tener para el entrevistado, así como los derechos que posee. Además, informa que las entrevistas serán grabadas y transcritas, con motivos de un posterior análisis. Se asegura la confidencialidad en el uso de la información, así como la identidad e intimidad de las personas, por lo que se utilizaron seudónimo al momento de realizar la transcripción y análisis de la información. Finalmente, la transcripción de las entrevistas debe ser copia fiel de la conversación realizada, por lo que se hizo una devolución de la entrevista grabada, de su transcripción y de los resultados de la investigación.

4. Presentación de los resultados

En este capítulo se exponen los principales hallazgos de la investigación, cuyo propósito central ha sido analizar las narrativas sobre la transición a la vida adulta que construyen las personas jóvenes adultas. Antes de presentar las dimensiones centrales del análisis, resulta pertinente detallar en breve el recorrido teórico y metodológico hasta aquí realizado.

Para desarrollar los objetivos propuestos en este estudio se avanzó en una delimitación conceptual de la juventud, considerada fundamentalmente como transición a la vida adulta, pero que también reparara en su carácter de experiencia biográfico-social. La transición a la vida es comprendida como un proceso configurado por elecciones individuales, condicionamientos estructurales y el contexto social de la persona. Su esencia radica en la asunción, incorporación y/o aprendizaje de un conjunto heterogéneo de elementos (roles, obligaciones, desafíos, actitudes) y por la realización de hitos o ritos socialmente establecidos (finalización de estudios, iniciación sexual, inserción laboral, independencia residencial, ejercicio de ciudadanía).

En ese marco teórico-epistemológico, y para capturar y comprender los diferentes significados que tiene este proceso, se seleccionó uno de sus principales hitos: la “independencia económico-residencial”. Esto significa, por una parte, abandonar el hogar familiar y, por otra, construir y sostener autónomamente un nuevo hogar (situación residencial). Además, este proceso implica otras dimensiones de la vida adulta, como la autonomía personal y el trabajo. En consecuencia, y siguiendo la propuesta teórica de Carbajo (2014), se enmarcó la idea de emancipación como un desafío social, es decir, como un mandato de estabilización de la posición social del sujeto adulto.

Además, la orientación y concepciones teóricas de las sociologías del individuo fueron piezas esenciales del análisis. Permiten contextualizar socialmente, y comprender teóricamente, los efectos que la individualización puede tener sobre la subjetividad de las personas. En ese sentido, la individualización es comprendida como mandato subjetivo,

para el cual los individuos deben recurrir a un repertorio de estrategias, habilidades, recursos y soportes, depositando en ellos mismos los eventuales resultados. En otras palabras, contribuye a comprender las lógicas discursivas, narrativas, prácticas y relacionales de la responsabilización individual. De esa forma, se exploran los vínculos entre los aspectos biográficos y estructurales de la transición a la vida adulta; sin embargo, evitando la mera exposición demográfica y la profundización biográfica descontextualizada. En consecuencia, se buscó caracterizar qué significa ser un sujeto adulto en la sociedad chilena contemporánea, considerando los múltiples elementos que definen el saber-hacer de lo social.

Finalmente, en lo que concierne al modo de construcción y análisis de la información utilizada, cabe destacar que las narrativas han resultado ser herramientas metodológicas productivas para los propósitos fijados. Primero, porque las narrativas permiten construir un vínculo entre la dimensión teórica y la dimensión práctica del objeto de estudio, es decir, tanto de los significados y discursos de la vida adulta como de las prácticas y posiciones sociales que los expresan. Segundo, favorecen el análisis reflexivo de las propias personas entrevistadas, interpretando y evaluando así los diferentes aspectos de sus trayectorias. Tercero, porque es una vía en la cual es posible enlazar aquellos elementos que se sienten como propios o personales (biografías individuales) con otros relacionados al contexto social, a una época histórica o a condicionamientos estructurales (clase social, género, etnia, etc.).

La presentación de los resultados se expone de la siguiente manera.

En primer lugar, se analiza narrativamente el proceso de independencia económico-residencial, es decir, en tanto relato de una experiencia, con el objetivo de describir las singularidades y afinidades de estas experiencias, a la vez que comparar estos elementos bajo los criterios de estratificación social.

En segundo lugar, partiendo de las narrativas construidas, se aborda el problema de la transición a la vida adulta en términos de su “concepto”, es decir, del conjunto de

significados, representaciones, prácticas, creencias y otros elementos que permiten precisar qué significa ser y/o convertirse en un sujeto adulto.

En tercer lugar, y siguiendo la lógica anterior, se busca profundizar en la idea de “marcadores subjetivos” de la vida adulta, entendidos como una expresión singularizada de los eventos de transición tradicionales, es decir, momentos en la biografía de la persona que remiten a su identificación o reconocimiento como sujetos adultos y que tienen significación personal.

En cuarto lugar, se pretende situar la transición a la vida adulta en la sociedad chilena contemporánea, para así indagar en el papel de las instituciones, el carácter de las relaciones sociales y el vínculo con las familias que tienen las personas durante este proceso.

4.1 Narrativas de la independencia económico-residencial: origen, desarrollo y evaluación de las trayectorias

El primer capítulo analítico tiene como propósito analizar narrativamente los procesos de independencia económico-residencial, en tanto un de los principales eventos que marcan la transición a la vida adulta. Por una parte, se analizan las diferentes dimensiones y etapas de este proceso: los motivos de la independencia, el modo de concretarla y sostenerla, los vínculos familiares durante el proceso y la evaluación general que los individuos realizan. Por otra parte, simultáneamente se analizan las variaciones percibidas según estratificación social.

Los motivos que originan la independencia tienen relación, fundamentalmente, con las características de la situación inicial de dependencia. Evidentemente, las personas entrevistadas tenían plena conciencia de que no vivirían en el hogar de sus padres eternamente. No obstante, existen variaciones sociales respecto a la causa concreta de la independencia y cómo se sostuvo económicamente.

En ese sentido, en los sectores populares existen dos motivos fundamentales: las condiciones sociales y los conflictos familiares presentes en el hogar. Ambas nos hablan

de limitaciones que van teniendo las personas al crecer, ya sean en términos económicos, sociales, valóricas o relacionales.

Las condiciones sociales del hogar familias constituye uno de los orígenes de la independencia residencial, debido a las limitaciones económicas que tienen las personas jóvenes respecto a sus gustos personales, o también por las condiciones materiales en que viven. En ese sentido, en este motivo es posible observar con mayor nitidez las diferencias entre estratos sociales. Las personas jóvenes empiezan a tomar conciencia de esta situación, por lo cual empiezan a trabajar para poder costear esos gustos de la adolescencia y, en algún futuro próximo, poder independizarse. Así lo expresa una de las entrevistadas de sectores populares en su relato:

Mis primeros trabajos fueron como a los 15 años. Fue por un tema, más que nada, por pensar la realidad que estaba viviendo mi familia, de que no me podían dar todo lo que yo quería. Entonces, había la posibilidad de una persona que yo conocía, que ella tenía un local de, así como que necesitaba a alguien para atender en un local que vendía snack, completos, cosas así de comida rápida. (...). En ese tiempo, lo único que pensaba era, no sé, comprarme yo mi ropa, o si quería salir con mis amigas, yo tenía mi plata y no tenía que depender de mis papás pa que me dieran plata (Andrea, 25 años, SP).

Respecto al segundo motivo, la independencia se manifiesta como una necesidad de, y oportunidad para, evitar los roces con los miembros de la familia, conflictos del hogar, las diferencias de opinión, las discusiones, el control de los padres, entre otros ejemplos. Así lo relata uno de los entrevistados, quien desde la juventud inició un camino de “independencia personal” que lo llevó a tomar la decisión de afrontar la independencia residencial:

Este modo de vida como más (...) se transformó en una necesidad personal. Porque me di cuenta de que necesitaba tiempo. Desde el primer momento que dejé el colegio lo fui asimilando de a poco y me he ido poniendo metas, como que voy a ser más ordenado en este sentido porque, de esta manera, voy a conseguir como ciertos “permisos”. Así era al principio, como para poder salir, cachai. Luego me di cuenta de que podía ahorrarme ciertos conflictos en mi casa siendo independiente (José, 25 años, SP).

Los conflictos familiares pueden ser de diferente naturaleza. En el caso de una de las entrevistadas, fueron debido a ciertas imposiciones en el modo de pensar y actuar, las cuales provenían de las creencias religiosas y morales de los padres que le impedían ser más libre como persona. Sin embargo, y a pesar de las molestias y frustraciones, en cierta forma ella los comprende y mantiene su cariño hacia ellos, por lo cual comprendió que lo mejor era abandonar el hogar:

Sabía que ellos eran así porque había algo de su realidad, de sus creencias, que los hacía ser como eran. No los juzgaba tampoco, no los criticaba en que ellos tenían que cambiar. Así que, al final la única forma que yo encontraba, que era la mejor era como, si yo no me encajo en eso, mejor salgo, pero sin hacerlos cambiar a ellos, porque ellos son felices así. (Andrea, 25 años, SP).

En algunos casos, como el de Antonio (26 años, SP) se complementan ambos elementos: las condiciones sociales y los conflictos familiares. Desde la adolescencia comenzó a “analizar” a su familia, reflexionando sobre aquellas cosas que le impedían sentirse libre o cómodo dentro del hogar. Por una parte, ciertos conflictos por las actitudes y modos de pensar de su familia llevaban a tener discusiones y limitaciones, los cuales consideraba como una “carga familiar”. Esos motivos le llevaron a alejarse de la familia. Incluso, consideró su independencia como una “misión”, buscando la oportunidad y seguridad para poder concretarla. Por otra parte, el tamaño de la casa le impedía tener un espacio propio:

Mi casa igual era chica, yo tenía una pieza que no estaba pensada para ser una pieza, pero ahí me acomodaron. Entonces, por un tema de comodidad también era complicado ese asunto, porque éramos muchos (...) Entonces, cuando tú estás en casa teni que escuchar discusiones ajenas, que para mí eran una carga (Antonio, 26 años, SP).

En el caso de los sectores medios, la independencia es mirada como un proceso natural en la vida de las personas. No existe una presión familiar por abandonar el hogar, ni tampoco limitaciones económicas o materiales que inviten a aquello. De hecho, en los sectores medios no se suele empezar a trabajar desde la adolescencia, aunque sea para

costear los gustos personales como la ropa o las salidas con amigos. En este sector, las personas tienen mayores márgenes de libertad y decisión individual, y también mayores capacidades de elección respecto a su independencia. En síntesis, se espera el mejor momento para poder abandonar el hogar, en vez que los conflictos o limitaciones del hogar gatillen la salida.

En el caso de Gabriela (SM, 32 años), por ejemplo, existió la posibilidad de cursar estudios superiores a otra región siendo subsidiada económicamente por la familia. El finalizar sus estudios de Enfermería, teniendo mayores oportunidades para acceder a un trabajo bien remunerado, decidió independizarse económicamente de sus padres.

La ausencia de conflictos familiares o limitaciones económico-sociales permite a las personas de sectores medios independizarse, fundamentalmente, a partir de sus propias decisiones. Por ello, tienen la ventaja de permanecer mayor tiempo en el hogar hasta que tengan la completa seguridad de que lo harán con éxito, pudiendo realizar una mejor preparación previa al alero de sus familias: finalizar estudios superiores, insertarse laboralmente, lograr una buena situación en términos de ingresos y estabilidad, etc. Por ejemplo, en el caso de Marcelo (32 años, SM), tuvo la oportunidad de finalizar sus estudios en Sociología y realizar un Magister, y posteriormente empezó a trabajar. Cuando alcanzó una situación laboral que le diera seguridad concretó su independencia económico-residencial (anteriormente tuvo una experiencia de independencia residencial, pero subsidiada económicamente por su familia). Esto ocurrió hace aproximadamente dos años. Decidió vivir en un lugar cercano a su trabajo y a su familia. En conclusión:

Eso fue en términos de la decisión. Pero una vez que se tomó esa decisión, no ha sido para nada difícil, ha sido como una transición súper normal (Marcelo, 32 años, SM).

Una situación similar relata otra de las entrevistadas, en términos de sensaciones y condiciones:

Mm, es que, por ejemplo, yo no tuve temores. Porque mi independencia llegó, o yo la busqué, cuando ya estaba segura de todo. Sabía que el dinero me alcanzaba. Busqué arriendo en un barrio que me encantaba, estaba segura de mi pega, entonces no tenía temores la verdad. Pero eso es porque yo lo hice todo bien planificado. (...) Lo había pensado hace tiempo, pero para planificarlo y que todo saliera bien esperé el momento justo (Fernanda, 28 años, SM).

Es esta mayor capacidad de planificación, elección y autonomía la que permite concretar la independencia económico-residencial más tardíamente. De hecho, la edad en que las personas se independizan dan muestra de las diferencias de estrato social. Mientras en los sectores populares se independizan antes de los 25 años, en los sectores medios la edad va desde los 27 a 30 años. Aquello pueda deberse a que, por los motivos ya descritos, las personas de sectores populares se ven impulsadas a trabajar siendo más jóvenes, con lo cual obtienen ingresos y experiencia más tempranamente. Hay que recordar que se considera la independencia económico-residencial, es decir, que las mismas personas sostengan económicamente su situación residencial. En ese sentido son independientes más tempranamente, por lo que no cuentan las experiencias residenciales que son subsidiadas económicamente por la familia de origen y que suelen estar presentes en los sectores medios.

Respecto al modo de sostener la independencia económico-residencial, la pareja constituye uno de sus principales soportes, en términos afectivos, económicos y sociales. De hecho, es el principal apoyo que tienen las personas de origen popular para dar el paso hacia ella y poder sostenerla económicamente. Recordando el caso de Andrea (SP), quien decidió dejar el hogar debido a los conflictos y limitaciones económicas presentes allí, ella decidió concretar su independencia al ver la situación de su pololo, quien no tenía esa “presión de la familia”. Al avanzar en su relación, pasar más tiempo juntos, tomar decisiones compartidas, se convenció de tener la “seguridad” para ser independiente.

Otro aspecto a considerar es el carácter y relevancia de las relaciones con la familia que tienen las personas, posterior a la independencia económico-residencial. Respecto a esto no existen mayores diferencias respecto a la edad, el estrato social o el género. En

general, la relación con la familia suele mejorar una vez que se abandona el hogar, o, al menos, no existen los motivos para que se vuelva conflictiva.

Por ejemplo, en el caso de Andrea, ella sentía la imposición, presión y críticas de su familia, también al comunicarles que se iba a independizar. De hecho, pensaba que al independizarse su familia dejaría de tener mucho contacto con ella, debido a que, en sus palabras:

Estaba la gente que te juzgaba, que no te apoyaba, que no te hablaba, teniai a toda la familia detrás de ti (Andrea, 25 años, SP).

Sin embargo, reconoce que no tiene problemas ni resentimientos con ellos, sino que, con el pasar del tiempo, comprende de mejor forma sus decisiones:

No por eso yo no la quería o que los odiaba a ellos. Siempre hay un amor hacia ellos. Entonces, saber que si yo me independizaba iba a tener en contra que ellos me iban a dar la espalda. Pero al final no fue así, al final fue mejorando la relación, la comunicación y ahora estoy bien con ellos, con mi familia. (...) Mejora la relación, sí. Porque yo estoy feliz como estoy ahora, saliendo del hogar, y ellos siguen siendo felices porque siguen haciendo lo que a ellos les gusta (Andrea, 25 años, SP).

En el caso de los sectores medios, la relación con la familia también mejora, o se mantiene igual, una vez que las personas se independizan. Aunque los conflictos entre familia e hijos/as no poseen el grado o generalidad que los sectores populares, si es cierto que, a veces, existen algunas incomodidades al vivir juntos que se deshacen con la independencia. Para Marcelo, por ejemplo, la relación con su madre ahora es mucho más fluida e, incluso, ella se ha vuelto mucho más cariñosa con él:

De hecho, ha sido curioso, porque desde que me fui, ella se ha puesto mucho más... regalona como madre. Como que ahora dice "Pucha, ahora lo echo de menos", y cosas así. Pero en el momento quería que puro me fuera. Entonces, es como bipolar en ese sentido (Marcelo, 32 años, SM).

Finalmente, respecto al balance de sus experiencias de independencia no pareciera haber diferencias sociales sustanciales. En general, existe una evaluación positiva, principalmente en virtud de la autonomía que se obtiene luego del sacrificio y esfuerzo personal que se lleva a cabo para conseguir la independencia. De hecho, en ambos sectores sociales se asocia el “éxito” a sus consecuencias de índole individual: autonomía, libertad, empoderamiento, satisfacción, etc.

Por ejemplo, en el caso de Andrea (SP) se valora enormemente el hecho de que exista libertad de elegir, de tomar decisiones propias, de “tomar las riendas de la propia vida” y no tener a alguien diciendo qué hacer o pensar. También es el caso de Antonio (SP), para quien la independencia le ha traído una autonomía en el modo de pensar y, por ende, una mayor satisfacción personal. O en el caso de Fernanda (SM), quien siente que lo mejor de la vida independiente es el empoderamiento que se consigue: “ser dueño de todo”.

Las razones de este éxito, además, también se vinculan a aspectos individuales. En algunos casos se agrega a la pareja en el relato. Por ejemplo, Fernanda (SM) indica que lo más importante para haber logrado la independencia fue la planificación y el esfuerzo involucrado, en el sentido de elegir bien dónde y con quién vivir, para que así la experiencia sea más gratificante:

Solo de tu esfuerzo, yo creo. Porque el esfuerzo implica planificación, pensar bien las cosas, de repente tener que priorizar. Todo eso con una meta en mente, cachai. Yo me quería ir a vivir con mi pololo, así que vi un barrio que nos gustara, ahorramos un poco, comenzamos a comprarnos nuestras cosas y eso. Compramos lo más importante primero. Al principio yo pensé que sería más gradual el cambio, que me vendría abajo incluso, que me costaría más. Por ejemplo, que iría algunos días donde mi mamá. Pero me gustaba tanto estar aquí que en verdad me vine y nunca más me fui a quedar con mi mamá. Yo cacho que es como "sentirse realizada", una cosa así, tenía claro que quería y lo hice nomás. Con ayuda de mi pololo y eso, pero dependió que cómo quise hacer las cosas (Fernanda, 28 años, SM).

Esto también es manifestado por Gabriela (SM), para quien el factor más importante para sostener la independencia es el esfuerzo, especialmente vinculado a la paciencia, la resiliencia y tener expectativas claras que puedan concretarse. Como señala, “para cumplir esas expectativas depende de uno, solo de uno, porque si tú eres una persona frustrada en tu trabajo, vas a quedarte ahí en el montón y no vas a avanzar”. En cambio, una vez que se va aceptando la rutina laboral como parte de un proceso mayor, y se lo va afrontando con “madurez”, sin cuestionar demasiado las situaciones, entonces las personas podrán tener mayor éxito con el tiempo.

4.2 ¿Qué significa ser adulto/a?: lo adulto como concepto social

La transición a la vida adulta puede ser abordada desde diferentes ópticas, y así lo ratifican los propios relatos de las personas entrevistadas. Las retóricas descriptivas de este fenómeno social aluden a una pluralidad de elementos: ideas, experiencias, recuerdos, valores, etapas, juicios, expectativas, etc. Considerando aquello, la finalidad de esta sección es bosquejar los conceptos de adultez, y el paso a ella en términos sociales, a partir de las experiencias que han tenido los individuos en el proceso de convertirse en sujetos adultos.

Para desarrollar este objetivo, se pretendió emplear los requerimientos recomendados por Jerome Bruner (2006) al momento de investigar un concepto o fenómeno; en su caso, para el estudio de la autobiografía del Yo desde la psicología cultural. Los criterios fundamentales a los que este autor aconseja prestar atención son dos: por una parte, a los “significados” en función de los cuales se define ese fenómeno tanto por parte del individuo como por parte de la cultura en que participa y, por otra parte, a las “prácticas” en que esos significados se alcanzan y ponen en funcionamiento (Bruner, 2006, pág. 116). Las narrativas permiten introducirse en el campo de las interrelaciones entre ambos elementos, y, para el caso de la vida adulta, para develar las tensiones entre las expectativas personales, los imaginarios sociales y la realidad.

El concepto de la transición a la vida adulta es definido como un proceso en el que las personas, progresivamente, se constituyen como sujetos adultos al asumir nuevas obligaciones, afrontar nuevos problemas, adoptar nuevos valores y alcanzar nuevos status. Esta es la forma más básica de definir lo adulto, por lo que resulta insuficiente. Sin embargo, introduce las dimensiones significativas y prácticas de las que se hablaba anteriormente

La primera vía por la que podemos delinear el concepto de lo adulto es a través de la relación entre obligaciones y valores. Este concepto indica que para cumplir las nuevas obligaciones que impone el modo de vida adulto, pero también para construir la propia identidad, es necesario apoyarse en valores como la responsabilidad, la independencia y la autonomía. Las personas adultas “deben”, en consonancia con su nueva posición y estilo de vida, resolver sus problemas de manera autónoma.

Así lo señala Fernanda, por ejemplo, al decir que existe una actitud que define a las personas adultas, y que se manifiesta en que “cuando uno tiene un problema, uno no llama a los papás”. De hecho, en sus palabras esto se señala casi como un hito o marcador del paso a la etapa adulta:

Cuando uno tiene un problema, un problema digamos medio básico, y uno llama a los papás para pedir ayuda, es como que todavía no eres adulto, como que todavía te falta quizás madurez, o independencia económica, o algo, pero algo te falta (Fernanda, 28 años, SM).

Este concepto de adultez se basa en el “hacerse cargo uno mismo” de los nuevos problemas que se enfrentan, en que la responsabilidad individual es aquello en que se basa la construcción de la identidad adulta: “ser adulto es, como decía *50 Cent*, hacerte cargo de tu mierda (se ríe). Ser adulto es hacerte cargo de tus cosas (...) No depender de nadie.” (José). Si bien no está verificado que la frase pertenezca al rapero *50 Cent*, el sentimiento es generalizado.

Las narrativas respecto a lo adulto giran en torno a esos valores: responsabilidad, madurez, independencia y autonomía. No obstante, estos valores no solo se emplean para afrontar problemas, sino que también para tomar decisiones propias o perseguir aspiraciones. La adultez es una situación o posición valorada debido a que “uno se empodera de todo” (Carlos). Un proceso en que las personas, finalmente, pueden tener mayor libertad para recorrer los caminos de la vida, considerando siempre los recursos, capacidades y deseos poseídos.

En uno de los relatos se conjugan las valoraciones que posee la vida adulta, en relación a este camino de obligaciones y elecciones:

Adulto es ya no tener a alguien adelante tuyo que te diga qué hacer (...) la vida adulta se empieza a formar cuando uno ya no depende de nadie, porque ya no va a haber alguien que te tenga un plato de comida, no va a haber alguien que te dé plata para ir a comprarte ropa, o te pongan horarios. Entonces, uno empieza a manejar uno mismo su vida, en horarios, el dinero, la alimentación, la convivencia, salir como a disfrutar (...) yo creo que esa es como la transición a la vida adulta, cuando uno mismo tiene que poner sus propias reglas, poner sus propios límites, saber hasta dónde llegar (Andrea, 25 años, SP).

Una segunda vía de definir el concepto de adultez es en términos del rol social subyacente en la posición y, especialmente, de la comprensión que se tiene sobre asumir ese rol. No es lo mismo que una persona identifique cambios en su estilo de vida que se asocian a ser adulta a que, además, tenga conciencia de la relevancia o impacto que aquello supone para la sociedad. En el primer caso es personal o biográfico. En este segundo caso, que se podría denominar un concepto funcionalista o institucionalizado de adultez, se pone de relieve lo que la sociedad espera de las personas al momento de convertirse en sujetos adultos.

Este concepto institucionalizado de adultez señala cómo las nuevas obligaciones son imposiciones sociales. Los cambios personales son requerimientos que establece el sistema social, el cual invita o exige abandonar aquellos elementos que ya no corresponden con la posición de sujeto adulto: el ocio, la recreación, la inactividad, la imaginación, etc. En cierta manera, se pretende eliminar aquellos elementos o

dimensiones no productivas en el paso a la vida adulta. En palabras de uno de los entrevistados:

Ser adulto es corresponder con las obligaciones que te esperan en un futuro. Todo lo relacionado con el estudio, relacionado con el trabajo, y también con el cambio de ciertas actitudes que, en realidad, en lo sustancial, no te llevan a nada (...) la vida de adultez significa una vida de obligaciones, se quiera o no se quiera (Antonio, 26 años, SP).

Dentro de estas actitudes improductivas o impropias, las cuales “no llevan a nada”, Antonio ejemplifica con la procrastinación. Se enfatiza que la sociedad impone este cambio, esta transición. Según su relato, el paso a la adultez implica el cumplimiento de requisitos y estándares instituciones que establece y sanciona la sociedad para su correcto funcionamiento:

Tienes que meterte en los aspectos burocráticos de la sociedad, para cumplir ciertas cosas que te exigen, que son imposiciones. Hay que hacerlo porque, si no, uno se desintegra, digamos, de los aspectos formales de la sociedad, del aspecto del orden (Antonio, 26 años, SP).

Este concepto define la transición a la vida adulta como un proceso obligatorio, enmarcado institucionalmente y que exige el esfuerzo, compromiso o acatamiento por parte de la persona. Esto puede manifestarse en experiencias que ahora se tienen en calidad de persona adulta, por ejemplo, en el campo laboral. El trabajo es “lo que te tocó nomás” (Andrea, SP), ya que no siempre están las condiciones para elegir libremente el empleo que se prefiere, pero tampoco se puede dar el gusto de no trabajar, debido a que la independencia económico-residencial debe sostenerse autónomamente. Por ello, Andrea señala ciertas frustraciones que conlleva sostener el modo de vida actual:

Sinceramente, no voy contenta a trabajar. Solamente voy porque sé que, si voy a trabajar, voy a tener dinero para pagar mi independencia (Andrea, 26 años, SP).

Otra ilustración de este concepto refiere a una situación o hito muy vinculado a la transición a la vida adulta y que, hasta ahora, no se ha tocado con mayor profundidad: la

paternidad o maternidad. Ser padre o madre es uno de los principales roles asociados al paso a la vida adulta. Constituye una tarea que demanda tiempo, esfuerzo y dedicación, por lo que condiciona gran parte de la vida. Evidentemente, estos aspectos de la vida adulta provienen de quienes tienen hijos/as, como lo son Gabriela y Carlos. Por ejemplo, Carlos indica que parte de su concepto de vida adulta se asocia a “tener familia, hijos, trabajar y ser responsable”, además de enfatizar en el carácter nuclear de la sociedad que tiene la institución familiar. Sin embargo, en los relatos de las otras personas, incluso en los de Gabriela o Carlos, no existe un mayor énfasis en que la paternidad o maternidad es la esencia de la adultez. En todo caso, son aspectos que marcan su biografía y, en virtud de ello, el reconocimiento como sujetos adultos. Por ello, quizás, se asocian a la idea de marcadores subjetivos.

Una tercera vía aparece para definir la adultez, y su relevancia e interés reside en que pone sobre la mesa la tensión entre los significados ideales y las prácticas reales que tiene la transición a la vida adulta. Esta vía es la de los imaginarios de la vida adulta, en el sentido literal del término: en su niñez o adolescencia, cómo se imaginaba que sería la vida adulta. Estos imaginarios no remiten, necesariamente, a la dimensión procesual del paso a la adultez, sino que a sus posibles resultados, efectos o rendimientos. En otras palabras, el campo de las expectativas sobre la posición social del sujeto adulto, junto a la valoración o beneficios que conlleva.

Dentro del repertorio de adjetivos para calificar la vida adulta se advirtió una constante: vida (in)tranquila. Curiosamente, muchas personas creían que la tranquilidad, incluso el relajo y satisfacción, era una característica de la adultez. Por ello, cuando eran más jóvenes, tenían una percepción positiva sobre las posibilidades y oportunidades que abría esta nueva posición social.

Este concepto se basa en los recuerdos sobre cómo se percibía a las personas adultas antes, en particular como personas que no tenían grandes problemas:

Cuando yo era chico miraba a las personas grandes y pensaba que tenían todo resuelto, se ven tan tranquilos. Yo siempre busqué eso (José, 25 años, SP).

Sin embargo, y a pesar de este imaginario que idealiza la vida adulta, lo cierto es que la “vida intranquila” es una de las inconsistencias entre las expectativas y la realidad de las personas. Entre las razones de esa inconsistencia se encuentra, lógicamente, ver solamente los aspectos beneficiosos. Como explica una de las mujeres entrevistada, respecto a la vida adulta

[Imaginaba] que iba a ser fácil. Porque uno cuando chico ve las cosas fáciles. Que uno es independiente, que no le tiene que pedir permiso a nadie, puede hacer uno lo que quiera. Pero, al final, claro, te vuelves independiente, pero adquieres más responsabilidades que no tienes cuando eres más chico (Gabriela, 32 años, SM).

Nuevamente, este imaginario pone de relieve cómo se tensionan los anhelos de libertad y autonomía con las imposiciones de la adultez. Así lo refleja Roberto, quien, cuando era más joven, solamente quería la libertad, pero ignoraba las obligaciones a las cuales debía responder, y que “pensaba que la plata llovía del cielo y la iba a pasar bien, pero no”. Aquello implica, como indica una entrevistada, imponerse reglas y parámetros que “aunque son impuestos por uno, no nos gustan” (Andrea).

Los efectos o particularidades que puede tener este choque de expectativas será tratado con mayor profundidad cuando se hable de los marcadores, precisamente porque uno de los más importantes es la sensación de falta de tiempo para uno mismo. Cuando las obligaciones se suman, por muy autónoma que sea la persona la responsabilidad prevalece y, por tanto, cambian las prioridades en la gestión del tiempo.

Evidentemente, existen vínculos entre el cambio de roles y los imaginarios asociados a la vida adulta, y una manera de describirlos es preguntar por el “cuándo” debieran ocurrir esos cambios, o cuándo se pensaba que llegarían. Dentro de las expectativas, las personas entrevistadas solían creer que había una afinidad entre la adultez y la mayoría de edad, es decir, que aproximadamente a los 18 años las personas ya eran adultas y que, por tanto, respondían al imaginario asociado: tranquilidad, satisfacción, libertad, oportunidades, etc. Al analizar estos relatos es posible abrir, además, ciertas

dudas y/o motivos respecto a la idea de prolongación de la juventud. Así lo relata uno de los entrevistados:

Cuando los más grandes salían de cuarto medio uno los veía ya casi adultos, unos salían a trabajar directamente. Trabajaban a los 18, a los 22 o 23 ya tenían hijos. Como que yo veía eso y yo pensaba que eso igual iba a ser pa mí cuando chico. Pero en la medida en que fui avanzando, estudiando y todo el cuento, esa cuestión se fue aplazando. No tenía el mínimo interés en hacer eso (Carlos, 32 años, SM).

Las palabras de José hacen eco de lo anterior: “adultos para mí eran personas de 18 años, y ahora estoy en 25 y me siento igual que cuando era niño, en ciertas cosas”. Las personas se reconocen como adultas a una edad mayor a la que imaginaban cuando eran más jóvenes. De hecho, siguiendo con el caso de Carlos, hubo una conciencia “tardía” respecto a cumplir ciertas obligaciones y roles tradicionales de la adultez, como, por ejemplo, la experiencia de ser padre. Como detalla en su relato, luego de terminar sus estudios universitarios, además de relajarse y salir a carrear, le empezó a “picar el bichito por tener un hijo”, pues miraba que sus amigos ya eran padres y que él, a sus 27 años, “encontraba que estaba grande ya, como para ser adulto”, por lo que decidió tener un hijo junto a su pareja.

Por otra parte, el imaginario asociado a la adultez puede plantear inconsistencias entre las obligaciones y la personalidad, entre posiciones y carácter de los individuos. Para ilustrar esta situación, uno de los entrevistados recurre a una frase de la serie animada *Rick and Morty*: “los adultos son niños grandes cuidando a niños pequeños” (José). No es únicamente que la idea de tranquilidad no encuentre su efectividad, o que las circunstancias biográficas y sociales puedan generar conflictos. Existe, además, la idea implícita de que las personas adultas deben responder activamente a una imagen de madurez, rigor, sensatez o control de las emociones al momento de actuar, los cuales debieran ser fruto de la experiencia y el rol que tienen. Allí se deposita otra de las inconsistencias del imaginario, y que en algunas reflexiones se ejemplifica de manera singular:

Yo me considero adulto, pero por el tema de las obligaciones (...) me considero adulto, pero solamente en el aspecto funcional que yo cumplo en la sociedad. Pero en la parte emocional, me considero todavía un niño po, que son todo el tema de las emociones, de los deseos, de los caprichos, de los tiempos que uno se destina a jugar, a no tomarle tanta seriedad a los asuntos que se consideran como adultos (Antonio, 26 años, SP).

En este tipo de tensiones se pueden observar, con mayor nitidez y profundidad, algunas de las diferencias intergeneracionales en el proceso de construir una identidad y posición como sujetos adultos. Si bien no existe una gran diferencia etaria entre las personadas entrevistadas, lo cierto es que los contrastes son percibidos por las personas de mayor edad. Por ejemplo, Carlos (32 años) nota esta diferencia con sus colegas profesores más jóvenes en los gustos que tienen:

Algunos profes de 26 o 27 años, que yo veo que todavía ven animé, que están en una parada que quizás es más infantil.

Cabros de 26 o 28 que todavía no están ni ahí con el concepto que tiene uno de adulez, cachai. Como que están ahí, viven con los papás y ven películas de animé, o le gustan los videojuegos y se compran cuestiones pa ellos, cachai. O de repente solo piensan en viajar (Carlos, 32 años, SM).

Otro ejemplo de estas diferencias intergeneracionales refiere al tema de la autoridad, en el respeto a las instituciones o figuras de autoridad. Por ejemplo, uno de los entrevistados señala cómo el tipo de respeto en la familia repercute en la esfera laboral:

En las generaciones actuales se pierde esa visión como autoritaria de la familia (...) en el trabajo al jefe no lo miran como algo autoritario, como que los más jóvenes le contestan mucho al jefe, y eso que son gente muy nueva y que están a plazo nomás” (Roberto, 31 años, SP).

El mismo entrevistado indica diferencias intergeneracionales en los proyectos o aspiraciones, ya que tenía un concepto tradicional de adulez, asociado a tener una casa y formar una familia; en cambio, las nuevas generaciones, “los *millenials* juntan plata para

viajar, no más para otras cosas como independizarse (...) sin grandes proyectos, vivir el día, más que nada eso”.

Para interpretar este tipo de inconsistencias es posible invocar brevemente algunas hipótesis, las cuales son análogas a las discusiones teóricas sobre imaginarios de juventud anteriormente expuestas. Principalmente, es un asunto de disputar cuál es la imagen que se tiene de la adultez en la sociedad, lo que muestra que ser adulto no es solamente un asunto de cumplir una determinada edad, asumir roles y obligaciones o pasar por ritos de transición. La adultez también implica reconocimiento social, es decir, contiene un componente evaluativo que es ejercido por diferentes actores de la sociedad. En consecuencia, esta evaluación puede ser positiva o negativa, puede conllevar valoración o cuestionamiento, lo que abre a perspectivas cualitativas del estudio de la transición a la vida adulta, especialmente de tipo interaccionista (etiquetamiento, desviación, dramaturgia).

Finalmente, existe una cuarta vía para definir el concepto de lo adulto, la cual hace referencia a la vida adulta como desafío. Este desafío implica un esfuerzo y voluntad constante de sostener el estilo de vida y posición social de los sujetos adultos. Una tarea que se enmarca en una cada vez mayor responsabilización individual de los problemas, obligaciones, elecciones o disposiciones. Comprender la vida adulta, y el tránsito a ella, como un desafío invita o requiere, además, realizar un examen de las diferentes tensiones que genera para los individuos: temores, incertidumbres, exigencias, irritaciones, etc.

Una forma de aproximarse a esta concepción es a la inversa que en los imaginarios. Mientras que en los imaginarios se describen las expectativas sobre la adultez desde la niñez, aquí se relatan los recuerdos o nostalgias sobre la niñez/adolescencia/juventud que se tienen desde la adultez, con el objetivo de tomar conciencia de los cambios y conflictos que tiene esta nueva forma de vida. Las reflexiones sobre los contrastes entre periodos biográficos aparecen al intentar definir la vida adulta:

Ser adulta es tener responsabilidades que uno no tiene en la juventud. Visualizar y darse cuenta, en realidad, de que es un trabajo constante día a día de lo que uno

hace (...) uno aprende a valorar la vida y los momentos con las personas que uno quiere. Entonces, eso uno no lo valora cuando es más joven, uno vive nomás (Gabriela, 32 años, SM).

La vida adulta, como expresa la entrevistada, es un trabajo constante, es decir, una obligación que exige esfuerzo, dedicación o sacrificio. A pesar de aquello, su efecto es valorar la familia y los momentos compartidos con quienes se quieren y valoran. Se podría decir que, ante las transformaciones de la vida, en sus contextos u obligaciones, aquellos soportes que tienen un carácter estable y perdurable, pero también afectivo y de protección, son los que más se aprecian por las personas.

Este concepto introduce, progresivamente, la lógica de los marcadores personales de la transición a ella. Las personas se convierten en adultas, o se reconocen como tales, cuando las obligaciones empiezan a ser mayores y exigen mayor compromiso. Como señala Roberto, la adultez es “pura responsabilidad”, por lo que muchas veces hay que “apretarse el cinturón al llegar a fin de mes”, y la vida adulta se convierte en una “rueda de hámster” en que las preocupaciones y agobios empiezan a ser constantes:

Como que todo el día estai trabajando, y sabí que si intentai salir de la rueda, te vai bien lejos po, a la punta del cerro. Aquí es lo mismo. Como estás con un estrés, como que a veces no lo asimilai, o teni depresión y tampoco lo asimilai, porque dices “no puedo tenerlo, porque si paro ahora, las responsabilidades se van a volver mucho más pesadas”, y estarás luchando con las responsabilidades y con tus problemas personales (Roberto, 31 años, SP).

Finalmente, lo interesante del concepto de adultez como desafío, o como “prueba” en términos de Danilo Martuccelli (2007), es que posee un carácter obligatorio, común e histórico, aunque su desarrollo pueda declinarse socialmente u obtener respuestas singularizadas. Nuevamente, la transición a la vida adulta contiene una evaluación social, así como todos los desafíos. En virtud de aquello, el carácter obligatorio y evaluativo de este proceso tiene como efecto que las personas se enfrentan a él sin necesidad de querer hacerlo, o intentando evitarlo, o no haciendo lo que se espera, entre otras posibles respuestas. Aunque parezca contradictorio, análogamente a los exámenes escolares, decidir no tomar una prueba ya es, por sí misma, una decisión frente a ella. Por ello es que

algunas personas describen este proceso como natural, normal, que tarde o temprano llega y que es ineludible:

Es una etapa que uno tiene que pasar en la vida. A algunos les llega después, otros antes, incluso a algunos no les llegan nunca. Pero son caminos que uno tiene que, en algún momento, tomar (Antonio, 26 años, SP).

4.3 Más allá de ritos y eventos: marcadores subjetivos de la transición a la vida adulta

En el capítulo analítico anterior se buscó elaborar los distintos conceptos de vida adulta, es decir, los diferentes modos de definir este fenómeno a través de narrativas, significados y prácticas. Este tercer capítulo posee una lógica similar, pero más que buscar un concepto social de adultez, se pretende explorar nuevas formas de estudiar los eventos, ritos o hitos que marcan la transición a la vida adulta. Para ello se emplea la noción de “marcador subjetivo”, con el objetivo de enfatizar la dimensión cualitativa, personal y cultural de este fenómeno.

Los marcadores subjetivos son la descripción y valoración personal de los acontecimientos biográfico-sociales que definen el paso a la vida adulta. Perfectamente pueden ser las respuestas singularizadas de los eventos de transición tradicionales, pero otras veces se expresan en cambios importantes en los hábitos y estilos de vida, en la toma de conciencia de la ausencia o pérdida de ciertos elementos, entre otros. Lo relevante de esta noción es que no buscan, simplemente, analizar los aspectos cualitativos de los eventos de transición tradicionales, como la entrada al mundo del trabajo o el abandono del hogar familiar. Su objetivo es responder cómo se reconoce o identifica socialmente a una persona adulta, considerando tanto su contexto histórico-cultural, sus condiciones sociales o sus aspectos biográficos, u otros elementos. Para ello se recurre a los eventos y cambios, biográficos o sociales, que “marcan” a la persona en términos de su paso a la adultez.

En consecuencia, los criterios para definir un marcador subjetivo, en el marco de esta investigación, son los siguientes. Primero, son eventos o cambios, biográficos o sociales, que poseen una valoración personal, ya sea en términos de identidad, rol, actitud, etc. Segundo, deben marcar a las personas como adultas, ser expresión o síntoma del cambio de *status*, etc.

El primer conjunto de marcadores subjetivos identificados, cuya evocación es generalizada y heterogénea, refleja la toma de conciencia de la ausencia, abandono o pérdidas de actividades que solían estar presentes en la juventud. Se expresa en las reflexiones sobre “tener que dejar de hacer *ciertas* cosas” (o ir a ciertos lugares, compartir con ciertas personas, etc.). En efecto, el conjunto de obligaciones que las personas perciben al momento de convertirse en adultas hace que ya no se pueda responder a todas las actividades a las que, durante la adolescencia o juventud, se les dedicaba tiempo y dedicación. Pueden ser grandes cambios, como dejar de ver a los viejos amigos o a la familia, hasta cambios de hábitos como el tener menos horas de sueño y descanso.

Un ejemplo de este tipo de marcador es dejar de compartir con los amigos y la familia. Respecto a aquello, Marcelo indica que ya no puede “carretear como antes”, o que incluso ya no le interesa tanto. Mientras que “iba a salir con los amigos, si había alguna movida para ir a algún lado uno siempre decía que sí, era el primero que se aparecía”, en la situación actual ya no siente esa necesidad o motivación. En otros casos, la búsqueda de oportunidades laborales y/o educativas puede obstaculizar el compartir tiempo con sus amigos, como indica uno de los entrevistados, ya que muchas veces los amigos viajan a otras regiones con ese fin y ya no existe ocasión de encontrarse. Incluso, algunos no solo dejan de compartir, sino que empiezan a reflexionar sobre “cuáles son los verdaderos amigos y cuáles no” (Roberto), debido a que en la juventud uno puede compartir con muchas personas, pero los “amigos reales” se cuentan con los dedos de una mano.

Además, esta situación afecta al ámbito familiar:

Uno se desapega de las redes que tenía antiguamente, o tenía más tiempo, que son las personas que te ayudaban a vivir, pero dejan de ser tan relevantes (...) simplemente, pierden peso (Marcelo).

Se deja de compartir con la familia de origen, ya sea por falta de interés o motivación, ya sea por problemas para gestionar el tiempo de los diferentes espacios de la vida. Efectivamente, las nuevas obligaciones, principalmente el trabajo, el hogar y la pareja, restringen el tiempo disponible para uno mismo y para compartir con la familia de origen. Como lo ilustra otro de los entrevistados, esto también se asocia a un cambio de prioridades, responsabilidades y usos del tiempo:

Ya no tengo el tiempo para hacer lo que se me antoje. Tengo que sí o sí lidiar con unas cosas y uno se hace más responsable. Porque no solamente es el tiempo mío para mis cosas, para mi trabajo. También están los niños, que no son independientes (...) el tiempo es lo que uno más cambia, el tiempo propio (Carlos)

Otro ejemplo de este tipo de marcador subjetivo es el abandono de los *hobbies*, espacios de ocio y tiempos de descanso. Uno de los entrevistados entrega una lista de lo que ya no tiene tiempo de hacer, por razones laborales, educativas y de su relación de pareja: “jugar rugby, hacer muralismo, dibujar, jugar a la pelota” (Jose). Además, resulta curioso que uno de los “sueños” de un entrevistado sea volver a “dormir hasta tarde” ya que se tiene un horario laboral exigente que conlleva a ocupar los días libres para realizar otras tareas (trámites, compromisos), por lo que el tiempo para uno es destinado para dormir o ver series (Roberto)

De hecho, el descanso es uno de los grandes cambios que tiene una persona al volverse adulta, en particular por la suma y el carácter de las obligaciones que empieza a desarrollar. En consonancia con las citas anteriores, Carlos también indica que percibió un cambio en su vida cuando nunca más volvió a dormir como antes. Incluso, en su relato describe anécdotas con algunos profesores en sus clases, quienes les decían:

Aprovechen de dormir, porque cuando tengan hijos ya no van a pestañear más. (...) (se ríe) resulta que sí es pa tanto, especialmente cuando son chicos (...) yo de dormir siete horas tranquilamente, ahora duermo cuatro o tres, ando cansado, y después tengo que trabajar igual, cachai, y tengo que rendir igual (Carlos)

En síntesis, se puede argumentar que en el corazón de este marcador se encuentra, como se ha expresado constantemente, las quejas y frustraciones asociadas a la falta de tiempo. Como lo han investigado Araujo y Martuccelli (2012), la gestión del tiempo se ha vuelto un verdadero desafío para las personas en Chile, en el sentido de generar conflictos, obstáculos y condiciones para la “articulación de las diferentes esferas que componen sus vidas” (pág. 161). En sus palabras, porque hay un contexto caracterizado por el déficit crónica de legitimidad para ciertos ámbitos, y lo que ello implica en términos de la escasez de soportes institucionales, y por el conjunto de profundos desequilibrios asociados con la hegemonía absoluta del “trabajo-sin-fín”.

En el marco de esta investigación, mientras que la gestión del tiempo es un desafío general para los individuos en Chile, sus desequilibrios y conflictos constituyen un marcador del paso a la vida adulta. En este sentido, la transición a la vida adulta podría ser vista como un proceso de socialización, es decir, como un aprendizaje del conjunto de normas, valores, condiciones y desafíos socio-estructurales que rigen una sociedad determinada.

El segundo conjunto de marcadores subjetivos refiere a una consecuencia lógica del anterior, por lo que quizás es más evidente. Hace referencia a las transformaciones en el estilo de vida que son percibidas por las personas, especialmente debido a las nuevas responsabilidades, obligaciones, intereses, proyectos o procuraciones.

Tener que proveer y gestionar los ingresos, de manera autónoma, es uno de los principales en este conjunto de marcadores. Por ejemplo, la administración del dinero en relación a las obligaciones económicas y los intereses propios. Algunos entrevistados hacen referencia al hecho de “pagar cuentas” como uno de los principales cambios o eventos que marcaron su paso a la vida adulta. Como dice Fernanda, “antes uno no lo

hace, nadie te lo recuerda, pero debes hacerlo”. Este hecho, aunque parezca menor, da cuenta de una toma de conciencia sobre el dinero, su “verdadero valor” en términos de administración, ahorro y prudencia, como lo señala otro de los entrevistados:

El principal problema de la gente, incluso en gente que ya es muy grande, es administrar el dinero y ahorrar. Lo que pasa es que cuando uno está trabajando, o sea independiente, la gracia es que sepa administrar los dineros, que no los gaste en tonteras. Porque si no es súper difícil llegar a fin de mes. (...) La gracia es que tú te vuelvas independiente y tengas tu casa propia, tu auto y formes una familia, y todo eso lo haces a través del ahorro. Eso es como lo más difícil de lograr. Generalmente uno vive como el presente y no asimila que hay un mañana (Roberto)

Responsabilidad, independencia y autonomía vuelven a entrelazarse, esta vez mediante prácticas concretas, como la propia imposición de límites. Por ello, al principio de la vida independiente, esta imposición de límites requiere distintos esfuerzos por parte de las personas, para sí poder sostener la propia experiencia y modo de vida de la independencia. En todo caso, aquello está más presente en los sectores populares. Por ejemplo, saber que, a pesar de que la independencia abre oportunidades, también implica tener que “ponerse parámetros” (Andrea, SP), o que en algún momento habrá que “apretarse el cinturón” (Roberto, SP). Incluso, en uno de los casos esto afectó a la alimentación de la persona, ya que por motivos económicos y laborales empezó a tener “desórdenes alimenticios” (Antonio, SP) debido a que, a veces, no desayunaba o almorzaba, o que no consumía comida saludable, o que no tenía una dieta equilibrada, etc. La administración del dinero, evidentemente, marca un cambio en la vida de las personas en relación a su antigua situación de dependencia familiar, pues ahora esta responsabilidad recae en ellos y no pueden evitarla.

Otro caso de gestión lo constituye el tiempo, como ya se sugirió anteriormente. Esta situación puede observarse al momento de compatibilizar el trabajo con los estudios, por ejemplo, en el caso de Andrea, quien al enfrentar esta realidad comenzó a reflexionar sobre “lo que cuesta adquirir las cosas que te va imponiendo la sociedad, como lo que es el dinero para adquirir cosas o para poder estudiar”. La gestión del tiempo se convierte en un problema cotidiano para muchas personas, lo cual puede generar frustraciones:

A veces siento que la rutina me consume. (...) A veces hay que bajarse de esa rueda, aunque cuesta caleta. El tiempo es súper acotado, uno trabaja muchas horas, llega a la casa de noche a veces, y no dan ganas de nada. Onda es comer e irse a la cama, y sería (Fernanda).

Debido a la naturaleza similar de estos dos conjuntos de marcadores es que existe un balance, es decir, una evaluación entre lo perdido y lo ganado. Los cambios son analizados en términos de inversión dentro del proyecto de vida, por lo que pueden ser valorados cuando llegan, debido a que se entienden como condición, necesidad o costo de un objetivo mayor. Por ejemplo, tener una rutina, aunque pueda irritar o frustrar, es valorado debido a que implica la posibilidad de desarrollarse en otros campos. Así lo señalan diversos entrevistados. Por ejemplo, Marcelo, para quien la rutina laboral era una “necesidad imperiosa”, para así poder posicionarse y legitimarse en este ámbito. Una idea similar está presente en José, para quien este estilo de vida “cuadrado o funcional” resultó una necesidad personal. En el caso de Antonio, estos cambios son mirados como parte de un “crecimiento personal”, una valoración de los sacrificios debido a que de ellos se obtendrá una recompensa.

Un tercer conjunto de marcadores subjetivos hace referencia a un aspecto más específico: la idea o creencia que ser adulto implica forjar un carácter o una personalidad fuerte. Las narrativas, en este sentido, hablan de tener la fuerza emocional, no achacarse ante los problemas, tener “aguante”, capacidades que serían vistas como condiciones de la vida adulta. Uno de los entrevistados ilustra este tipo de marcadores al recalcar la capacidad de “aguantar” como condición de la vida adulta, especialmente en las obligaciones vinculadas al mundo laboral, y en la cual se perciben las diferencias de edad:

[En la Universidad] Si estabas chato te levantabas de la sala y te ibas, y decías “ya filo, me voy y consigo la materia después”, o algo así. Acá no po. No puedes decir, “sabi que, estoy estresado y no aguanto más, jefe me quiero ir”. No, no puedes hacerlo (Roberto, 31 años)

[Sorprende que] Jóvenes de 20 años que llegan y no aguantan nada (...) no tiene esa capacidad de aguantar y dejan la pega al medio día o no llegan al día siguiente

(...) antes uno era más responsable, uno decía “tengo que trabajar, tengo que demostrar, tengo responsabilidades (Roberto, 31 años)

Antonio, en otro sentido, denomina a esta capacidad una necesidad de “racionalizar los comportamientos”, debido a que existen algunos comportamientos que “funcionalmente no sirven”. Junto a ello explica, con cierto tono de molestia, que al crecer empezó a notar el carácter agresivo de las personas en la vida social cotidiana:

Por ejemplo, uno lo ve cuando uno va a realizar un trámite. Parece que la gente cuando no les funcionan sus cosas tienen conflictos, pero que provienen de la agresividad. También uno lo ve cuando va en el transporte público, hay harta agresividad. (...) Si tú no tienes ese temperamento social, claro, vai a recibir perjuicios de esas relaciones que son agresivas. Entonces, algo como de la adultez es como imponerse en carácter, en personalidad, y si tú no tienes esos elementos vas a tener que aguantar ciertas cosas, minorizar tus logros, no lograr tus objetivos (Antonio)

Este cambio de carácter personal puede provenir del propio carácter de las relaciones sociales en la sociedad chilena contemporánea, descrito como un conjunto de “irritaciones relacionales” (Araujo y Martuccelli, 2012) que están presentes en diversos campos de la vida cotidiana. Estas irritaciones relacionales, a las cuales las personas se enfrentan en su transición a la vida adulta, existen en el mundo del trabajo, principalmente:

Tener que tratar con gente que a uno le parece como gente-cliente, que van y te tratan como si fuerai un sirviente de ellos (...) se ven así como con el poder de pasar sobre ti y, entonces, ahí uno tiene que poner sus límites y ser fuerte (Andrea)

Se genera competitividad, envidia, chaqueteo. Eso yo no sabía que era tan cierto. Y uno tiene que poner a veces cuero de chancho nomás po. Uno no siempre cae bien a todos (Fernanda)

Tení que convivir con gente, ya en el trabajo, que se quiere imponer, que te quiere dar órdenes, y tení que poner tu cuota (Antonio)

Finalmente, existe un cuarto conjunto de marcadores que, aunque están menos presentes, pueden complementarse para dar cuenta de una reflexividad, por parte de los individuos, sobre sus “vínculos con lo social”. En un primer caso, como una cierta pérdida

de actitud crítica frente al mundo y, en un segundo caso, como una toma de conciencia de la posición o reconocimiento social como personas adultas.

En el primer caso, esta pérdida de actitud crítica se percibe como un cambio de actitud respecto a la adolescencia. Se reconoce que, en la actualidad, se suele ser más indiferente con los conflictos sociales de diverso tipo, un menor involucramiento para así sentirse más tranquilo o enfocados en sus propios problemas. Sin embargo, aquello no significa que las personas ignoren su entorno. Por ejemplo, uno de los entrevistados reconoce este cambio al momento de empezar a trabajar y adoptar su nuevo modo de vida:

Me dejé de cuestionar las cosas, en términos de vivir mucho más tranquilo, con cómo están funcionando las cosas a mi alrededor. Y también mucho más indolente, quizás, respecto a lo mismo (Marcelo).

Según Roberto, estas posturas críticas existen más en la adolescencia, porque es una “etapa de la vida donde te vuelves anti-sistema (...) crees que tú eres dueño de la razón”, posturas que, por distintos motivos, cuesta más conservar en la vida adulta.

En el segundo caso, un marcador subjetivo de la adultez es comenzar a obtener reconocimiento social, sentirse recompensado por el esfuerzo y valorado por los logros. Aquello hace que, por ejemplo, “te posiciones respecto al resto, que agarres confianza con eso” (Marcelo). También contribuye a forjar una identidad como persona adulta autónoma, una experiencia de construcción y apropiación de dicha identidad:

[Una] apropiación identitaria respecto a lo que uno hace, del valor que uno está cumpliendo en la sociedad, que no es el mismo valor que cuando uno está en una casa, o estai de dependiente (Antonio).

4.4 Ser sujeto adulto en la sociedad chilena actual: sobre el carácter de las instituciones, las relaciones sociales y la individualidad

El cuarto capítulo de análisis está dedicado a situar el fenómeno de la transición a la vida adulta en una sociedad determinada, considerando sus diferentes condiciones y problemáticas. Concretamente, en el marco de esta investigación, se explora cómo los efectos de la individualización, como mandato de la subjetividad contemporánea, pueden repercutir en el proceso de transición a la vida adulta efectuado por los individuos jóvenes. Con ello se pretende seguir la premisa fundamental de las sociologías del individuo: explorar las interrelaciones entre la historia de una sociedad y la biografía de sus actores (Mills, 1994), entre los factores macro-sociales y la experiencia individual (Martuccelli, 2007)

Resumamos algunos elementos que ya han sido discutidos (y citados) anteriormente. Como se argumentó en la contextualización histórica y en las discusiones teóricas, la sociedad chilena contemporánea se caracteriza por invitar, exigir o imponer a los individuos una toma de elecciones de forma individualizada, es decir, la fabricación de una biografía e identidad sin mayor referencia a los marcos colectivos tradicionales, basándose en la libertad de elección, los principios de autonomía, las prescripciones de autenticidad y la responsabilización individual. Aquello se construye en condiciones de contingencia social, libertad precaria y profunda desigualdad. Por ello, entre sus consecuencias subjetivas se encuentra la dificultad de construcción de relatos comunes o narrativas colectivas; el individualismo y fragmentación social; el malestar social y el riesgo, que interiorizados individualmente pueden afectar en el bienestar psicológico de los individuos; entre otros efectos.

Para desarrollar este objetivo, se moviliza la noción de “soportes sociales”, comprendidos como aquel conjunto heterogéneo de “elementos, reales e imaginarios, que se despliegan a través de un entramado de vínculos, que suponen un diferencial de

implicación según las situaciones y las prácticas, y gracias a los cuales los individuos se sostienen (...) en medio de la vida social” (Martuccelli, 2007, pp. 81-82)

Se exploran dos dimensiones centrales: por una parte, sobre el carácter de las instituciones y las relaciones sociales, y, por otra parte, sobre los retratos y discursos de la individualidad. Estos vínculos entre sociedad e individuo se expresan, fundamentalmente, en los relatos sobre las experiencias de inserción laboral de las personas jóvenes, aunque también en otras circunstancias. Con ello se da cuenta de las reflexiones de los individuos sobre convertirse en adulto en la sociedad chilena, tanto en sus recursos, apoyos y valoraciones como en sus malestares, inseguridades o irritaciones.

El carácter de las instituciones se manifiesta por su ausencia. La falta de protección institucional influye, también, en las percepciones que los individuos tienen de sus condiciones de vida, lo que se expresa en sus temores, sentimientos e irritaciones. Estos elementos dan muestra de los diversos grados de precariedad o fragilidad en los cuales se desarrolla el paso a la vida adulta en diversos ámbitos de la vida.

En el ámbito del trabajo, por ejemplo, se refleja en el miedo al despido que tienen las personas jóvenes, debido a que afecta sus oportunidades de estabilidad laboral y, como efecto, en sus oportunidades de asegurar su independencia económico-residencial y estabilizar su modo de vida adulto.

El caso de Marcelo es ilustrativo. Él es funcionario público, tiene buenos ingresos y se siente valorado en el trabajo. Sin embargo, el temor laboral aparece constantemente en su relato:

Mi calidad jurídica sigue siendo a honorarios, por tanto, todos los años peligro, o en cada momento peligro (Marcelo)

Marcelo indica que uno de los motivos es que trabajar en instituciones públicas implica que haya “mucha política detrás” y que, más allá de la evaluación o valoración laboral, siempre existirán aquellas personas que están “de relleno”, personas que “te dan lata porque cachai que trabajan la mitad que tú y reciben el sueldo igual, porque están por

otras razones”. Precisamente, los “pitutos” (Barozet, 2006) pueden producir irritaciones ya que expresan que el trabajo no es un espacio de materialización de ideales meritocráticos, a la vez que genera inseguridades respecto a la protección laboral ante las eventualidades:

Mientras mejor sea, bacán. Pero así, como aspirar a mejores cosas, difícil. Y si llega una decisión de echarte, no creo que haya mucha defensa de por medio. Pero ahí uno entiende todas esas palabras de, esto puede sonar como puras tonteras, de cuando hablaban de modernización del Estado, de todas esas cosas. Tú cachai que sí po, que en el fondo en la pega no siempre se hace lo mejor, sino que se hace lo que tení que hacer, y tení que tratar de sobrevivir, de aparentar que erí bueno, y tener buenas relaciones con las personas, pero no tanto tu trabajo en sí (Marcelo, SM, 32 años).

La ausencia de soportes institucionales en el trabajo está presente en varios relatos, y causan sentimientos similares. José (SP, 25 años), por ejemplo, quien trabaja sin contrato laboral, sino que solamente con “tratos de palabras, no tengo AFP, no tengo seguros, nada”, lo que es percibido tanto como un “riesgo” así como un vivir “constantemente pensando en que me puedan echar, o no me va a empezar a dar las lucas”. Ese sentimiento de desprotección, riesgo e inestabilidad es lo que, para el caso de la sociedad chilena, se ha denominado como “inconsistencia posicional”, un desafío estructural asociado a la experiencia de la estratificación social:

La mayor parte de los individuos siente que su posición es extremadamente permeable al cambio y sujeta al deterioro social. Es la conciencia generalizada de esta situación lo que define una de las grandes características posicionales de los chilenos hoy en día: el sentimiento de que todas las posiciones pueden sufrir procesos activos de desestabilización (Araujo y Martuccelli, 2012, pág. 127)

El carácter de las relaciones sociales cotidianas se expresa, también, en términos de irritaciones o roces que sienten las personas en su vida cotidiana, especialmente en el campo laboral. Antonio, por ejemplo, hace hincapié en su molestia con los “sapos” en el trabajo:

Me choca la gente desleal con la situación del trabajo (...) siempre hay personas que, pese a que están en la misma condición, la misma exigencia de trabajo, hay personas que se dedican a minorizarte, pensando que ellos van a tener un cargo mayor cumpliendo una función como denunciar tus fallas (Antonio)

Otro ejemplo lo aporta Marcelo (SM), a quien le molesta el cinismo, la deslealtad y las críticas que tienen algunos colegas, en las que siempre ven “la paja en el ojo ajeno”, “siempre salvándose ellos (...) me carga cuando la gente trata de salvarse sola”. Curiosamente, que este tema cause molestias también se debe a que se vuelve casi una condición de la vida laboral, es decir, no solo un señalamiento de casos particulares, sino una conciencia generalizada de cómo se desarrollan las relaciones laborales:

Al final uno también aprenda eso, que tení que empezar a salvarte solo porque el otro no te va a reconocer tu trabajo si es que depende de él (Marcelo).

Así lo vivió otra entrevistada en sus primeros trabajos, debido a situaciones de “bullying laboral” en los que sentía personalmente los efectos que tiene las condiciones y formas de las relaciones laborales:

La competitividad, la envidia, el chaqueteo. Eso yo no sabía que era tan cierto, y uno tiene que poner a veces cuero de chanco nomás po. Uno no siempre cae bien a todos (Fernanda)

Precisamente, el “chaqueteo” es una de las dimensiones relevantes al momento de estudiar las relaciones laborales en Chile. El chaqueteo, según Araujo y Martuccelli (2012), tiene sus raíces en la “generalización de la filosofía de la competencia económica y sus efectos” (pág. 32), se basa en el “sentimiento de lucha de todos contra todos” (pág. 35) y se “materializa en un clima de desconfianza generalizada” (pág. 39). Estas descripciones son las que aparecen constantemente en los relatos de las personas respecto a su inserción laboral, y en su experiencia laboral en general.

Por lo tanto, como dice Marcelo (SM), al comenzar a trabajar es necesario comprender un conjunto de normas sociales, como lo son las buenas relaciones

interpersonales, la capacidad de adaptación, la paciencia y la templanza. Saber cómo tratar en situaciones conflictivas: lidiar con la “agresividad de la gente” (Antonio, SP, conserje); con las “faltas de respeto de pacientes que se creen clientes” (Gabriela, SM, enfermera); la “falta de compañerismo, que te apuñalen por la espalda” (Roberto, SP, vendedor); etc. Los elementos se repiten y, en este punto, hacen referencia al marcador relacionado con forjar determinado carácter y personalidad, descrito en el capítulo anterior.

Recapitulemos: ausencia de soportes institucionales, sentimientos de desprotección, clima de desconfianza social, irritaciones relacionales. Este conjunto de elementos vinculados, fundamentalmente, al mundo del trabajo permite configurar un imaginario del individuo constantemente empujado a hacerse cargo por sí mismo de los problemas, a buscar auto-gestionadamente los espacios de confianza y seguridad personal. Aquello puede observarse con mayor precisión al analizar los soportes que movilizan las personas jóvenes en su transición a la vida adulta, los cuales no suelen hacer referencia a marcos sociales colectivos o institucionales.

El principal de los soportes lo constituye la pareja. La pareja es un soporte activo, mueve el mundo de la persona, sus decisiones y proyectos, a la vez que es un espacio de protección y satisfacción personal, afectiva, económico y social. Es una de las bases para sostener la independencia económico-residencial. Como indica una de las entrevistadas:

Mi pareja me apoya en todo. Si quiero tomar clases de algo, si quiero hace algo nuevo, si quiero ir al gimnasio, es un apoyo muy importante para mí que me incite a hacer nuevas cosas (Fernanda)

El apoyo mutuo que promueve la pareja es fundamental, en tanto seguridad para los individuos. Cuando los soportes son trastocados, esto también influye, desestabiliza o altera el modo de vivir de las personas. José (SP) lo evidencia en la necesidad mutua para construir sus proyectos, ya sean comunes o propios, y que si llegara a haber una ruptura en la relación esto conllevaría el problema de “enfrentar la incertidumbre”. Así también lo señala Andrea, para quien lo más importante en su vida actual es su pareja:

Lo que estoy viviendo con mi pareja, también proyectarme con lo que tenemos juntos, proyectarme en lo que queremos hacer juntos (...) [y, al mismo tiempo] ayudarnos a la otra persona a que cumpla sus propias metas (Andrea)

No es que exista una total dependencia, pero sí es posible afirmar que el apoyo de la pareja es una de las bases en la construcción del estilo de vida de las personas. La ayuda mutua en la pareja implica lo común y lo personal, implica, como señala Antonio (SP), que los “riesgos son compartidos”, que haya que preocuparse por “mantener el trabajo” y de “saber llevar la relación amorosa”, entre otros factores importantes.

En segundo lugar, la familia es uno de los soportes principales, ya sea la de origen o la formada por la persona, debido a que contribuye a afrontar los desafíos con mayor seguridad. Como se describió anteriormente, en un contexto de ausencia de soportes institucionales, de individualización y de desconfianza social, la familia tiene valoración y legitimidad, como un soporte o refugio con que cuentan las personas. De aquí que la familia sea una prioridad normativa en la sociedad chilena, como han constatado diversas investigaciones (Araujo & Martuccelli, 2012; INJUV, 2017; PNUD/INJUV, 2003; Silva Palacios, 2015)

Para Carlos (SM, 32 años, profesor), por ejemplo, “la familia es fundamental para que funcione la sociedad” y que, en su caso, el apoyo de su familia es uno de los principales factores al momento de evaluar su vida. En otros casos, como el de Antonio (SP, 25 años), la familia de origen es como un “fantasma”, en el sentido que nunca desaparece completamente, sino que sus problemas siempre llegan, lo cual implica trabajar en cómo gestionar el tiempo, tomar decisiones o tener seguridades. A pesar de la ambivalencia que pueda tener la familia, constituye uno de los principales soportes con que las personas construyen su vida y afrontan los desafíos de la transición a la vida adulta.

Un factor importante para describir los soportes es la conciencia que se tiene de su relevancia, dependencia, seguridad o legitimidad. En algunos casos, existe esta conciencia al señalar la necesidad de “tener el apoyo de alguien” (Andrea, SP), ya que otras personas

pueden tener mayores facilidades para afrontar los problemas al tener el apoyo económico-social de sus familias. Además, en el caso de la familia, esto implica que:

Uno no se independiza completamente en la autonomía individual, sino que depende de una pequeña red de personas que están ahí trabajando contigo para lograr eso fin (Antonio)

Sin embargo, en otros casos, la seguridad o el éxito puede ser identificada en los propios individuos, restando importancia a los elementos externos (familiares, colectivos, institucionales). Esto es lo que enfatiza el tercer soporte principal para afrontar la vida adulta: apoyarse en “uno mismo”. Fernanda, por ejemplo, considera que lo más importante para sustentar su independencia fue el “esfuerzo personal”, lo que incluye:

Planificar bien las cosas, ver dónde quieres vivir, ver si te alcanza el dinero, ver con quién, en el fondo, ver si estás preparado en verdad (Fernanda, ingeniera, 28 años)

Por otra parte, también se enfatizan las capacidades individuales, como lo es el “aguante”, descrito y resumido por Roberto en un capítulo anterior:

No me apoyo en nadie. La gracia de la vida adulta es que sepas llevarla solo (...) la gracia es no generarles conflictos a otros. Ahora estoy harto grande para andar pidiéndoles ayuda, así que trato de arreglármelas solo (Roberto, vendedor en retail, 31 años).

Este soporte, expresado en el esfuerzo personal, no significa simplemente que la persona se sienta capaz de afrontar todo individualmente, sino que toma una conciencia creciente respecto a la necesidad de la autonomía. Tener que “arreglárselas por uno mismo”, como principio de autonomía, no expresa una condición personal natural, sino un aprendizaje o adaptación hacia las nuevas condiciones de vida. Esta autonomía puede ejercerse privadamente, es decir, además de afrontar individualmente los problemas, hacerlo sin tener que revelarlos. Gabriela, por ejemplo, señala al respecto sentirse un poco “egoísta”:

No tengo como una red de apoyo que me ayude a solucionar las cosas. Yo trato de dar, o siempre lo hice, los menores problemas posibles, porque, a pesar de que mis papás siempre han sido un apoyo primordial, igual que la familia, no podían hacer nada po (Gabriela, enfermera, 32 años)

Finalmente, esta capacidad de aguante y afrontar los problemas uno mismo es una forma ilustrativa de manifestar fenómenos como la individualización del malestar o la responsabilización individual. La ausencia de soportes sociales institucionales tiene como efecto buscar soportes en uno mismo o en su círculo más cercano: la familia y/o la pareja. En consecuencia, las personas jóvenes en su transición a la vida adulta son individuos que deben, continuamente, buscar respuestas individualizadas a los nuevos problemas que experimentan, lo que genera fragilidad en las relaciones sociales (clima social de desconfianza, competencia, irritaciones) y fragilidad en la subjetividad (sentimientos de inseguridad, ansiedad o incertidumbre). Ese conjunto de elementos son los que caracterizan a la sociedad chilena contemporánea, y lo que se buscó mostrar en este capítulo no es solamente que los individuos conviven en estas condiciones estructurales, institucionales o “ambientales”, sino que el proceso de transición a la vida adulta implica el aprendizaje de esas normas socioculturales que definen el “saber-hacer” de lo social en una sociedad concreta, con sus características, condiciones y particularidades. Con ello, no se define de antemano una visión general de la transición a la vida adulta, sino que se contextualiza y enmarca en una realidad determinada.

Conclusiones

Presentados los principales hallazgos de la investigación empírica, siguiendo la propuesta epistemológica, teórica y metodológica que orientó la aproximación al fenómeno estudiado, es posible señalar algunas "conclusiones". Sin embargo, sería mejor denominar a esta sección como aperturas, en el sentido de cómo las reflexiones, observaciones y evaluaciones críticas posibilitan un mayor conocimiento sobre el tema, en vez de "clausurarlo", además de considerar la cierta falta de estructura para guiarlas. Una de las dificultades de escribir conclusiones, más allá de su carácter formal, es que su mismo ejercicio de recapitulación reflexiva constituya, inevitablemente, un ejercicio de aumentar novedosamente lo ya dicho con anterioridad, ya sea para criticarlo, corregirlo o repetirlo. Por ello es que se evita una estructura determinada y una repetición del análisis acompañada de citas elegantes y datos conocidos.

Una de las premisas de la investigación, y que de forma ineludible configura el tipo de aproximación, análisis y reflexión sobre el tema, fue que la individualización constituye un mandato de la subjetividad en la sociedad chilena contemporánea y que, por tanto, también debiera influir en el proceso de transición a la vida adulta. Sin embargo, por fortuna, los procesos de investigaciones siempre tienen aperturas en sus diferentes fases de desarrollo: generan inquietudes, construyen, revelan o denuncian problemáticas, invitan u obligan al diálogo interdisciplinar, conectan con áreas de la vida ignoradas, etc. Los condicionamientos de la premisa, incluyendo las creencias y valores de quien investiga, no necesariamente hacen que el proceso general sea un ejercicio redundante de su corroboración. Incluso, pueden ser un choque con la realidad. Considerando esto, desarrollo aquí algunas reflexiones que servirán de corolario para este "documento": en verdad, para una experiencia investigativa, una etapa biográfica y un objeto de evaluación rigurosa.

Una de las pretensiones de la investigación fue explorar perspectivas que permitieran singularizar los análisis de la transición a la vida adulta, en los cuales no predomine un enfoque basado en la expresión individual concreta de un conjunto de

marcadores de transición definidos de antemano por un modelo normativo, tradicional e institucionalizado (escuela, familia, trabajo). De forma complementaria a esta visión, muy propia de la socio-demografía y la estadística, se buscó analizar cómo las mismas personas, a partir de sus conocimientos, reflexiones y experiencias, comprendían los significados la adultez y el camino hacia ella, ya sea en términos de etapa biográfica, concreción personal, asunción de roles y obligaciones, prácticas y comportamientos característicos, valoración de la independencia, etc. De esa manera, fue posible aproximarse al fenómeno a través de una contextualización sociocultural y biográfica, especialmente mediante la noción de “marcadores subjetivos” (cuya denominación y elaboración teórica requieren, manifiestamente, una mayor destreza y rigor analítico, respectivamente).

Los marcadores subjetivos de la transición a la vida adulta hacen referencia a aquellos hechos o situaciones, prácticas o experiencias, que, mediante la reflexividad de las personas, marcan acontecimientos y etapas biográficas que les permiten identificarse como sujetos adultos. Los “eventos-transición” tienen algunas limitaciones para abordar este fenómeno cualitativamente (en todo caso, porque no están diseñados teóricamente para aquello). Por una parte, se concentran en el carácter objetivo, medible y generalizado de su ocurrencia. Por otra parte, son un conjunto de eventos pre-establecidos, acordes a un modelo normativo, tradicional e institucionalizado que define la transición a la vida adulta. Por eso, obstaculizan la aprehensión, reflexión y apreciación particular de las personas, a la vez que limitan los modos de definir el proceso de devenir adulto: ser adulto implicaría cumplir determinados ritos de paso. Los marcadores subjetivos no pretenden aminorar la relevancia de esta perspectiva, ni mucho menos ignorar su necesidad, sino que buscan ser un complemento al contribuir a comprender cómo las transformaciones histórico permiten, por así decirlo, actualizar estos eventos a partir de las experiencias individuales, sus condiciones de vida y contexto sociocultural. De esa forma, se ahonda en el carácter histórico-cultural que tiene la adultez en una sociedad determinada. Por ejemplo, tomando un caso analizado en la investigación, podríamos afirmar que la gestión del tiempo es un desafío generalizado para los individuos en Chile, pero que, además, los

orígenes de sus desequilibrios y conflictos constituyen marcadores del paso a la vida adulta. Mediante los marcadores subjetivos, y otras herramientas teóricas, la transición a la vida adulta podría ser vista como un proceso general de socialización, es decir, un proceso de aprendizaje e incorporación de las normas y reglas sociales, de las condiciones y problemas, de los conflictos y temores, con los que viven los individuos de una sociedad determinada. Esta es una de las tareas pendientes, ya que, al no ser uno de los objetivos de la investigación sino uno de sus descubrimientos en el proceso, no se logró profundizar en esta dimensión de la transición a la vida adulta, sino que se apoyó en otras investigaciones para apoyarse.

La investigación buscó ser un aporte para ampliar los enfoques cualitativos de este fenómeno, en este caso mediante el análisis narrativo. No obstante, también posibilita su acceso desde enfoques micro-sociológicas, por ejemplo, en términos de las inconsistencias entre los discursos o ideales de la adultez y su expresión real en la vida social cotidiana. Podría decirse, humilde y exploratoriamente, que esta forma de aproximación ayudaría a comprender los campos de disputa respecto a los imaginarios culturales de la adultez. Ser adulto no es un asunto de cumplir una determinada edad, asumir obligaciones o realizar ritos de transición. Ser adulto también posee, para bien o para mal, un reconocimiento como sujeto social, es decir, un componente evaluativo que ejercen los diferentes actores e instituciones de la sociedad respecto a las capacidades, cualidades y oportunidades de las personas. La duda es: ¿qué ocurre con quienes no cumplen con el ideal, que no realizan esos ritos, o que están condicionados para realizados de forma eficiente?

Muchas veces es motivo de cuestionamiento social la imagen de la persona adulta, pero inmadura, irresponsable o, incluso, fracasada. Por falta de material empírico robusto en esta investigación, debido a que no era uno de sus propósitos, solo es posible mencionar hipótesis al respecto. La retórica psicológica impregna estos juicios: miedo a crecer o envejecer, idealización de la juventud, inestabilidad emocional, incapacidad de adaptación al cambio, ausencia de proyectos, falta de determinación, etc. Nuevamente, son formas de evaluación social que abren a una especie de "sociología micro-política de la juventud", y de otros periodos de la vida, en los cuales existe una disputa de poder simbólico-material que se expresa a nivel de los comportamientos, modos de ser o expectativas. Aquello

podría ahondarse teniendo como marco de referencia los aportes de las corrientes interaccionistas (etiquetamiento, desviación, dramaturgia social). De nuevo, son reflexiones que nacen a partir de las inconsistencias entre los ideales y realidades sobre la adultez expresadas a nivel del comportamiento: ¿cómo se comporta un adulto? Por ejemplo, en relación a los significados y marcadores de la adultez, cabe la duda de si sería necesario que una persona adulta requiera de cierta "agresividad" (no solo fortaleza emocional), o que cumplir "obligaciones" constituya un criterio de éxito para el juicio general, o que "aguantar" sea una condición de la persona adulta.

Otra de las tareas pendientes es profundizar en cómo el género incide en la configuración de las transiciones a la vida adulta. En ese sentido, esta investigación no encontró mayores diferencias de género, pero aquello pueda deberse a los objetivos planteados y a la composición de la muestra de estudio. Un análisis más minucioso, con mayor cantidad de casos, podría detenerse en determinadas claves o variables de este proceso. Por ejemplo, estudiar cómo influye las experiencias de maternidad y paternidad en las trayectorias biográfico-sociales y, por ende, en los significados o discursos sobre la adultez. O, en otros casos, explorar o profundizar estas inquietudes respecto a la Juventud "NiNi", considerando que los orígenes de este encasillamiento poseen considerables diferencias de género que responden a las profundas desigualdades sociales, culturales, económicas y políticas entre hombres y mujeres.

Por otra parte, también sería provechoso incluir la variable generacional, con el objetivo de analizar las transformaciones históricas, socioculturales, económicas y políticas que ha tenido el concepto de adultez ("lo adulto"). Por ejemplo, en términos de prácticas y gustos culturales; roles y obligaciones sociales; comportamientos individuales; soportes existenciales; el carácter de las expectativas personales; el reconocimiento, respeto o posición social; etc. Además, permitiría ahondar en los debates sobre la prolongación de la juventud, y la precarización de la vida adulta, a partir de las relaciones intergeneracionales entre los individuos.

También resulta necesario aproximarse a este fenómeno de forma interdisciplinaria. Lamentablemente, y por razones lógicas, al principio era imposible imaginar el tipo de hallazgos que tendría la investigación, junto a las dudas y reflexiones que surgirían

posterior al análisis. Por ello, nunca es posible llegar con las mejores o herramientas teóricas para esta fase. Una aproximación antropológica, psicológica, histórica y política ayudarían a comprender de mejor forma este proceso. Finalmente, utilizar técnicas de análisis de trayectorias biográfico-sociales, o enfoques narrativo-estructurales, que no se dediquen a explorar solamente el contenido de la vida adulta (significados, discursos, prácticas), sino que conceptualicen la transición a la vida adulta como relato narrativo general, utilizando herramientas teórico-metodológicas de la teoría narrativa: etapas o partes, escenarios o contextos, sujetos u objetos involucrados, tramas y giros, etc.

Por último, al finalizar este proceso de investigación es complicado lograr una convergencia entre ideas que conciernen tanto a la transición a la vida adulta como al carácter propio de la sociedad y las ciencias sociales. Por una parte, el carácter adulto-céntrico de la sociedad, ineludiblemente, afecta los análisis que realizamos. Cuando hablamos de la "sociedad" y sus "individuos", de sus condiciones de vida, historia y cultura, comúnmente aceptamos que se trata de la realidad de los sujetos adultos. No pensamos que se habla de los niños, adolescentes, adultos mayores, etc., salvo que estas sean los sujetos/objetos de estudio. De hecho, algunas frases ilustran esto: "los niños son el futuro". Si es así, ¿cuál futuro como sociedad?, ¿por qué no el presente?, etc. Otro ejemplo proviene de Homero (Simpson):

Lisa: Qué duro es ser niña, nadie te hace caso.

Abraham (abuelo): Qué duro es ser viejo, nadie te hace caso.

Homero: Soy hombre, blanco, edad 18 a 49. Todo el mundo me hace caso sin importar lo tontas que sean mis propuestas

Sin embargo, esto no significa un reclamo a estas posturas, sino una reflexión sobre cómo incide esto al análisis sociológico. En estricto rigor, no analizo simplemente cómo se desarrolla la transición a la vida adulta, sino sobre cómo ese proceso ayuda a obtener una representación, más o menos fidedigna, de la adultez y sus condiciones. De forma análoga a la individualización como mandato, la adultez también tiene dos interpretaciones en virtud del contexto social de los individuos, sus trayectorias, posiciones y recursos. En el caso de la individualización, esta puede comprenderse como mandato de responsabilización individual del bienestar y gestión individual del malestar

("rascarse con las propias uñas", "interiorizar psicológicamente los conflictos"), pero también como mandato de autenticidad y autonomía ("sé libre y haz lo que quieras"); en otras palabras, ambas convergen en un mandato que evita hacer alusión a los marcos sociales colectivos de la persona, sino que sitúan en el individuo los orígenes y motivos del destino. En el caso de la adultez, por una parte, existe la posibilidad de reconocimiento, el poder, la legitimidad o el respeto para acceder a determinadas acciones, intereses o derechos (por ejemplo, la ciudadanía); pero, por otra parte, existe la posible precariedad, inestabilidad, riesgo e incertidumbre que implica asumir la posición social del sujeto adulto. Ambos, en virtud de la edad que se tenga y más allá de las condiciones sociales: la responsabilización individual. Aquí residen algunas causas en la diversificación de las trayectorias biográfico-sociales, y en el éxito o fracaso con el que enjuicamos a los individuos al cumplir sus obligaciones.

Bibliografía

- Aceituno, R., Miranda, G., & Jiménez, Á. (2012). Experiencias del desasosiego: Salud mental y malestar en Chile. *Revista Anales*, 7(3), 87-102.
- Alves, R. (2014). La importancia del trabajo en la transición hacia la vida adulta. *Densidades*, 2(4), 20-29.
- Araujo, K. (2009). El derecho, los sujetos encarnados y la experiencia social. *Civitas, Revista de Ciências Sociais*, 9(3), 418-439. <https://doi.org/10.15448/1984-7289.2009.3.6900>
- Araujo, K. (2012). La tesis de la individualización en las sociologías alemana y chilena: Una lectura crítica. En K. Bodemer (Ed.), *Cultura, sociedad y democracia en América Latina. Aportes para un debate interdisciplinario* (pp. 229-250). Iberoamericana/Vervuert Verlag. <https://doi.org/10.31819/9783954870073-010>
- Araujo, K., & Martuccelli, D. (2010). La individuación y el trabajo de los individuos. *Educação e Pesquisa (São Paulo)*, 36, 77-91.
- Araujo, K., & Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Tomo I y II*. LOM.
- Arteaga, C. (2017). Diversidad de experiencias posicionales en el contexto de las transformaciones en la estructura social chilena. *Sociológica*, 32(91), 45-75.
- Arteaga, C., & Pérez, S. (2011). Experiencias de vulnerabilidad: De las estrategias a las tácticas subjetivas. *Universum*, 26(2), 67-81.
- Barozet, E. (2006). El valor histórico del pituto: Clase media, integración y diferenciación social en Chile. *Revista de Sociología*, 20, 69-96.
- Bauman, Z. (2001). *La sociedad individualizada*. Cátedra.
- Beck, U., & Beck-Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor: Las nuevas formas de la relación amorosa*. Paidós.
- Beck, U., & Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Paidós.
- Bendit, R., & Miranda, A. (2017). La gramática de la juventud: Un nuevo concepto en construcción. *Última Década*, 25(46), 4-43. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362017000100004>
- Bernasconi Ramírez, O. (2011). Aproximación al estudio de fenómenos sociales: Principales líneas de desarrollo. *Acta Sociológica*, 56, 9-36.
- Bolívar, A., & Domingo, J. (2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 7(4).
- Bourdieu, P. (1990). La juventud no es más que una palabra. En *Sociología y cultura* (pp. 163-173). Grijalbo.
- Bruner, J. (1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Alianza.
- Bruner, J. (2004). Life as narrative. *Social Research*, 71(3), 691-710.
- Bruner, J. (2013). *La fábrica de historias: Derecho, literatura, vida*. Fondo de Cultura Económica.

- Brunet, I., & Pizzi, A. (2013). La delimitación sociológica de la juventud. *Última Década*, 21(38), 11-36. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362013000100002>
- Carbajo, D. (2014). *Vivir en la precariedad. Trayectorias y estrategias residenciales de la juventud en la Comunidad Autónoma del País Vasco* [Tesis Doctoral]. Universidad del País Vasco.
- Casal, J., García, M., Merino, R., & Quesada, M. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers. Revista de Sociología*, 79, 21-48. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v79n0.798>
- Casal, J., Merino, R., & García, M. (2011). Pasado y futuro del estudio sobre la transición de los jóvenes. *Papers. Revista de Sociología*, 96(4), 1139-1162. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v96n4.167>
- Clandinin, J. (2006). Narrative inquiry: A methodology for studying lived experience. *Research Studies in Music Education*, 27, 44-54. <https://doi.org/10.1177/1321103X060270010301>
- Comunidad Mujer. (2017). *Mujer y trabajo: NINI, la antesala de la "inactividad."* (Serie Comunidad Mujer N.º 41; pp. 1-12).
- Cornejo, M., & Salas, N. (2011). Rigor y calidad metodológicos: Un reto a la investigación social cualitativa. *Psicoperspectivas*, 10(2), 12-34.
- Dávila, O., & Ghiardo, F. (2012). Transiciones a la vida adulta: Generaciones y cambio social en Chile. *Última Década*, 20(37), 69-83. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362012000200004>
- Dávila, O., & Ghiardo, F. (2018). Trayectorias sociales como enfoque para analizar juventudes. *Última Década*, 26(50), 23-39. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362018000300023>
- Di Leo, P., & Camarotti, A. C. (2017). Relatos biográficos y procesos de individuación juveniles en barrios marginalizados de Argentina. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 15(2), 1021-1034.
- Di Leo, P., Camarotti, A. C., Güelman, M., & Touris, M. C. (2013). Mirando la sociedad a escala del individuo: El análisis de procesos de individuación en jóvenes utilizando relatos biográficos. *Athenea Digital*, 13(2), 131-145.
- Du Bois-Reymond, M., & López Blasco, A. (2004). Transiciones tipo yo-yo y trayectorias fallidas: Hacia las políticas integradas de transición para los jóvenes europeo. *Revista de Estudios de Juventud*, 65(4), 11-29.
- Duarte Quapper, C. (2012). Sociedades adultocéntricas: Sobre sus orígenes y reproducción. *Última Década*, 20(36), 99-125. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362012000100005>
- Dubet, F. (1996). ¿Ocaso de la idea de sociedad? *Revista de Sociología*, 10, 7-23.
- Echarri, C., & Pérez, J. (2007). En tránsito hacia la adultez: Eventos en el curso de vida de los jóvenes en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 22(1), 43-77.
- Evans, K. (2007). Concepts of bounded agency in education, work, and the personal lives of young adults. *International Journal of Psychology*, 42(2), 85-93. <https://doi.org/10.1080/00207590600991237>

- Felice, M. (2017). La “casa de la amistad”: Modos de construir y significar el hogar propio en jóvenes de la Ciudad de Buenos Aires. *Última Década*, 25(46), 117-146. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362017000100117>
- Fernández-Núñez, L. (2015). Cómo aplicar el análisis narrativo temático a narrativas escritas en entornos online. *REIRE, Revista d’Innovació i Recerca en Educació*, 8(1), 92-106.
- Flick, U. (2007). *Introducción a la investigación cualitativa*. Morata.
- Flick, U. (2015). *El diseño de investigación cualitativa*. Morata.
- Furlong, A., Cartmel, F., & Biggart, A. (2006). Choice biographies and transitional linearity: Re-conceptualising modern youth transitions. *Papers. Revista de Sociologia*, 79, 225-239. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v79n0.834>
- Gibbs, G. (2012). *El análisis de datos cualitativos en investigación cualitativa*. Morata.
- Gil Calvo, E. (2005). El envejecimiento de la juventud. *Revista de Estudios de Juventud*, 71, 11-20.
- Gil Calvo, E. (2009). Trayectorias y transiciones: ¿Qué rumbos? *Revista de Estudios de Juventud*, 87, 15-30.
- Gontero, S., & Weller, J. (2015). *¿Estudias o trabajas? El largo camino hacia la independencia económica de los jóvenes de América Latina* (Serie Macroeconomía del Desarrollo N.º 169). CEPAL.
- Guzmán, V., Barozet, E., & Méndez, M. L. (2017). Legitimación y crítica a la desigualdad: Una aproximación pragmática. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 73, 87-112. <https://doi.org/10.29101/crcs.v0i73.4239>
- INJUV. (2017). *Octava Encuesta Nacional de Juventud 2015*. INJUV.
- Krauskopf, D. (2010). La condición juvenil contemporánea en la constitución identitaria. *Última Década*, 18(33), 27-42. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362010000200003>
- Lechner, N. (2000). Desafíos de un desarrollo humano: Individualización y capital social. En B. Kliksberg & L. Tomassini (Eds.), *Capital social y cultura: Claves estratégicas para el desarrollo* (pp. 101–127). Fondo de Cultura Económica.
- Lechner, N. (2003). Los desafíos políticos del cambio cultural. *Nueva Sociedad*, 184, 46-65.
- Lemus, M. (2017). Jóvenes frente al mundo: Las tecnologías digitales como soporte de la vida cotidiana. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 15(1), 161-172.
- León, A., & Martínez, J. (2001). *La estratificación social chilena hacia fines del siglo XX* (Serie Políticas Sociales N.º 52). CEPAL.
- López Blasco, A. (2006). La familia como respuesta a las demandas de individualización: Ambivalencias y contradicciones. *Papers. Revista de Sociologia*, 79, 263-284. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v79n0.836>
- Mannheim, K. (1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, 193-242.
- Martuccelli, D. (2007). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. LOM.
- Martuccelli, D. (2010). La individuación como macrosociología de la sociedad singularista. *Persona y Sociedad*, XXIV(3), 9-29.

- Martuccelli, D. (2017). La nueva dinámica de la condición social moderna. *Revista de Sociología*, 32(1), 89-105. <https://doi.org/10.5354/0719-529x.2017.47887>
- Martuccelli, D. (2019). Variantes del individualismo. *Estudios Sociológicos*, 37(109), 7-37. <https://doi.org/10.24201/es.2019v37n109.1732>
- Martuccelli, D., & Singly, F. de. (2012). *Las sociologías del individuo*. LOM.
- Merlinsky, G. (2006). La entrevista como forma de conocimiento y como texto negociado: Notas para una pedagogía de la investigación. *Cinta de moebio*, 27, 248-255.
- Mills, C. W. (1994). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica.
- Ministerio de Desarrollo Social. (2017). *CASEN 2017: Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional*. MDS.
- Olabuénaga, J. I. (2012). *Metodología de la investigación cualitativa*. Universidad de Deusto.
- PNUD/INJUV. (2003). *Transformaciones culturales e identidad juvenil en Chile*. PNUD/INJUV.
- Rada Cadenas, D. (2007). El rigor en la investigación cualitativa: Técnicas de análisis, credibilidad, transferibilidad y confirmabilidad. *Sinópsis Educativa. Revista Venezolana de Investigación*, 7(1), 17-26.
- Revilla Castro, J. C. (2001). La construcción discursiva de la juventud: Lo general y lo particular. *Papers. Revista de Sociología*, 63/64, 103-122. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v63n0.1209>
- Riessman, C. (2008). *Narrative Methods for the Human Sciences*. SAGE.
- Roberti, E. (2017). Perspectivas sociológicas en el abordaje de las trayectorias: Un análisis sobre los usos, significados y potencialidades de una aproximación controversial. *Sociologías (Porto Alegre)*, 19(45), 300-335. <https://doi.org/10.1590/15174522-019004513>
- Saraví, G. (2006). Biografías de exclusión: Desventajas y juventud en Argentina. *Perfiles Latinoamericanos*, 13(28), 83-116.
- Saraví, G. (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. CIESAS.
- Sepúlveda, L. (2013). Juventud como transición: Elementos conceptuales y perspectivas de investigación en el tiempo actual. *Última Década*, 21(39), 11-39. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362013000200002>
- Silva Palacios, V. (2015). *Narrativas de la individualización en Chile* [Tesis de pregrado]. Universidad de Chile.
- Stauber, B., & Walther, A. (2006). De-standardised pathways to adulthood: European perspectives on informal learning in informal networks. *Papers. Revista de Sociología*, 79, 241-262. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v79n0.835>
- Taylor, S., & Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós.
- Yopo, M. (2013). Individualización en Chile: Individuo y sociedad en las transformaciones culturales recientes. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 12(2), 4-15.

Anexos

Anexo 1. Consentimiento informado de las entrevistas

I. Información sobre la investigación

Usted ha sido invitado/a para participar de una investigación llamada “Narrativas de la transición a la vida adulta”. Su propósito es *analizar las narrativas sobre la transición a la vida adulta que construyen las personas jóvenes en la provincia de Valparaíso, Chile*. Los resultados de esta investigación permitirán comprender las experiencias de las personas jóvenes en su transición a la vida adulta, los desafíos y conflictos que han tenido, así como sus modos de vida, soportes y aprendizajes.

Su participación es completamente voluntaria, y consistirá en realizar una entrevista acerca de los relatos de sus experiencias personales. La entrevista tendrá una duración, aproximada, de entre 45 y 90 minutos. La información que usted proporcione quedará registrada en una grabación de audio, y será sometida a análisis, en total confidencialidad y solo con fines académicos.

Su participación en esta investigación no involucra ningún tipo de riesgo o daño para usted. Se garantiza el carácter anónimo de la información que entregue. Tiene derecho a interrumpir o retirarse de la entrevista en cualquier momento, sin que aquello lo afecte de ninguna forma. Además, tiene el derecho a solicitar la grabación y transcripción de esta entrevista, y a consultar cualquier duda durante el transcurso de su participación en la investigación. Una vez finalizada la investigación, usted también puede solicitar sus resultados.

Para finalizar, agradezco profundamente su participación y aporte en esta investigación.

Contacto

Investigador: Daniel Molina Guajardo

Celular: (9) 68209729

Correo electrónico: daniel77molina@gmail.com

II. Acta del Consentimiento

Participante:

Declaro haber leído la información descrita, y que mis dudas acerca de la investigación han sido respondidas satisfactoriamente. Al firmar este documento, declaro que he sido informado/a de los objetivos de la investigación “Narrativas de la Transición a la Vida Adulta en Valparaíso”, y que consiento a participar voluntariamente en una entrevista, a partir de mis experiencias personales. Entiendo que tengo el derecho de retirarme del estudio en cualquier momento sin que ello me afecte de ninguna forma. Entiendo que la información proporcionada será confidencial y utilizada solo con fines académicos.

Nombre del participante:

Firma: _____

Investigador responsable:

Confirmando que he explicado la naturaleza y el propósito de la investigación de a la persona participante, y que ha dado su consentimiento libremente. Le he proporcionado una copia de este documento completo de Consentimiento Informado.

Nombre del investigador:

Firma: _____

Anexo 2. Composición de la muestra de estudio

Estrato Social	Seudónimo	Ocupación	Edad	Comuna de residencia
Sectores Medios (SM)	Carlos	Profesor de educación media	32 años	Quilpué
	Marcelo	Sociólogo con posgrado	32 años	Valparaíso
	Gabriela	Enfermera	32 años	Viña del Mar
	Fernanda	Ingeniera civil en obras civiles	28 años	Viña del Mar
Sectores populares (SP)	José	Garzón y Barman	25 años	Quilpué
	Andrea	Empaque en supermercado	25 años	Valparaíso
	Antonio	Conserje	26 años	Valparaíso
	Roberto	Vendedor en <i>retail</i>	31 años	Valparaíso